EMILIO UZCATEGUI GARCIA

# HISTORIA DEL ECUADOR

Texto para la Enseñanza de la Historia Patria

PRIMERA PARTE

986.7
U99h
v.1

QUITO-ECUADOR
Talleres Tipográficos Nacionales
1929

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
Emilio Uzcátegui

986.7
U99h
v. 1

Para la prestigiosa Universidad de North-Carolina, atentamente.

J. Uzcátegui

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

18Sep'30H

19Aug'35R

3Feb'41CB

Para la prestigiosa Universidad
de North-Carolina, atentamente.

G. Urcáltegui
Quito: 1929

EMILIO UZCATEGUI GARCIA

# HISTORIA

DEL

# ECUADOR

Texto para la Enseñanza de la Historia Patria

PRIMERA PARTE

QUITO-ECUADOR
Talleres Tipográficos Nacionales
1929

PROPIEDAD LITERARIA Y GRAFICA DEL AUTOR

# INFORME

## del Ministerio de Relaciones Exteriores

Nº 113

ENSEÑANZA PRIMARIA

**Ministerio de Relaciones Exteriores autoriza pub'icar «HISTORIA DEL ECUADOR»**

Quito, Noviembre 24 de 1928

SEÑOR DON EMILIO UZCATEGUI G.

Ciudad

El señor Ministro de Relaciones Exteriores, en oficio Nº 15, de fecha 22 de los corrientes, me dice:

''En respuesta a su nota Núm. 44, de 7 de los corrientes, manifiesto a Ud. que en el Ministerio de Relaciones Exteriores se ha examinado la obra ''Historia del Ecuador''—Primer Tomo, escrita por el señor Emilio Uzcátegui, y que, conforme a la ley de la materia,

1928
9867
U99h
v.1

este Ministerio, en lo que a él compete examinar no encuentra inconveniente para que dicha "Historia" sea publicada y se autorice luego, su empleo, como texto, en los correspondientes establecimientos de educación del Ecuador.—Soy de Ud. atento y seguro servidor.—HOMERO VITERI L.''

Lo que me es grato poner en conocimiento de Ud. para los fines consiguientes.

HONOR Y PATRIA,

Por el señor Ministro,

El Subsecretario,

(f) JULIO ARAUZ.

# INFORME

## presentado al Ministerio de Instrucción Pública por los comisionados para estudiar la obra, señores Isaac J. Barrera y Leopoldo N. Chávez

Habiéndonos encomendado el señor Ministro, en comunicación del 27 de octubre último, el estudio del Tomo 1º, de la obra de Historia del Ecuador para la enseñanza de Historia Patria en el Cuarto Grado de las escuelas primarias, escrita por el señor Emilio Uzcátegui, y un informe acerca del mérito de dicha obra; nos es grato presentar nuestra opinión al respecto, sintetizada en los párrafos que siguen:

Considerando que un texto de Historia Patria destinado a la enseñanza primaria, juega un papel importantísimo—acaso decisivo en muchos aspectos—dentro de las actividades escolares, el que ha presentado el señor Uzcátegui ha merecido toda nuestra atención.

El antedicho libro, escrito a máquina, consta de 270 páginas, sin contar con las 7 primeras que con el título de "Advertencia", están colocadas al principio de la obra. Juzgamos que una vez impreso el libro en un tamaño corriente y empleando un tipo de letra claro y distinto, comprenderá él, en total, no menos de 200 páginas.

El autor ha dividido su libro en los capítulos siguientes: LOS ORIGENES.—LOS INCAS.—EL DESCUBRIMIENTO.—CONQUISTA DEL REINO DE QUITO.—LA COLONIA.—ESTADO GENERAL DE LA COLONIA. En consecuencia, el tomo que estudiamos correspondería, de acuerdo con nuestros programas escolares, al 4º Grado primario.

La obra contiene, distribuídas convenientemente, numerosas ilustraciones: muchas de ellas representan objetos aislados, que ponen de manifiesto el grado de adelanto que en las artes plásticas alcanzaron los aborígenes, en la época prehistórica; algunas exhiben panoramas característicos de nuestro suelo; varios son los retratos de personajes notables de las épocas narradas, y las demás se refieren a escenas y cuadros de acontecimientos de significación, a partir del descubrimiento de América.

Merece anotarse, por fin, que, intercalados en el texto, hay también algunos mapas y croquis destinados a precisar, con la noción del espacio, más aún todavía, los momentos culminantes de nuestra historia, encuadrados en las épocas que han sido objeto de estudio.

Concretaremos ahora nuestra opinión, absolutamente imparcial, a guisa de crítica:

a).—PREPARACION DEL AUTOR.—Un estudio detenido de la obra revela que el autor ha hecho acopio de abundante bibliografía, habiendo consultado el mayor número de escritos que circulan entre nosotros, referentes a los capítulos tratados. Falta si que dicha bibliografía se haga constar en algún lugar, al comienzo o al fin del texto, de modo que sirva de apoyo al maestro para consultar las fuentes mismas de los acontecimientos que ha de suministrar a sus alumnos.

b).—EL METODO.—Las ideas suscintamente esbozadas en la "Advertencia" y a las cuales se ha ceñido el autor a través de todo el texto, nos han comprobado que el señor Uzcátegui se halla empapado en los principios que informan la moderna Metodología de la Historia; pues casi todas ellas se refieren a necesarísimas explicaciones y valiosas notas y sugerencias que, de seguirse

con empeño, harían más aprovechable el texto en los planteles de enseñanza primaria. Muy conveniente sería, por cierto, que al dar a luz la obra de que nos ocupamos, publicara el autor por lo menos un opúsculo en el que desarrollara, siquiera sea brevemente, la Metodología de aquella asignatura, dentro del radio de la enseñanza escolar.

c).—FORMA DE EXPOSICION.—Satisface en verdad, el estilo del autor, en lo referente a la claridad y sencillez para narrar los acontecimientos históricos. Parécenos la obra, en tal sentido, digna de despertar el interés de los escolares.

d).—AUXILIARES DE LA INTUICION.—Nos place manifestar que apreciamos como muy meritorio el afán del autor, de apoyar la lectura de su texto con el mayor número posible de ilustraciones, croquis y mapas. La obra, con tal motivo, se ha hecho más merecedora del aprecio de los niños.

e).—LA EXTENSION.—Un texto destinado a los alumnos de Cuarto Grado, vale decir, del primero en que se estudia Historia Patria, como asignatura independiente en nuestras escuelas, debe ser corto—en lo posible.—Juzgamos que sería más conveniente al buen uso del texto por parte de los niños, reducir en extensión algunos capítulos de la obra, particularmente los dos primeros, esto es, los que se refieren a LOS ORIGENES y a LOS INCAS.

f).—EL CRITERIO PERSONAL DEL AUTOR.—Por regla general y para ceñirse, en lo posible, a las ideas metodológicas que sustenta en la "Advertencia", el autor ha evitado el comentario de carácter personal, suyo, dentro de los hechos históricos presentados. Convendría desde luego, que se mantuviera dentro de la misma norma de neutralidad en lo que concierne al estudio de la Conquista y la Colonia. El así llamado comentario de los acontecimientos históricos es labor que el preceptor se encarga de sugerir a sus alumnos a fin de despertar en ellos, y desarrollar en grado conveniente, el espíritu de observación, el análisis de situaciones y el juicio crítico de la actuación de sus semejantes, en la vida pública.

No terminaremos sin expresar que el tomo de Historia, acerca del cual presentamos este breve informe, nos ha producido una impresión muy favorable. Usado convenientemente en nuestras escuelas rendirá apreciables frutos en beneficio de la cultura popular. Los ligeros reparos que llevamos anotados, están afortunadamente, casi en su totalidad, de acuerdo con las ideas del mismo autor, a quien, con esta ocasión, séanos permitido felicitarle efusivamente.

Dejamos al más ilustrado criterio del señor Ministro, el discriminar y resolver acerca de la conveniencia de apoyar el esfuerzo manifiesto del señor Uzcátegui, de ofrecer a las Escuelas Primarias de nuestro País un buen texto para el aprendizaje de la Historia Patria.

Del señor Ministro, muy atentamente.

(f.) ISAAC J. BARRERA.

(f.) L. N. CHAVEZ.

Quito, noviembre 6 de 1928.

# ADVERTENCIA

Tal ha sido el abuso de los libros de texto que una fuerte reacción ha querido hacerlos desaparecer por completo de las escuelas. Sin embargo, hay materias—entre éstas, la historia—para las cuales su uso no sólo es recomendable, sino aún necesario.

Los textos en sí mismos, no son malos. Hasta son un excelente tránsito para la lectura de los otros libros, una iniciación en la vida moderna, que no puede concebirse sin libros. Lo que los convierte en perniciosos es la manera cómo son hechos y más que todo, la forma cómo se los emplea.

Entre nosotros, si bien, todo intelectual pica asuntos históricos y se han producido trabajos muy meritorios como los de Pedro Fermín Cevallos y González Suárez, el libro escolar de historia ha sido extremadamente raro y deficiente. Los diversos ensayos adolecen de graves defectos: unos por insuficiencia manifiesta al pretender enseñar la historia en extractos o dosis homeopáticas; ótros, por exceso, en el afán de presentar algunos hechos o personajes en magnitudes desproporcionadas: éstos y aquellos por su forma catequística, por la violenta imposición de criterios y apreciaciones, por la prescindencia absoluta de los

principios de la psicología infantil y la atención exclusiva a la materia que se trata de grabar en las mentes de los escolares. El fracaso casi absoluto de la enseñanza de la historia en un enorme porcentaje de los establecimientos del país, ha hecho sentir cada día con más fuerza, la necesidad de un texto escolar de Historia del Ecuador. El presente libro, cuyo primer tomo ofrecemos ahora, tiene, pues, una razón de ser.

No incurriré en el pecado de todos los autores de creer personalmente, ni hacer creer al público que este texto sea la última palabra en materia pedagógica. Todo lo contrario, en virtud de una determinación consciente, reflexiva, no era posible elaborarlo en forma demasiado avanzada, pues esto habría significado inutilizarlo por muchas décadas. Sólo corresponde al grado de cultura pedagógica posible de momento, en el Ecuador. Más tarde, cuando hayamos progresado, cuando nuestra educación sea algo en el mundo, ojalá tenga la suerte de renovar yo mismo el libro y dar unos pasos más adelante.

Al escribir este texto, he atendido preferentemente al punto de vista nacional, no sólo en cuanto a conceder la importancia especial que nos merecen a nosotros los hechos y sus actores, sino también, atendiendo en la narración de los sucesos, al orden cómo se produjeron en nuestro suelo y cómo se conocieron por nuestros antepasados.

Todas las historias, aún las hechas por ecuatorianos y destinadas a la enseñanza en nuestras escuelas y colegios, han seguido el punto de vista español y han temido romper el estricto orden cronológico o la rutina de empezar a referir el descubrimiento y la conquista, a partir de la salida de Colón del puerto de Palos, para una vez, relatadas las peripecias de los distintos viajes, ocuparse de la llegada de los españoles a tierras ecuatorianas. Fiel a mi propósito de NACIONALIZAR LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA NACIONAL (cosa que no obstante, el pleonasmo

de la frase y del concepto no se ha hecho), he optado, como es lógico y justo para ecuatorianos, por identificarnos con nuestros aborígenes, poner a vivir al niño ecuatoriano, la vida y el suelo de los Incas, antecesores genuinos, autóctonos, en cierta forma, antes que la de los españoles que, con su valor, hazañas, proezas y otras cualidades, son más bien invasores que vinieron a ultrajar nuestra soberanía. Primero se habla, pues, del asomo de los españoles—sin siquiera indicar su nacionalidad ni nombres de jefes—por las costas de Esmeraldas y Manabí, de sus exploraciones al sur y su conquista de Túmbez y Puná, para sólo entonces referirse a los antecedentes de la conquista y el descubrimiento.

Cuando Huayna Cápac recibió la noticia de la aparición de unos extranjeros en las costas de su Imperio, cuando Atahualpa se entrevistó con los invasores, ni ellos ni ninguno de nuestros antecesores podían saber una palabra de Colón y sus viajes, de los Reyes de España, ni siquiera de la existencia de otras tierras y otros hombres distintos de los suyos. El mundo español, les fué descubierto después: de él tuvieron noticias una vez que Bartolomé Díaz, Francisco Pizarro, Sebastián de Belalcázar, etc., pisaron nuestro suelo y les hicieron conocer su historia.

Había, pues, que abandonar el aspecto español y escribir HISTORIA DEL ECUADOR PARA ECUATORIANOS.

Esto mismo acontece en lo referente al advenimiento de los Incas, a nuestro territorio. En los comienzos de la vida de nuestro país, los ecuatorianos son las parcialidades indígenas de la sierra y de la costa; mientras los Incas son los extranjeros. Desde nuestro punto de mira, no es que los Incas llegan a tierras ecuatorianas, encuentran unos cuantos pueblos y los subyugan. Nuestra verdad es otra: Los aborígenes de las serranías y del litoral se sorprenden con la llegada de los Incas, cuyo poderío no sospechaban antes de conocerlos.

A este criterio, obedecen varias alteraciones cronológicas o simplemente al orden consagrado por la universalidad de los escritores, que ha sido de rigor hacer.

Para el juzgamiento y uso de esta obra, téngase presente de un modo especial esta declaración: NO ENCIERRA TODO LO QUE NECESITA CONOCER EL NIÑO; NI TODO LO QUE ENCIERRA PRECISA RECORDARLO. El texto no es la droga o píldora, cuya fórmula, matemáticamente determinada y pesada, se da al niño para instruirlo. Es un simple auxiliar, uno de los tantos medios de que debe echar mano el maestro para ayudarse.

Muchos de los detalles y datos que se consignan no tienen más objeto que ilustrar y aclarar los asuntos; pero, de ninguna manera deben memorizarse. P. ej.: el número de soldados, indios y animales que llevó Gonzalo Pizarro en su exploración al Oriente, nos permite tener una idea más precisa y verdadera de la expedición; pero no requiere ser recordado. Otro tanto ocurre con los datos referentes a los hombres que acompañaron a Colón y a otros expedicionarios en sus viajes, el tonelaje de las carabelas, las dimensiones de las tolas, la división territorial del Oriente, etc.

No se pretende brindar al profesor un molde, ni un clisé; al contrario, se deja lugar al juego de su inteligencia. En manera alguna, el profesor ha de limitarse a repetir el contenido exacto de los diversos temas del texto. Por esto, hay también muchos detalles que no se consignan; pero que debe conocerlos el maestro, y lo que es más, saberlos usar. Para dar más realidad, más vida a la historia; para hacerla sentir y comprender mejor, el profesor, al referirse, por ejemplo, a la infancia de Colón, indicará los nombres de sus padres el lugar de su nacimiento y algo más que no se anota en este libro, para evitar el demasiado frecuente error de los niños—por qué no decirlo, también, de muchos profesores —de dar preferencia a lo accesorio, en detrimento de lo esencial El texto no da la lección hecha, estereotipada, al profesor ni al

alumno Uno y ótro necesitan trabajar, aumentar noticias y desechar datos y circunstancias que sólo han servido para dar luz, color y vida a los acontecimientos No se menciona la anécdota del huevo de Colón, ni ótras; mas el profesor está obligado a estudiarlas y amenizar su clase con estos preciosos recursos, tan del agrado de los niños.

Preocupación principal al escribir esta obra ha sido emplear un lenguaje sencillo y limpio de galas literarias, con el propósito de que sea fácilmente comprensible su lectura. Esto, no obstante, hay términos que han debido emplearse, dificultades que, con fines educativos, requieren ser presentadas para vencerlas. La exclusión absoluta de términos e ideas nuevos, como el exceso o abuso de su empleo, inutilizan los libros, por vanales o por incomprensibles. Indispensablemente, el profesor ha de explicar, cada vez que el caso lo demande, cosas que tan sólo se mentan en la obra. Los niños no se han de limitar a hablar de eclipses, temblores, erupciones volcánicas, meridianos etc., sino que han de comprender lo que son estos fenómenos, estos hechos o conceptos.

Extrañará talvez que se olvide algunos nombres clásicamente consagrados en los tratados de historia. Sin embargo, no podía menos que proceder así, a despecho de la costumbre. Para darse cuenta de las vicisitudes por las que ha atravesado Guayaquil, en su desarrollo, menester es que los niños ecuatorianos conozcan las invasiones piráticas, pues, han influído indudablemente en la vida de nuestro país. Pero, no hay razón alguna para estropear su memoria y sus sentimientos, exigiéndoles el recuerdo de nombres de personajes funestos, por vandálicos. No juzgo explicable que hayan de inmortalizarse en las escuelas los bandidos, célebres por sus fechorías. Deliberadamente, he borrado los nombres de Drake, Cavendish, Rogers, Dampierre, etc., ya que las páginas del texto han de ser revisadas muchas veces por los niños.

Tampoco he creído conveniente imponer criterios ni opiniones. En lo posible se evita calificar hechos y personas. Mejor es que cada niño se acostumbre a juzgar solo, con su propia razón. Si un suceso, por todos los detalles que le acompañaron se presenta bueno, está demás decir a los niños: es bueno. Esto en caso de un juicio acertado; de ser falso, por más declamaciones que haga el profesor, el niño juzgará malo, lo que las circunstancias le presentan como tal.

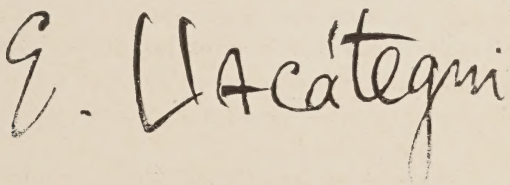
No he querido seguir la moda de presentar resúmenes ni cuestionarios al fin de cada materia, para no incurrir en el mismo vicio de los fabulistas aficionados a las moralejas, a quienes con sobra de razón censura Rousseau. Dar resúmenes es declarar que los lectores no pueden hacerlo, impedir un trabajo mental que psicológicamente debe realizarse, obstaculizar el desarrollo completo de los procesos cerebrales. Ofrecer cuestionarios es mecanizar las preguntas, transigir con los catequistas tan vituperados a la vez que imitados, es injuriar al maestro suponiéndole incapaz de formular por su propia cuenta las preguntas que deben hacerse, suponer que todos los niños, todas las circunstancias son las mismas, cuando en realidad, no hay dos maestros, dos niños, dos escuelas, dos detalles escolares idénticos.

Ridículo sería intentar trazar, siquiera a grandes rasgos una metodología para la enseñanza de la historia. No cabe semejante cosa en prólogo alguno. Estas líneas son meras advertencias para el mejor uso del libro y, por esto, sin que ni remotamente signifique escribir una metodología de la historia, debo sí indicar que este texto no se ha de emplear en las lecciones escolares. El niño lo ha de aprovechar para recordar, repasar y precisar tal vez lo que ya le enseñó el maestro en la clase.

Cuídese mucho de querer ENSEÑAR CON EL TEXTO y más aún de hacerlo aprender de memoria. Mejor que este texto y que todos los habidos y por haber son las visitas a los monumentos y lugares históricos, las dramatizaciones, el dibujo inter-

pretativo de escenas, el estudio de cuadros y documentos, el trazo de croquis y mapas, la lectura de algunas obras adecuadas (las leyendas del Tiempo Heroico de Calle son de un valor único al tratar de la independencia) y el estudio directo de las diversas fuentes de la historia.

Nunca he creído en la eficacia de los libros que presumen servir muchos fines. Sin embargo y dada la falta de obras de Historia del Ecuador, creo que este libro puede utilizarse también como propaganda ecuatoriana. Muchas veces se solicita del exterior alguna obra de historia y no se encuentra qué mandar. Las obras de González Suárez y Fermín Cevallos, sobre estar agotadas, son demasiado voluminosas e incompletas. Un libro con ilustraciones y que abarca los tiempos contemporáneos en breves páginas, puede servir, creo para que se conozca la evolución de nuestras instituciones en el extranjero.



# I TOMO

Los Orígenes.—Los Incas.—El Descubrimiento.—La Conquista.—La Colonia.—Estado General de la Colonia.

# HISTORIA DEL ECUADOR

## LOS ORIGENES

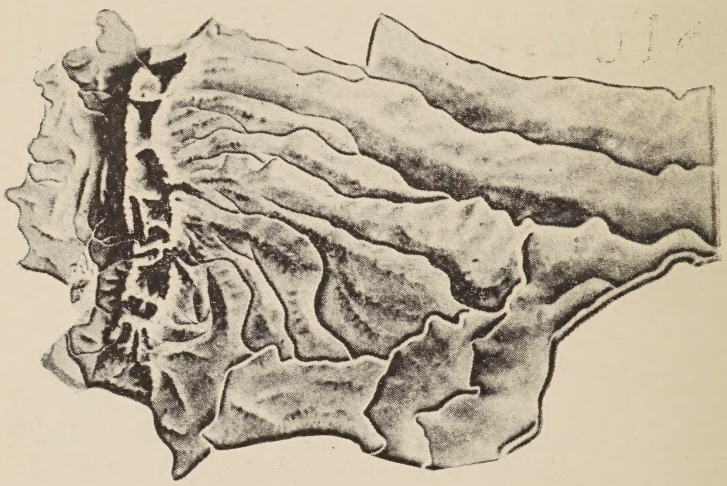
**1.—El País.**—La República del Ecuador está situada al norte y hacia el occidente de la América del Sur, precisamente en donde la línea equinoccial o ecuador divide la tierra en dos mitades y de esta situación ha tomado su nombre.

Aunque el territorio que legítimamente le pertenece alcanza a 700.000 km$^2$., o sea, algo más que el que comprenden Alemania o Francia, es uno de los países pequeños de la América Meridional. En su mayor anchura, de norte a sur, mide 800 km., al tanto que su mayor longitud, de oriente a occidente, es de 1.000 km.

Sus costas son relativamente sinuosas, especialmente al sur, en donde se forma el Golfo de Guayaquil y están bañadas por el Océano Pacífico.

La Cordillera de los Andes, que lo atraviesa de norte a sur, dividida en dos ramales paralelos entre sí y con la costa, hace que el país sea uno de los más accidentados. Las dos cadenas de montañas se entrelazan de vez en cuando por medio de nudos y dan lugar a un sistema de

hoyas de bastante originalidad y en el cual se destacan numerosos nevados y volcanes. A uno y otro lado de las cordilleras, despréndense ramales cuya altura disminuye hasta perderse en la planicie.

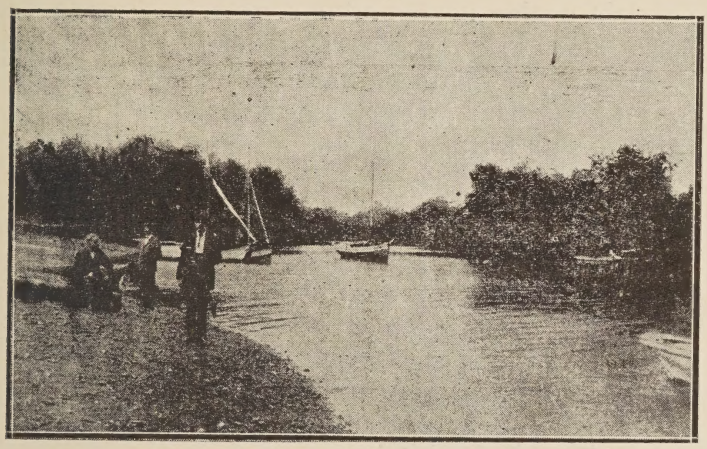


**1.—Mapa Físico del Ecuador**

De las cumbres cordilleranas descienden hacia el oriente importantes ríos, muchos de ellos navegables y que, constituyendo el Amazonas, van a desembocar en el Océano Atlántico, como el Napo, el Pastaza, el Morona y el Santiago. Hacia el occidente, los principales son el Esmeraldas y el Guayas que dejan su caudal de aguas en el Pacífico.

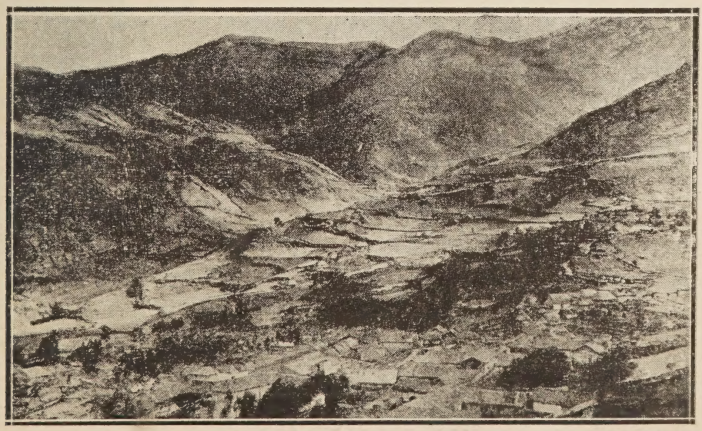
La situación especial del país y su relieve han determinado una variedad de climas, propios a una vegetación y fauna igualmente variadas y adecuadas al establecimiento del hombre.

La región occidental es baja, cálida, húmeda, pantanosa y cubierta de bosques. La interandina es una eleva-



2.—Paisaje de la Región Litoral

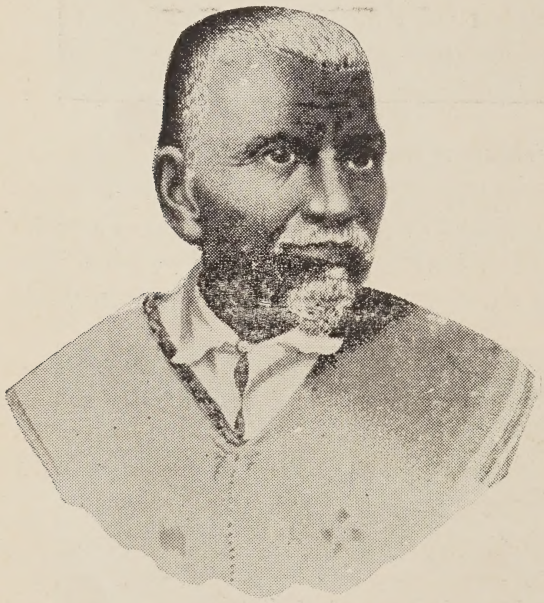
da meseta llena de irregularidades: montañas elevadas, quebradas profundas, cordilleras que la atraviesan trasversalmente, ríos de cauce muy profundo, le dan un varia-



3.—Paisaje de la Región Interandina

dísimo aspecto. El clima se manifiesta en general templado y frío en las partes altas. El oriente es la región trasandina que, originada en descensos bruscos o suaves de la cordillera, se dilata en una llanura cálida y húmeda, tapizada de bosques enmarañados, por entre los cuales se deslizan ríos que irrigan la selva a manera de red.

2.—**Los primeros pobladores.**—Los primeros habitantes del Ecuador no sabían escribir y por esto, no pudieron dejar escrito nada de su vida, costumbres, origen, etc. Todo lo que sabemos ahora de ellos se debe a unos pocos monumentos, bastante mal conservados a través de los centenares de años transcurridos y a algunos utensilios encontrados en las pocas excavaciones que han podido hacerse. Hay, además, la tradición, o sea narraciones referidas de memoria de padres a hijos; pero pocas noticias exactas nos proporciona esta fuente por los errores y cambios, supresiones y aumentos que experimentan de una persona a ótra.



**4.—Indígena de pura raza, actual habitante de Imbabura**

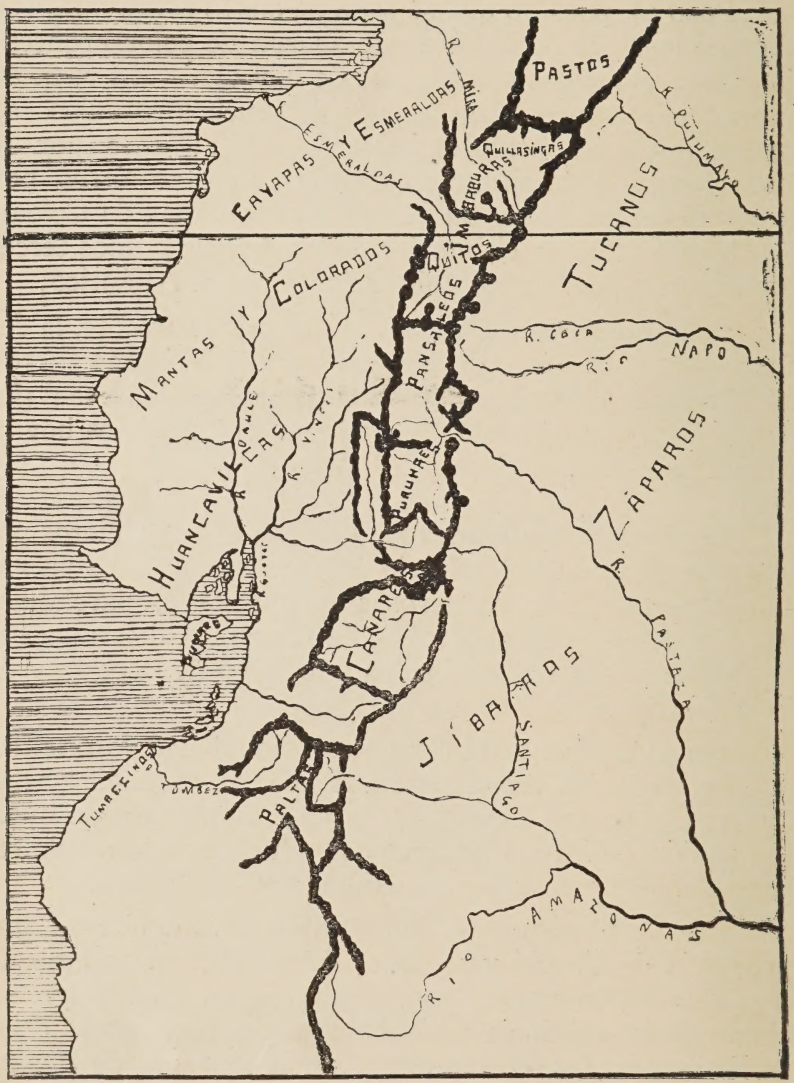
Poco es, pues, lo que se sabe de cierto sobre nuestros **aborígenes**. Es indudable que fueron de color bronceado y muy parecidos a los indios de hoy día. En vista de los hechos comprobados después de muchos estudios, se supone que estos hombres debieron venir: unos por el mar Pacífico para situarse en nuestras costas; ótros por el norte, descendiendo tal vez de las montañas de Colombia, asentándose en el interior de los Andes, y unos terceros llegaron posiblemente de Oriente por el Atlántico.

Menos aún, puede fijarse, ni aproximadamente, la fecha de su aparición. Parece que los más antiguos fueron los **Quitus** o **quitos**, pueblo débil y atrasado y al cual gobernaba un rey o régulo que residía en donde es hoy la ciudad de Quito.

**3.—Las parcialidades indígenas.**—Los primeros pobladores de nuestro territorio no constituían una sola nación, sino más bien, numerosas agrupaciones, parcialidades o pueblos, —en general—, de la familia de tribus llamadas **chibchas** y diseminados a lo largo de la costa y de la región intracordillerana.

No es posible nombrar en su totalidad ni determinar con precisión los límites hasta donde se extendieron las numerosas tribus de indígenas en los orígenes de nuestra nación. Nos contentaremos con citar unas cuantas parcialidades y el lugar aproximado de su asiento.

Los **Quillasingas** y **Pastos** habitaban lo que es hoy provincia de Carchi y regiones del norte; varias agrupaciones de **Imbaburas**, como los Caranquis y Otavalos, residían en la provincia de Imbabura y sección norte de la de Pichincha; los **Quitus** ocupaban la provincia de Pichincha, excepto el valle de Machachi; los **Pansaleos** vivían en este valle y en la hoya de Latacunga y Ambato; los **Puruhaes**, en Chimborazo; los **Cañaris**, entre el nudo del




**5.—Distribución de las parcialidades indígenas en Territorio Ecuatoriano**

Azuay y el de Saraguro; los **Paltas**, en Loja. Esto por lo que se refiere al callejón interandino.

En la costa vivían los **Cayapas** y **Esmeraldas** en la provincia de Esmeraldas; los **Mantas** y **Colorados**, en Manabí; los **Guancavilcas** en Guayas y los **Punaes**, en la isla Puná. Aún viven en estado semisalvaje, Cayapas y Colorados, como ocurre en el interior de la población de Santo Domingo de los Colorados.

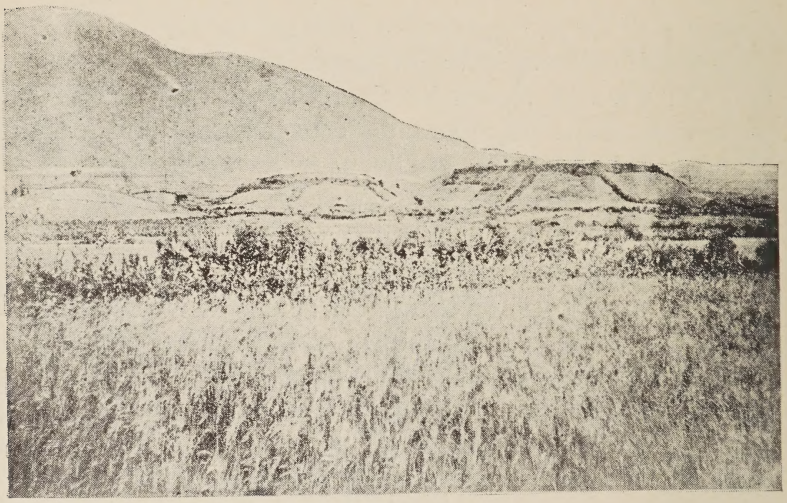
En la región Oriental, citaremos las tribus de **Tucanos**, situadas entre el Putumayo y el Napo; los **Záparos**, entre el Napo y el Pastaza y los **Jíbaros**, entre el Pastaza y la cordillera Oriental.

En razón del interés especial que tienen para nosotros, como también de su importancia, estudiaremos solamente los Imbaburas, los Quitos, los Puruhaes, los Cañaris y las tribus Punaes y ribereñas.

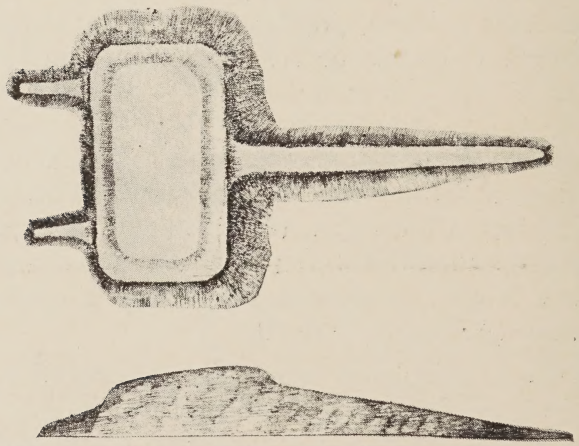
Naturalmente, no se puede dar en realidad, una historia de estos pueblos, por falta de datos. Apenas es posible indicar el estado de civilización en que se encontraban.

**4.—Los Imbaburas.**—Lo que sabemos de este pueblo se debe a los descubrimientos hechos en ciertos montículos de tierra llamados **tolas**, que se encuentran en la provincia de Pichincha, al norte del Guayllabamba y en Imbabura, a más de algunos lugares de la costa. Pueden observarse en Pifo y Quinche.

Estos montículos o tolas fueron construídos por los aborígenes, mediante hacinamientos de tierra. Su forma es generalmente circular; pero se han encontrado también elípticas, cuadrangulares, en forma de T y de cruz. Se levantaron en terrenos planos y descubiertos y con motivo de su construcción se hacía un fiesta. Muchas de las tolas son sepulcros, pues, en su interior se ha encontrado

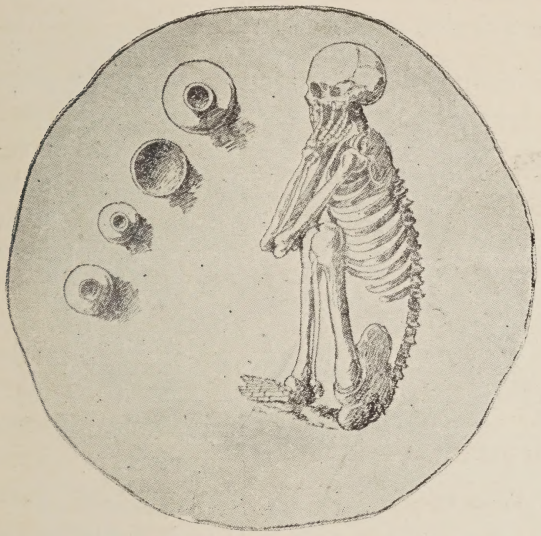


6.—Vista de las Tolas llamadas Orozco=tola y Pupo=tola



7.—Plano de la Tola de Cochasquí
(Cortes horizontal y vertical)

un cadáver y a veces 5 o 6 en distintas posiciones. Otras tolas fueron especies de plataformas para servir de base a chozas o viviendas de los indios, o para fortificaciones o adoratorios, pues, necesitaban ganar terreno seco y preservarse de las inundaciones producidas por las lluvias.



**8.—Fondo de una Tola en que se ven un esqueleto y varias ollas**

Una de las más notables es la llamada Orozco-tola, que es de forma piramidal, la más común. Sobre una base de 150 metros de largo por 120 de ancho se eleva a 40 metros de altura, terminando en una plataforma de 97 metros por 75 metros.

Puesto el cadáver, colocaban a su alrededor piedras, formando una especie de bóveda y encima amontonaban tierra, construyendo un montículo más o menos grande, según la importancia del muerto.

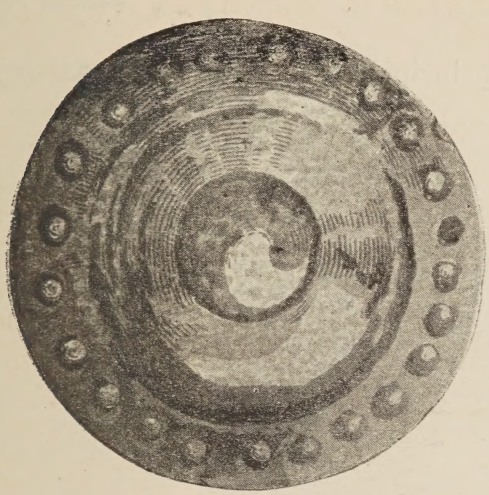
Hechas las excavaciones de las tolas, se ha encontrado en su interior muchos objetos curiosos que usaban los indios de aquellos tiempos y que nos permiten conocer su cultura, género de vida, costumbres, etc. A más de los esqueletos, se ha hallado idolitos de barro, silbatos, máscaras, vasos, ánforas o urnas de figura humana, botellas, compoteras, vasijas de diversas formas y platos igualmen-

te de barro; flautas y cuchillos de hueso; rompecabezas, hachas, puntas de lanza, voleadoras y otras armas de combate; narigueras, pectorales y cascabeles.

Los imbaburas eran de estatura mediana, muy poco más alta que la de los indios actuales, sus descendientes. Sus vestidos se reducían a una simple manta grande de algodón que envolvían en su cuerpo, rodeándolo dos veces. Más tarde, empezaron a usar, bajo una manta cuadrada o poncho, una camiseta o túnica que dejaba al descubierto tanto brazos como piernas. En Quito, parece que por el siglo 16 ya usaban alpargatas y ojotas. El pelo lo llevaban largo adelante y atrás. Se cubrían la cabeza con gorros o cascos y los caciques con sombreros de lana.

**9.—Un habitante de Imbabura de pura raza (Otavalo)**

Como adornos empleaban collares de **mullos**, de los cuales colgaban ídolos y amuletos. Para las fiestas, exhibían pulseras y placas de oro y cobre suspendidas del pecho. Otra manera de adornarse consistía en perforarse el labio inferior y el lóbulo de la oreja para introducirse aretes y objetos de piedra o madera. Se han encontra-



**10.—Patenas de oro que llevaban colgadas al pecho. Hallada en El Angel (Carchi)**

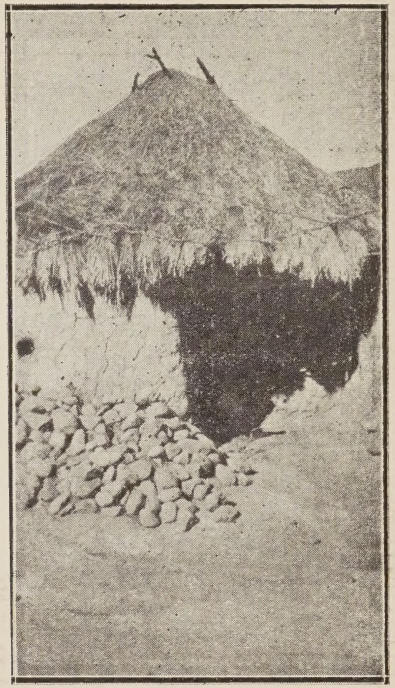
do también narigueras, piezas de oro o cobre que pendían de la nariz.

Como un medio de proporcionarse los alimentos necesarios a su subsistencia, se dedicaron a la agricultura, la caza, y la pesca, siendo su preo cupación principal el cultivo del maíz, el cual se servían cocido o preparado bajo la forma de chicha. Otros de sus alimentos fueron las papas, los camotes, los frejoles, que condimentaban con sal y ají. En cuanto a frutas, comían guayabas, guabas, granadillas, piñas, aguacates, lúcumas y pepinos. La carne, de carneros, en los primeros tiempos, sólo fue usada por los señores principales. Más importancia y uso tuvieron el cuy, los venados, los conejos, tórtolas y patos. Además, comían preñadillas y caracoles o churos.

Muchas de las casas se levantaron sobre las tolas. No eran otra cosa que las chozas actuales: una habitación chica, redonda, con paredes de palos gruesos entrejidos y protegidos por dentro y fuera, por una capa de barro. La misma pobreza se notaba en cuanto a su amoblamiento interior, pues, se reducía a un hogar rodeado de piedras de moler y cántaros, al centro, y como cama, un petate o estera tejido de junquillo, sobre un montoncito de pa-

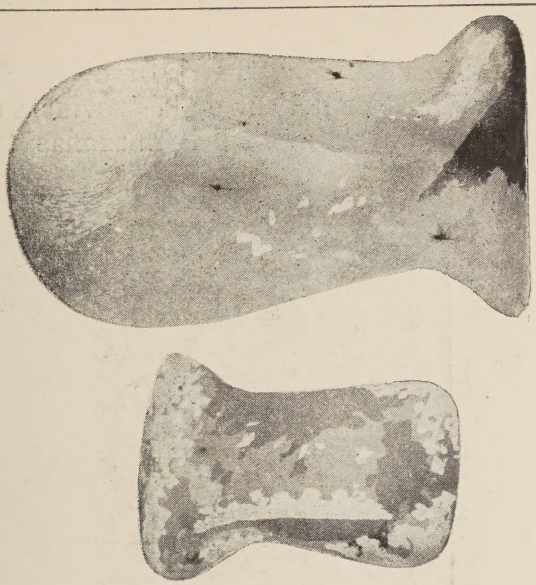
ja y tapado con dos mantas. La cubierta del edificio era de paja.

Sus industrias principales eran a base de pie-



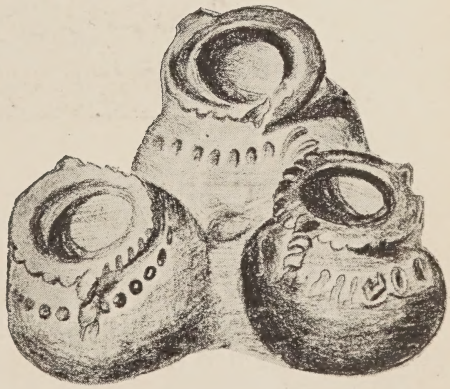
11.—Una choza

dra, barro, metales y fibras. Las piedras trabajaban sirviéndose de cuchillos, placas y taladros de asperón, ayudándose de otras piedras y de arena para frotarlas cuando eran muy duras. Con esto hacían hachas e instrumentos agrícolas. Con barro hacían vasos barnizados en rojo. Tal vez hacían objetos de oro y cobre; pero es posible que los hubieran importado de otros pueblos. Hilaban lana, algodón y cabuya, construyendo tejidos que teñían con diversas sustancias como el achiote.



12.—Hachas de piedra pulimentada

13.—Vaso o ánfora de barro de los Caras



14.—Olla de tres cuerpos, de barro crudo endurecido al sol.

El comercio alcanzó cierto desarrollo. Mantenían negocios con los pueblos del sur de la provincia de Pichincha, con los del litoral y con los del Amazonas, trasportan-

**15.—Principales tipos de vasijas de los aborígenes de Imbabura**

do las cargas sobre sus espaldas y llegando a construir puentes de bejuco o cabuya.

En materia de arte, es notable la piedra pintada, con símbolos y dibujos imperfectos, hallada en una llanura del Angel, en la provincia del Carchi.

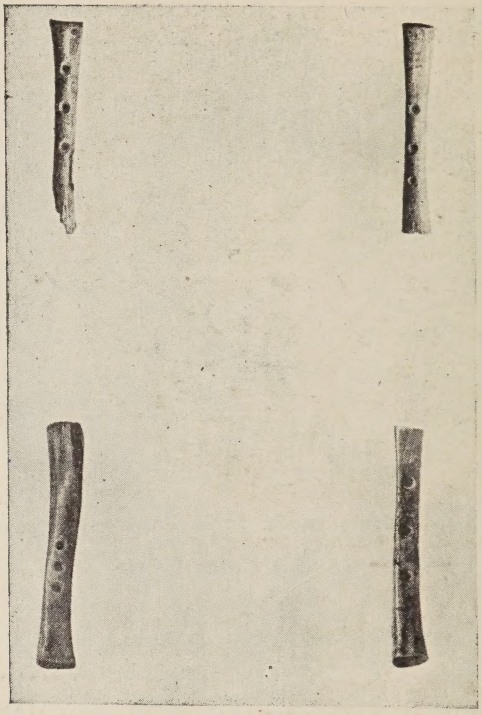
**16.—Piedra pintada de la llanura de Ingües**

**(de los Caras)**

En el combate usaban lanzas, hondas, estólicas (tiraderas con que arrojaban varas); voleadoras, o sea, piedras atadas a cordeles, que una vez arrojadas rodeaban las piernas del enemigo haciéndole caer, y trozos de cobre o piedras estrellados, en cuyo orificio central se engastaba un mango, a manera de mazas, y que, por su uso, se llamaban rompecabezas. Para sus combates y fiestas habían ideado unos tambores grandes y pesados. Eran trozos de árboles ahuecados, a los cuales se mantenía colgados al aire en dos maderos.

Para distraerse en sus fiestas y bailes empleaban flautas, silbatos de varias formas, kipas o trompetas hechas de caracoles de mar y cascabeles y sonajas de cobre.

Además, en los bailes usaban máscaras de barro.

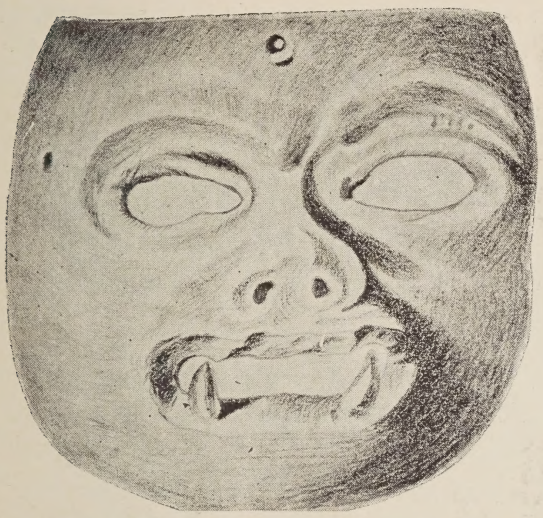


**17.—Flautas de hueso, halladas en Urcuquí y Quinche**

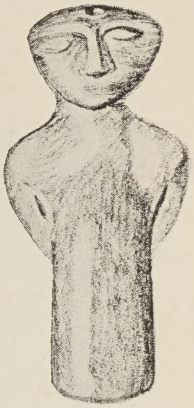
Sus sepulturas eran de diversas formas. Unas veces tolas, como ya hemos indicado; otras, pozos, etc.

De su organización, podemos decir que cada parcialidad tenía su Jefe, al que obedecía sin protesta. Este jefe, curaca o cacique era elegido, al comienzo, por su valor; pero, después trasmitía su gobierno o mando, por herencia.

Había la costumbre de que un varón se casara con varias mujeres. A este sistema de matrimonio se llama poligamia.



18.—Máscara de barro fino de los Caras, hallada en Cotocollao



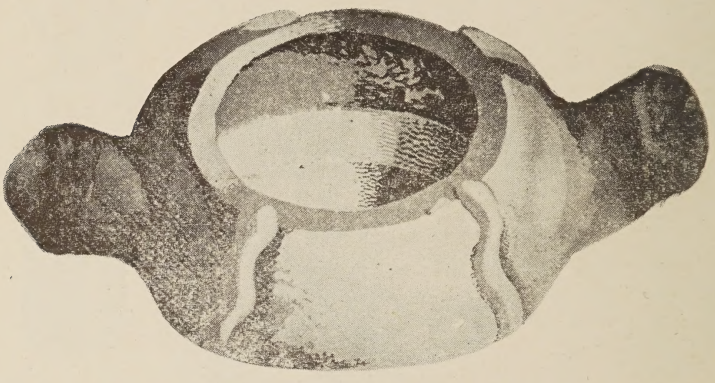
19.—Pito de barro secado al sol y pintado con barniz rojo. (De los Caras)

Adoraban a gran número de dioses. Todo lo maravilloso o que les infundía algún miedo era para ellos un dios: una montaña alta o nevada; el sol, al que ofrendaban sacrificando maíz y chicha; una serpiente, un venado. No siéndoles suficientes estas divinidades, construían ídolos de piedra, barro y madera, que les servían de amuletos y de silbatos y que, generalmente tenían figura humana.

Parece que lograron idear un sistema de escritura, mediante piedrecitas de distintos tamaños, formas y colores, que iban colocando en estantes de barro, según lo que querían recordar.

El idioma que hablaban era semejante al cayapa-colorado.

**5.—Los Quitos.**—Son el pueblo más antiguo del Ecuador y del cual se tienen noticias, aunque escasas.



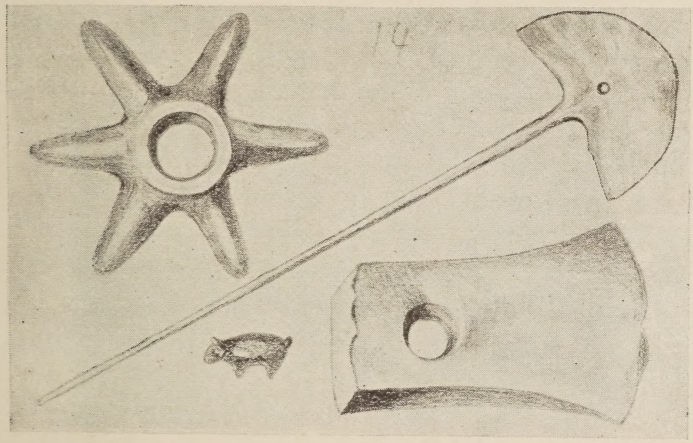
**20.—Mortero o vaso de piedra fina durísima, de color blanco verdoso. De los Quitos. Hallado en los Chillos**

No constituían un pueblo fuerte, antes bien, eran débiles y atrasados. Estaban gobernados por un rey o régulo que residía en Quito, y al que sólo obedecían en caso de ataque, para defenderse en común. Se hallaban mal organizados y llevaban una vida independiente y aislada en caseríos dispersos en la hoya de Quito. Habitaban la región comprendida entre el nudo de Mojanda al Norte y el valle de Machachi por el Sur.

Con relación a estos habitantes, es muy digno de notarse que se ha hablado de otro pueblo, de los **Scyris** o **Caras**; pero no son ótros que los Quitos e Imbaburas, que han recibido este nombre común.

Según la leyenda, los Caras habían llegado por el mar a Bahía de Caráquez, allá por los siglos 7 a 8 y se extendieron por las costas de Manabí y Esmeraldas. Siguiendo el río de este nombre, aguas arriba, se encontraron con el Guayllabamba, que es su origen, y

llegaron a Quito. Al poco tiempo y mediante luchas con las otras tribus habrían llegado a dominar lo que es hoy el territorio del Ecuador.



**21.—Objetos de cobre hallados en Pichincha. Estrella, arma defensiva; prendedor para sujetar mantas; juguete o dije, tal vez un cui, y hacha**

Sin embargo, se sabe de positivo que no hubo un pueblo unificado y gobernado por un solo jefe, sino que existieron civilizaciones locales, es decir, varios pueblos o parcialidades independientes, como ya dejamos dicho.

6.—Los Puruhaes.—Las parcialidades de Puruhaes ocupaban el territorio que forma hoy la provincia de Chimborazo. Excepto la meseta de Riobamba, el resto es un conjunto de lomas separadas por pocos ríos tributarios del Chimbo. Los montes son enormes y en general cubiertos de nieve; los páramos inhospitalarios sólo permiten el cultivo de pocas plantas silvestres y de ovejas.

Las excavaciones efectuadas en Ambato, Riobamba, Guano, etc., nos han dado mucha luz sobre este pueblo. Además, algunas noticias pueden obtenerse de los actuales indios riobambeños.

Los Puruhaes, como los Imbaburas, formaban parcialidades gobernadas por caciques, señores que tenían sus sirvientes. Vestían también camisetas y mantas de lana o algodón; las mujeres, anacos. Los cabellos los usaban largos y trenzados.

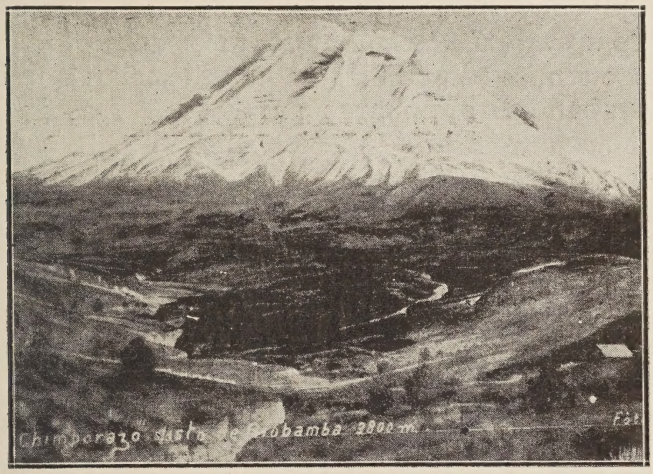
Para su alimentación, disponían de papas y maíz en abundancia; pero les faltaba leña, por ausencia de árboles en su territorio. Algunos comían también quinua y legumbres.

Sus casas eran de piedra y dirigidas hacia el oriente. Sus camas, de paja. Unicamente los señores disponían de unos asientos especiales llamados **duhos o tianas.**

Ocupaciones principales suyas eran el pastoreo, el tejido y el comercio. Cuidaban llamas dedicadas a su dios, Chimborazo; tejían lana y algodón; vendían jarcia de cabuya y traían sal de Guayaquil.

De sus costumbres se sabe que eran polígamos es decir, que cada varón era esposo de varias mujeres, aunque algunos tenían que contentarse con una sola, por falta de medios para sostener a varias. En sus regocijos se emborrachaban y danzaban cometiendo excesos con las mujeres. Los cadáveres se enterraban con mantas, camisetas, chicha y comestibles, pues, creían que el muerto necesitaba de todos estos elementos para una nueva vida. Si el muerto era un señor principal, se bailaba a su alrededor emborrachándose con chicha. Los que morían en las casas eran sacados por detrás de la casa y abandonados en definitiva, porque caían en menosprecio. Al morir el esposo, las mujeres vaga-

ban por los campos llorando y llamando al muerto y en señal de duelo se trasquilaban la cabeza y se teñían de negro la cara.




22.—El Chimborazo

23.—El Tungurahua

En cuanto a religión, adoraban al volcán Chimborazo, al que tenían por dios y del cual se consideraban descendientes. En su homenaje, sacrificaban una india joven y llamas. Otro de sus dioses era el volcán Tungurahua, considerado como mujer. Cuando veían relámpagos en estos nevados, decían que los dioses estaban en requiebros amorosos. Los indios del Chimborazo, aún hoy mantienen su respeto a este majestuoso volcán y cuentan leyendas sobre él. Tanto al Chimborazo, como a los otros nevados de los Andes, consideraban como seres vivos.

7.—**Los Cañaris.**—Al Sur de los Puruhaes, existía la nación de los cañares o cañaris, que es el pueblo indígena más conocido y estudiado del Ecuador. Ocupaba las provincias de Azuay y Cañar, limitando por consiguiente, al Norte, con el nudo del Azuay, al Sur, con el río Jubones, extendiéndose más allá del nudo de Saraguro. Por el Occidente llegaban al Litoral, en donde vivían los Guancavilcas y por el Oriente, hasta las montañas de los Jíbaros. Esta región se extiende entre las dos grandes cordilleras y comprende tres nudos gigantescos. Tanto de las dos cordilleras, como de los nudos despréndense numerosos ramales de montañas que dejan entre sí hermosos valles. La conformación de las montañas ha originado tres importantes hoyas, cuyos ríos, Jubones y Cañar desembocan en el Pacífico, mientras el Paute desagua en el Atlántico.

En este territorio floreció el pueblo de los Cañaris, del cual tenemos más abundancia de noticias, gracias a las importantes y provechosas excavaciones que se han hecho en los sepulcros o **huacas** que se han encontrado en gran número y de los cuales se han extraído muy variados objetos que dan una alta idea de su progreso y organización.

Los Cañaris fueron indios altos, musculosos, fornidos y de hermoso aspecto. De ellos se ha dicho que eran valientes, belicosos y esforzados.

Constituían una nación integrada por una serie de cacicazgos o parcialidades independientes y cada una con su régulo propio; pero unidas por una especie de federación. Las principales tribus fueron las de Tomebamba y Chordeleg.

Para su vivienda construyeron chozas, diseminadas en todo el territorio azuayo; pero preferentemente en cumbres de las cordilleras y en terrenos montuosos. A veces se hallaban agrupadas sus viviendas como en Cañaribamba y Hatún Cañar, en donde residía tal vez el principal de los caciques. Eran casas pequeñas, de piedra y cubiertas de paja. Cada casa pertenecía a una familia, la que se adueñaba también de una extensión de terreno para sus corrales. El resto del páramo era de propiedad común y cada cual podía fácilmente apacentar su ganado y extraer leña o carbón.

Usaban los cabellos largos y enroscados en la cabeza, por lo que eran fácilmente distinguidos de los otros pueblos.

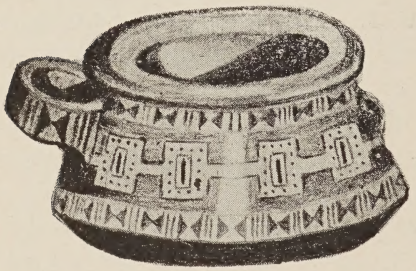
Sus ropas eran de lana y algodón. A más de la camiseta que les llegaba a la cintura, llevaban calzones que les cubrían hasta cerca de las rodillas. Los pies protegían con ojotas y la cabeza con una especie de corona a modo de aro de cedazo. Los caciques se esmeraban en el vestido y se adornaban con profusión de oro.

La tierra era cultivada por las mujeres, quienes sembraban y recogían los frutos; al tanto que los hombres arreglaban sus armas y ropas en la casa, hilaban, tejían y practicaban otras labores domésticas. Para proporcionarse alimento y vestuario tenían grandes rebaños de llamas, aprovechando su carne y lana. Cultivaban maíz, papas, mellocos, para alimentación,

y algodón que lo tejían, lo mismo que la cabuya y la lana que teñían con cochinilla y otras plantas. Su adelanto en agricultura llegó a construír acequias para el riego.

Sus conocimientos en metalurgía eran bastante grandes. Labraban con primor objetos de oro y plata. Trabajaban joyas de estos metales y de cobre, pues, eran habilísimos orfebres. Esta misma habilidad demostraban en la extracción de oro, plata y cobre, metales que fundían, mezclaban y labraban a perfección.

De sus sepulcros o **huacas** se han extraído, especialmente de Chordeleg, grandes riquezas en objetos



**24.—Vaso de barro para beber, de los Cañaris**

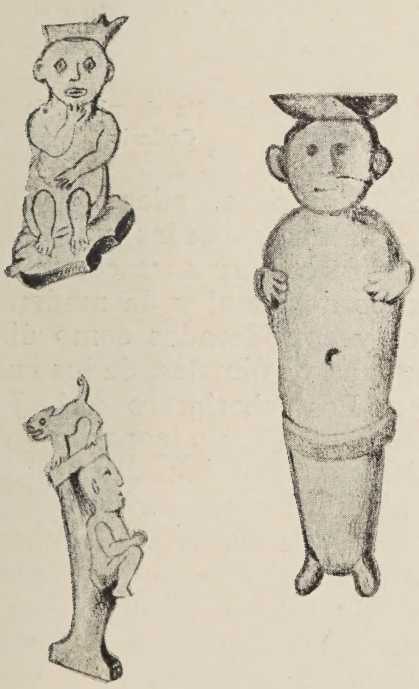
**25.—Cantarillo de barro crudo de los Cañaris**

de oro, plata y barro. Desgraciadamente muy poco se conserva , ya que los descubridores fundían los objetos de metal y rompían con desprecio los de barro.

Se han encontrado idolitos de oro y plata con relieve y piedras incrustadas, una especie de casco o gorra, enormes jarras de oro, coronas del mismo metal adornadas con

hileras de discos unidos por finos hilos metálicos y que hacían tal vez de cascabeles y terminadas en plumas igualmente de oro; cantarillos de barro, hachas de cobre; tejidos de hilos de oro.

El hallazgo más importante es sin duda, una magnífica plancha de oro, donde está grabado en relieve un calendario lunar o cuadro sintético de la mitología cañar. Otro objeto precioso es el plano o contador de Chordeleg, que es una caja cuadrangular, de madera de chonta, con muy curiosos grabados, la que ha sido recién interpretada por ótros como tablero para cierto juego que practicaban los indios con frejoles.

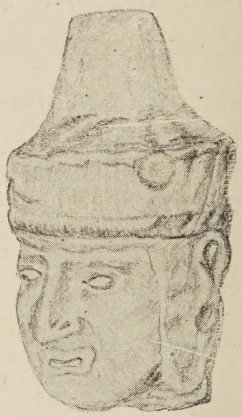


**26.—Idolitos de los Cañaris: Los dos primeros, de plata; el tercero, de hueso**

De sus costumbres, se ha llegado a averiguar que los caciques practicaban la poligamia; pero que reconocían una mujer principal, cuyo hijo heredaba el poder. Los difuntos eran enterrados en sepulcros o huacas con mujeres vivas, armas y utensilios.

En cuanto a religión, adoraban a la luna, los árboles, piedras raras, etc. El culto a la luna ha sido tan tenaz y fuerte que, aún ahora, ejerce influjo. La luna, se-

27.—Jarro macizo de oro de los Cañaris

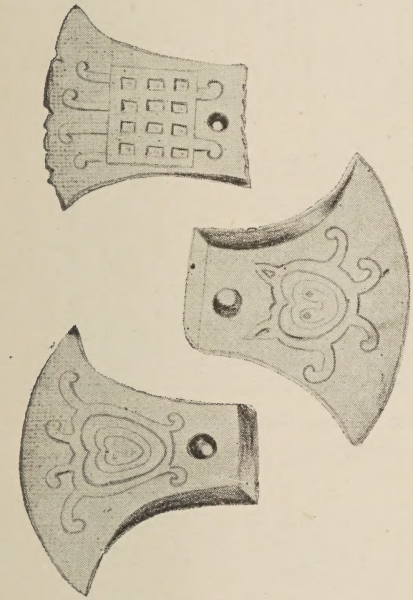


28.—Botella de plata de los Cañaris

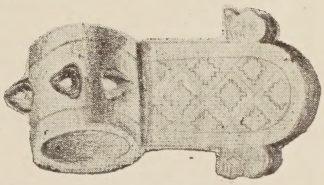
gún ellos, es el origen de muchos poderes. Cuando se produce un eclipse de luna salen las muchedumbres al campo y producen fuerte algazara con tambores, sonajas e instrumentos de metal y de madera.

Igualmente sagrados y considerados como dioses eran algunos montes, lagunas y animales, de los cuales se creían descendientes. Los aborígenes del Jubones se tenían como descendientes de un leopardo o **guagal**, al que adoraban. Otros suponían descender de culebras. Una culebra alumbró a los primeros de ellos y se arrojó a una laguna, resultando de aquí su adoración a las lagunas. Un nuevo grupo de cañaris afirmaba que hubo un diluvio del cual se salvaron sólo dos hermanos en un cerro alto en cuya cumbre levantaron una pobre vivienda. Todos los días salían a buscar alimentos; pero al regresar encontraban comida preparada milagrosamente. Para saber su origen, uno

de ellos se escondió y pudo convencerse de que eran dos lindas guacamayas con cabeza de mujer. Una de ellas fué apresada por el menor quien la hizo su mu-



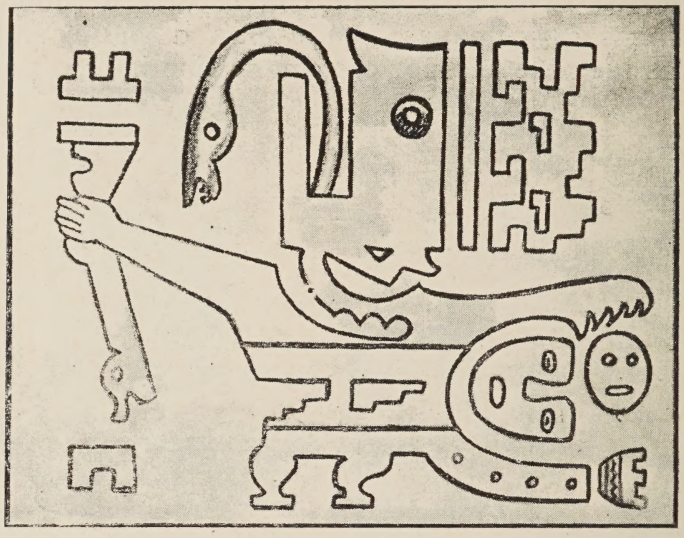
29.—Hachas de cobre de los Cañaris



30.—Cetro o hacha de oro

jer, y de sus hijos resultó el pueblo Cañar. Por esto es que en las excavaciones se encuentran figuras y grabados con formas de loros y papagayos.

Resulta, pues, que adoraban cerros, lagunas, árboles, serpientes, leopardos y guacamayos. Además, tenían el culto de los muertos y la creencia de que el alma no moría. Por esto, para sepultar hacían aposentos circulares cavados en la tierra y con paredes toscas hechas de piedra o barro, aposento dentro del cual



**31.—Calendario lunar en oro de los Cañaris, hallado en Chordeleg**

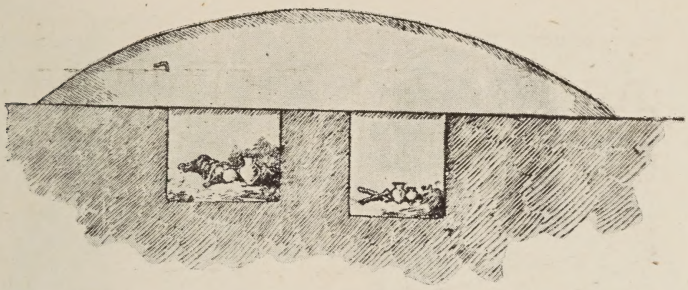
se halla el cadáver en cuclillas, con la cabeza sobre las rodillas y las manos cruzadas en la nuca y rodeado de cantarillos y otros objetos.

Otra de sus creencias eran los diablos a quienes adoraban y ofrecían sacrificios.

Para la luna tenían santuarios en lo alto de los cerros.

**8.—Pueblos de la Costa.—** También en el litoral ecuatoriano hay civilizaciones locales propias de las diferentes tribus, en vez de un pueblo unificado; pero son más semejantes entre sí, que lo eran las interandinas.

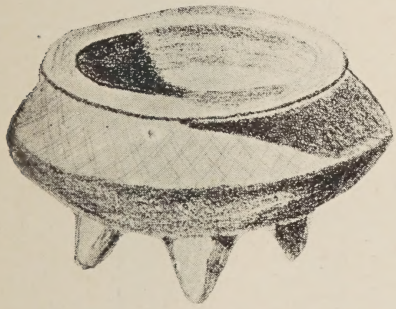
En la costa del Ecuador, se hallan también tolas; pero distintas de las del interior y hechas por otros pueblos. No colocaban los cadáveres en la superficie, sino en pozos que luego cubrían con montículos.



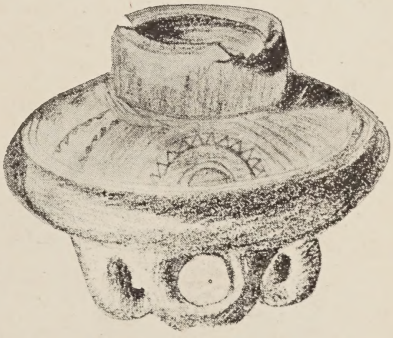
**32.—Corte vertical de una tola esférica con dos pozos, en donde se ve huesos y cántaros**

Se ha hallado en el Guayas tolas circulares, cuadradas y en forma de T. No todas eran sepulcros; algunas servían para ganar terreno seco.

De sus excavaciones, se ha obtenido hachas de cobre y el molde en que se fundieron (Guayaquil); an-



**33.—Vaso de barro de las tribus costeñas**



**34.—Vaso de barro hallado en la Costa**

zuelos y cascabeles de cobre; narigueras o anillos para la nariz, de cobre dorado o de oro puro. Como cuchillos usaban anillos de obsidiana.

En Esmeraldas, se han encontrado objetos de barro no cocido, sino endurecidos al sol y que representa-

35.—Cabeza de barro cocido
De los primeros habitantes
de Manabí

36.—Idolo de barro fino, en-
lucido con barniz amarillo.
De Manabí

37.—Dos de las caras de las piedras cuadrangulares
de Manabí.

han tal vez ídolos o dioses tutelares en actitud tétrica y grotesca.

En Manabí, lo más importante son unas piedras prismáticas—especie de pirámides de base cuadrada—cuyas caras laterales aparecen labradas con diversas figuras, la humana principalmente, ya desnuda o con un vestido ceñido al cuerpo y casi imperceptible. El peso de estas piedras es de 92 Kg. y su tamaño 27 cm.

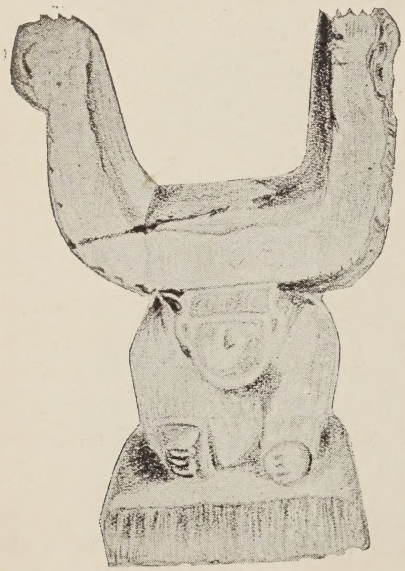
Otros objetos son vasos de barro crudo con capilla o nicho en el cual está un ídolo; anillos de una piedra negra durísima que podrían servir para engastarlos en un bastón a modo de cetros o mazas; silbatos de barro crudo en for-

**38.—Vaso de plata de la isla Santa Clara, frente a Puná.**

ma de animales, los cuales, por los agujerillos que llevan para pasar cordeles y por su pequeño tamaño, se supone que tal vez los llevaban al cuello como amuletos o talismanes.

Curiosos son las máscaras de barro; un vaso de plata, cuyo cuerpo es una rana extraña sobre la cual, como adorno está un monito que puede girar sobre sí mismo y hacia atrás una boca o cuello en forma de trompeta; ídolos de cobre, hueso pulido, oro y plata; zarcillos de plata; pirámides de piedra con caras esculpidas con instrumentos de cobre o pedernal; estatuitas humanas de piedra de hasta un metro de altura.

En gran abundancia se han encontrado sillas de piedra que constan de una base que es una plancha cuadrada sin adornos, sobre la que se eleva un sostén, formado por un cuerpo humano o de un animal echado de pecho y con piernas y brazos encogidos. El asiento descansa sobre las espaldas y es un arco también de piedra, ancha y holgada, con sus extremos labrados. En el Cerro de las Hojas de Manabí, hay muchas de estas sillas, dispuestas en semicírculos, en las diversas plataformas del cerro. Posiblemente, no fueron para sentarse como su-



**39.—Silla de piedra, hallada en el Cerro de Hojas en Manabí.**

ponen algunos, sino más bien altares para sacrificar víctimas humanas, objetos sagrados, por lo incómodas que resultarían como verdaderas sillas.

Otras sillas, más bajas, con espaldar pequeño y cómodas para su objeto, servían para sentarse. Se llamaban **tianas** o **duhos**, como las que se encuentran en Carchi.

Otro objeto curioso hallado en Manabí son las **tincullpas**, o sea, placas de cobre, a manera de platillos, con una cara grabada al centro, en cuya boca hay dos agujeritos, lo mismo que en su parte superior, para suspenderlas. Servían de sonajas y pectorales.

**40.—Tincullpa de cobre con lengüeta para sonar como cascabel.**

Las tribus esmeraldeñas eran bárbaras y belicosas. Algunas vivían de la pesca a orillas del mar, sin residencia fija; ótras formaban poblaciones y cultivaban la tierra.

Iban desnudos y pintados de negro. Muy aficionados al adorno, llevaban argollas de oro en la nariz y lucían zarcillos en las orejas y aún clavos de oro en la cara. En el cuello, los brazos y las piernas, sartas de cuentas de oro.

Tenían la costumbre de victimar mujeres, niños y prisioneros en ofrenda a sus ídolos, que eran en forma de animales.

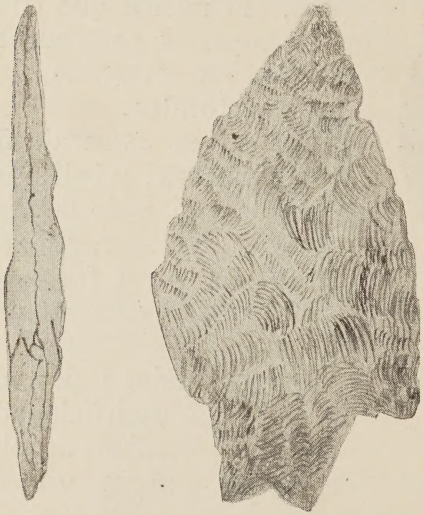
Las tribus manabitas eran también belicosas y hacían víctimas humanas, degollándolas con cuchillos de piedra.

Tenían famosos adoratorios como el de Manta y enormes ídolos de piedra.

Los cadáveres se enterraban en hoyos profundos, protegidos con vasijas de barro, sentados en cuclillas y comprimidos. Junto a las vasijas colocaban armas, adornos y vestidos.

Costumbres semejantes tenían los Guancavilcas, que ocupaban la que es hoy provincia del Guayas.

Los Punaes tenían también adoratorios oscuros y sombríos para sacrificar sus víctimas. Estaban en lugares tétricos y decorados con figuras espantosas. Usaban hondas, lanzas y picas arrojadizas. Eran los más ricos de la costa a la vez que más valientes y belicosos. Llegaron a construír murallas de piedra que les servían de defensa. Tales eran sus hábitos guerreros. Una de sus ocupaciones era la venta de sal a los serranos.



**41.—Punta de lanza o jabalina de obsidiana. Vista de perfil y de frente.**

En la costa, las tribus establecidas a orillas del mar vivían de la pesca; las de más al interior, de la agricultura.

Andaban casi completamente desnudos, cubiertos apenas el busto con una pequeña camisa. El cuerpo lo mostraban pintado de negro. Algunos se tatuaban, es decir, se hacían inyectar tinturas en la piel para adornarla

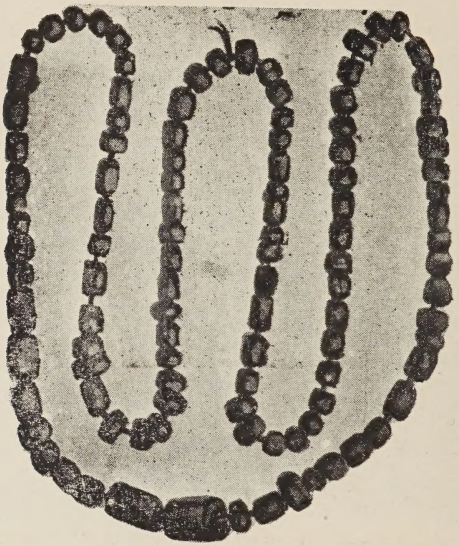
con dibujos. Sus cabellos eran cortos: una especie de melena con cerquillo.

**42.—Cabaña primitiva de la costa, al lado de una casa moderna.**

Sus casas se parecían a las que hasta ahora se usan en la costa. Unos cuatro postes de madera, a cierta altura de los cuales se hacía la base y sobre la cual se levantaban paredes de caña cubiertas de paja.

Digno de mencionarse es que en las provincias costeñas se han hallado muchos pozos artesianos, magníficamente elaborados con piedras y conservados por cientos de años sin destino alguno. Debían haberse construído sin instrumentos de fierro, pues, no los conocían las tribus costeñas y esta circunstancia les hace más meritorios.

Detalle curioso es que los indios del litoral desde Manta hasta Puná, como también los **Paltas** en Loja actual, deformaban el cráneo, alargándolo o deprimiéndolo de adelante hacia atrás.



**43.—Caratos o sartas de granos de arcilla que servían de moneda a los aborígenes de Carchi.**

9. Consideraciones generales sobre los aborígenes.—En general, las diversas tribus adoraban a dioses de distinta naturaleza: lo que no comprendían, como la luna, las montañas, ríos, rayos, arco-iris, a los que consideraban como seres vivientes; animales como el tigre, o jaguar y la culebra que les inspiraban miedo; momias de personajes de familia; o bien, objetos que ellos mismos se fabricaban, como ídolos de piedra o barro y talismanes o reliquias, como pedacitos de piedra, etc.

En las poblaciones andinas, las habitaciones eran de adobe, es decir, barro amasado con paja y de forma rectangular, o de piedra, como las de los cañaris; pero amontonadas sin arte alguno, tal cual las encontraban y unidas

**44.—Vaso de barro de los Caras representando un músico.**

entre sí tan sólo con barro. En la costa, eran las paredes de caña y la cubierta de paja.

Interiormente, veíase en primer término un fogón, montón de piedras en el que se mantenía siempre fuego. Además se guardaban las armas, vestidos y utensilios.

A consecuencia de que se radicaban en lugares determinados, su principal ocupación era la agricultura. Entre los principales cultivos que les proporcionaban alimentos, merecen citarse el maíz, la quinua, el maní, el poroto, la papa, el melloco, la oca, el chocho o altramuz, la chirimoya, el plátano, el aguacate. Además la yuca y el tomate en la costa y los zambos y zapallos en la sierra. Para estos trabajos apenas se ayudaban con un palo o punzón para hacer los hoyos en la tierra y echar las semillas. Por lo que respecta a los animales, criaban en gran can-

tidad cuyes, utilizados como exquisito manjar en sus fiestas. Para defensa de sus casas habían logrado domesticar perros de tamaño pequeño.

**45.—Medias lunas de oro de los Carchis**

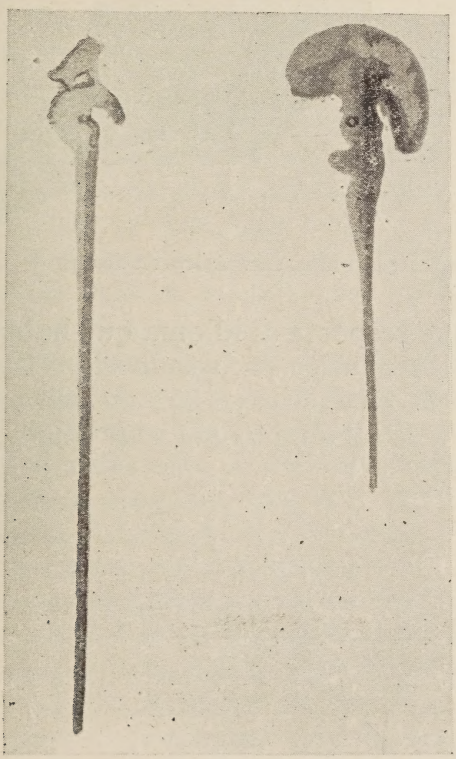
No tenían monedas, sino que cambiaban sus productos, unos con ótros; por ejemplo, yuca de la costa con zambos del interior. Los de Carchi usaban caratos o sartas de granos de arcilla que hacían las veces de moneda.

Para sus vestidos hilaban y tejían el algodón, adobaban y curtían algunas pieles y se servían de fibras de cabuya.

Industrias suyas fueron la fabricación de ollas y objetos de barro, muchos de ellos con figuras en relieve. Además, algunos, fundían oro y plata. Los de la Puná

habían ido más lejos logrando idear una tosca balanza y hasta una especie de vela para sus balsas.

De anotarse es que no adolecían enfermedades. De un lado el buen clima del país y de ótro, la sencillez de su alimentación, eran propios a la salud. Como remedios para sus males, sólo creían en la eficacia de algunas hierbas usadas para frotaciones o en infusiones, para bebidas.



**46.—Prendedores: de hueso, el grande; de oro, el chico.**

**47.—Instrumentos de música en forma de caracol.**

Por lo que respecta al idioma que hablaban, hay que decir que no era único para todo el país, es decir, para todo lo que hoy constituye la República del Ecuador. Al contrario, es indudable que cada pueblo tenía su lengua propia.

# LOS INCAS

**10.—La invasión Incásica.**—Hacia el sur del territorio ecuatoriano ocupado por las parcialidades indígenas que acabamos de conocer, existía otro pueblo mucho más importante que constituía un imperio muy poderoso y civilizado, completamente desconocido para nuestros aborígenes. Este imperio, que ocupaba el actual territorio del Perú, era el de los **Incas**, que, a fines del siglo 15, empezó a invadir nuestro suelo. Sus habitantes hicieron su aparición por el sur, mandados por un jefe valiente y famoso, llamado Túpac-Yupanqui y que era el doceavo de la dinastía o serie de reyes de su país, siendo una de sus figuras más salientes. El prestigio de su imperio, su riqueza, su organización, su ejército numeroso y aguerrido permitieron que, sin ninguna dificultad, se sometieran los pueblos meridionales, como los Paltas de Loja, con el solo hecho de su presencia.

Unicamente los Cañaris se atrevieron a presentarle resistencia por ser el pueblo más adelantado; pero a pesar de que al principio lograron derrotar a los Incas, pronto hubieron de pactar paz y aún recibir en triunfo al soberano incásico, quien por su parte, contribuyó al progreso de la región conquistada levantando puentes y edificios.

Para dar término a sus proyectos de conquistar todo el país, regresó al Cuzco, la capital de su imperio. Dos

años más tarde continuó su obra, sometiendo, después de encarnizados combates, importantes secciones y llegando a la misma ciudad de Quito, en donde dejó gente para asegurar su conquista y regresó nuevamente al Cuzco.

**Túpac-Yupanqui**, con una inteligencia y una energía notables, puso todo empeño en captarse el cariño de los pueblos vencidos, introduciendo grandes mejoras y adelantos, como los correos y dos grandes caminos que unían Quito con Cuzco; pero murió antes de dejar bien cimentado su poderío en las regiones conquistadas.

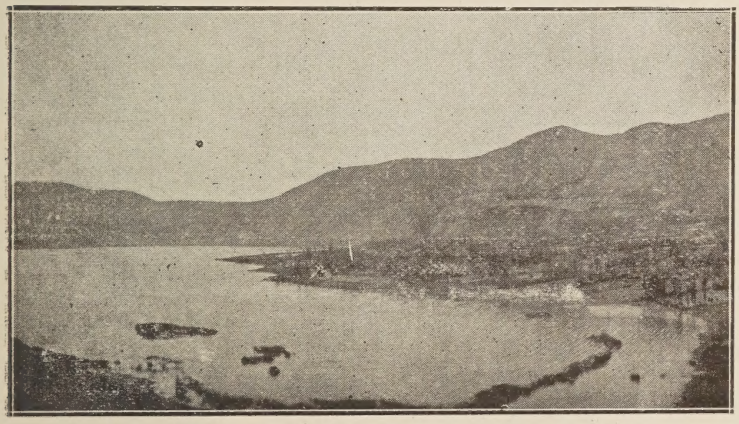
Digno sucesor suyo fué **Huayna-Cápac**, quien con el tiempo, llegó a ser el más famoso de los Incas, aunque en un principio tuvo que luchar con los enemigos de su propio imperio y con algunos pueblos subyugados por su padre que ansiaban libertarse. Gracias a su buen tino logró mantenerlos reducidos.

48.—Huayna—Cápac

Apaciguado su teritorio, decidióse también por las conquistas y al efecto alcanzó a llegar con su ejército hasta el centro de Chile, de donde, atravesando la cordillera, avanzó hasta las inmediaciones de Mendoza en la Argentina y regresó creyendo haber dado con los confines del mundo.

En el Cuzco descansó de las fatigas de la expedición a Chile; pero poco después, salió nuevamente a continuar su empresa por el norte. En partes, bien

recibido; en ótras, tratado con hostilidad, lo cierto es que avanzó triunfante hasta Quito, sometiendo a su paso las diversas poblaciones, de grado o por fuerza. Donde la conquista presentó mayores dificultades fué en Imbabura, pues, no obstante el valor, poderío y recursos de Huayna-Cápac, le costó muchos años de guerra en los que se cometieron muchas crueldades. La lucha con los **Caranquis** asumió tales caracteres que las



**49.—Laguna de Yahuarcocha.**

aguas de una laguna recibieron tanta sangre de combatientes que se tiñeron de rojo, originando así su nombre "**Yahuar-cocha**", que significa lago de sangre.

Pacificada la región norte, prosiguió hacia Pasto y luego se dirigió a la costa para afianzar sus conquistas.

**11.—El Gran Imperio Inca.**—El resultado de estas expediciones y conquistas fué la formación de un reino poderosísimo y vasto que se extendía entre el Océano Pacífico y la cordillera Oriental, desde el río Angasmayo en Colombia hasta el Maule en Chile. Tan

**50.—El Imperio de los Incas en América.**

grande era el Imperio que encerraba numerosos pueblos de diversas costumbres, religiones y lenguas en una extensión de 2'600.000 Km., que sobrepasa a muchos grandes países de Europa y que los propios Incas lo llamaron **Tahuam Tin Suyo,** es decir, los cuatro extremos del mundo.

En nuestro suelo, las conquistas de los Incas se extendieron en la sierra entre la provincia de Loja y el río Angasmayo. En la costa, sólo llegó hasta el cabo Pasado en Manabí bajo la línea equinoccial. En el Oriente, no hubo otra cosa que una simple expedición sin resultados a los Cofanes. En rigor, en la costa, la dominación incásica sólo alcanzó hasta Túmbez, ya que Guayaquil y Manabí, aunque vencidas, no fueron ocupadas en definitiva, ni la influencia incásica fué duradera. Lo intransitable de los escasos caminos, el clima ardiente y lluvioso, como también las enfermedades, permitieron que estas tribus conservaran su independencia.

Quito, en el interior, adquirió gran importancia, por cuanto Huayna-Cápac, hizo su residencia por cerca de 30 años y la adornó con hermosos edificios, llegando a ser una segunda capital del Imperio. Además, para asegurar mejor la conquista, el Inca-rey tomó por esposa a una princesa de Quito y de ella tuvo por hijo a Atahualpa.

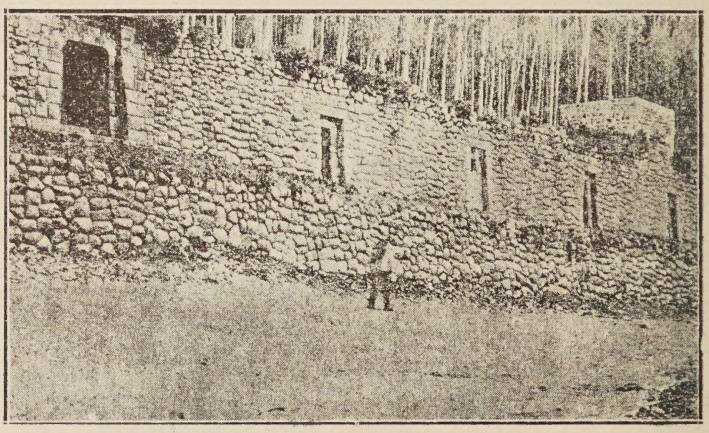
Al cabo de 50 años de mando, Huayna-Cápac murió en Quito, muy apesadumbrado por las noticias, cada vez, más graves, de la aparición de unos hombres nuevos en las costas de su imperio, los cuales ya presumía que le arrebatarían sus dominios. Su muerte fué muy lamentada. Sus funerales duraron varios días y más de 1.000 personas le acompañaron en su tumba. Su cadáver embalsamado se trasladó al Cuzco y fué depositado en el famoso templo del Sol.

En su testamento, guiado por su amor paternal, dividió su imperio en dos secciones: la del Norte o **Reino de Quito** que dejó a Atahualpa y la del Sur o **Imperio del Cuzco** que reservó a su primer hijo, **Huáscar**, tenido en Goya, otra de sus esposas del Cuzco.

12.—**Habitaciones, vestidos y alimentos de los Incas.**—Las casas en que habitaban los Incas eran estrechas, oscuras y desaseadas. No tenían ventanas y las puertas eran angostas. No había en ellas otras cosas que utensilios de cocina, ollas de barro, calabazas partidas, piedras de moler, una estera o cuero para acostarse, rueca, telar y algunos instrumentos de labranza

Las casas de los nobles eran holgadas, tenían ricas mantas, vajilla de oro y plata, asientos y otros muebles.

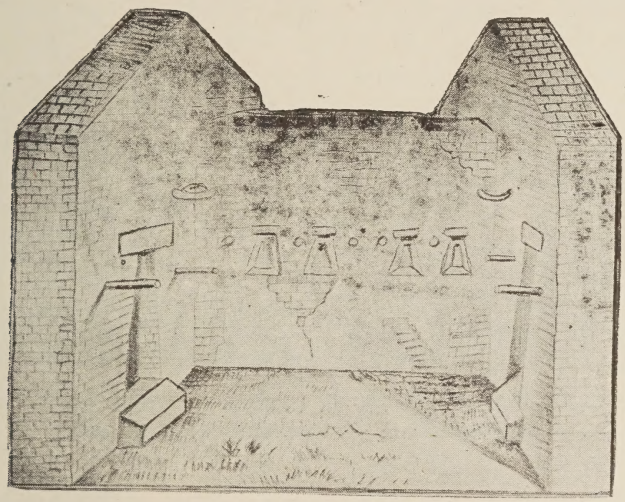
Se construían comunmente de piedras o de adobes;



**51.—Murallas que cerraban el palacio de Manco-Cápac, fundador de la dinastía incaica en Perú.**

pero las piedras se labraban por una sola cara. Empleaban piedras enormes de muy difícil transporte y

las unían por medio de mezclas de cal. Los techos eran de paja o de palma.



**52.—Ruinas de un edificio incaico. Interior.**

En estado de ruinas quedan unas pocas muestras de estos edificios, como el llamado palacio de Callo en el cerrito de este nombre a 15 kilómetros del Cotopaxi y el llamado Ingapirca en el Cañar.

Sus vestidos eran, más o menos, los que usan ahora los indios de la sierra: una camisa de lana o algodón, según la localidad: sierra o costa, sin mangas ni cuello, de color azul, amarillo o negro y calzoncillos para las piernas. Además, una manta, un sombrero como gorro y ojotas de cabuya o cuero. Esto en cuanto a los hombres. Las mujeres llevaban un **anaco**, especie de manto que se envolvían alrededor del cuerpo, de la cintura hacia abajo y sujeto con una faja. Fuera de esto, desde la cabeza o desde los hombros hasta los muslos, se cubrían con otro manto, que se aseguraba por medio de una agujeta a los dos lados en el pecho.

**53.—Niños de la escuela de Olmedo en trajes incásicos, representando la obra dramática: Quisquis**

Los vestidos de los nobles eran semejantes; pero más finos y bordados.

El cabello llevaban dividido en dos trenzas, adornadas con una especie de cinta.

El alimento era pobre y escaso: papas, maíz, quinua, mellocos, un poco de carne con sal y ají y dulce de cabuya llamado **cháguar-mihzqui**; en la costa, plátanos, yuca y pescado.

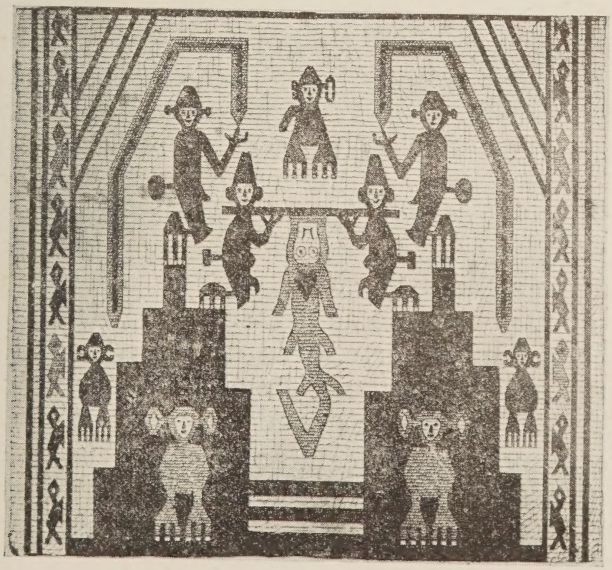
13.—**Costumbres de los Incas.**—Como el carácter de los indios era manso y humilde, sus costumbres eran sencillas y buenas. Como la riqueza estaba bien distribuída, había pocos asesinatos y casi ningún robo, aunque las casas permanecían abiertas. Los habitantes no eran pobres ni ociosos, porque a todos se daba medios de vida y se amparaba. Por sobre esto, se castigaba la ociosidad.

El matrimonio era obligatorio, debiendo ser los contrayentes de una misma condición social. Tenían

la particularidad de verificarse muchísimos en conjunto, en un solo día del año, en que se reunían en la plaza mayor todos los que iban a casarse. El príncipe o gobernador tomaba de las manos a los novios y con esta sola formalidad el matrimonio quedaba celebrado y seguían las fiestas que divertían a todos los pobladores. El distrito daba a los nuevos matrimonios la habitación y el terreno necesario al cultivo.

Se celebraban otras fiestas con bastante frecuencia y con diversos pretextos: el primer corte de cabellos, el crecimiento o cosecha de las plantas y algunos motivos religiosos.

Para regocijo les servía la lucha o combate, la carrera y los bailes, en los que se consumía mucha chicha; pero así y todo, el indio era triste y melancólico en sus cantos y bailes.



**54.—Un tejido de los incas.**

14.—**Industrias de los Incas.**—La agricultura, lo mismo que la fundición, arquitectura, tejido, etc. estaban bastante adelantados. En Quito se labraba con habilidad madera y piedras preciosas.

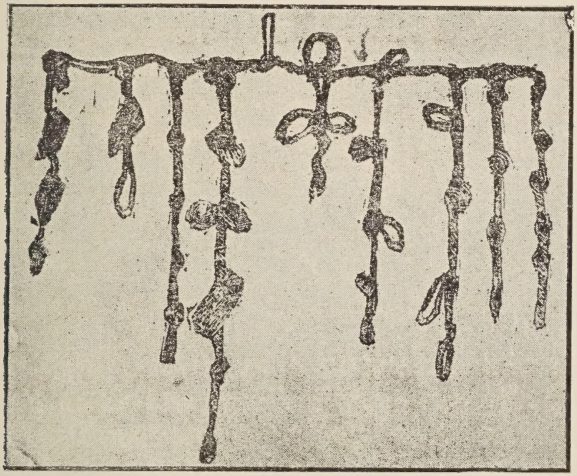
Lograron fabricarse armas de piedra, hueso y madera, como también de oro, plata, cobre y bronce. Las principales eran lanzas, alabardas y picas de chonta, espadas de cobre; sables grandes de madera, hachas, hachuelas, dardos arrojadizos, puñales de dos filos, porras, arcos y hondas.

Para defenderse se construían la **umachina**, **morrión** de madera o metal adornado con plumas, la **ñahuichina**, visera de metal; la **aucana--cuhzma**, jubón embutido de lana y estopa y la **huallcanga**, rodela con empuñadura. Para los combates disponían de banderas, tambores y trompetas de madera y caracol.

Una obra admirable de los Incas es la calzada de Quito al Cuzco, formada de grandes piedras talladas y que por su magnificencia se ha comparado con las vías romanas y aún más, se las ha puesto entre las maravillas del mundo. La alta tenía 2.100 millas con un ancho de 5 a 6 metros; la ótra era más corta. Cada dos millas había postas, habitaciones pequeñas para los encargados de trasmitir las órdenes y comunicaciones, cosa que hacían a gran velocidad. Estos correos, corrían de día y de noche, como se presentara el tiempo. Así fuera la lluvia muy fuerte, cada cual corría las dos millas de rigor, con lo cual el rey, podía saborear hasta pescado fresco, traído de grandes distancias.

En este maravilloso camino en el que hubo que tapar precipicios, endurecer y secar pantanos, trabajar rocas durísimas, se empleó miles de trabajadores y bastante tiempo. Empezado por Túpac-Yupanqui, lo dio término Huayna--Cápac.

15.—**Cultura de los Incas.**—Tenían conocimientos sobre aritmética, astrología e hidrografía; pero sólo los nobles, pues no se quería que el pueblo se instruyera, razón por la cual las escuelas estaban reservadas para los nobles.



**55.—Quipos.**

Para escribir usaban **quipos,** o sea, cordeles de nudos hechos de cabuya. Un nudo expresaba las unidades; dos, las decenas; tres, las centenas; cuatro, los millares, etc.

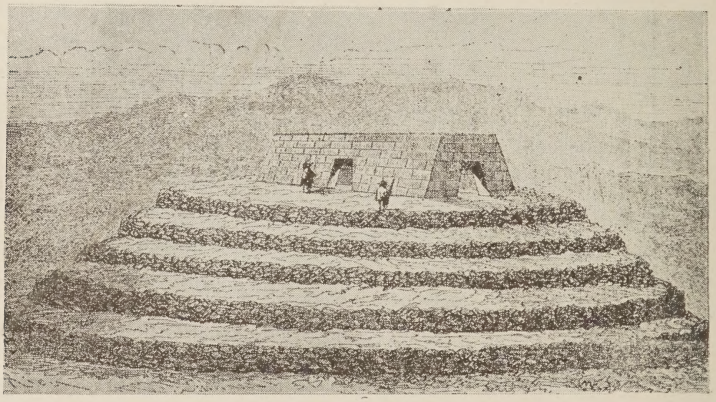
La longitud y forma de los nudos, como el color de los cordeles y otros detalles permitían representar ideas abstractas. Así el blanco significaba plaza y paz; el rojo, guerra, etc. A los individuos encargados de guardar y descifrar los **quipos** se daba el nombre de **quipo--camayos**

Conocían las estaciones, la sucesión de días, meses y años solar y lunar. El verano corespondía a junio,

el invierno a diciembre. El año se dividía en 12 ½ meses para que coincidiera con el del sol.

En medicina habían descubierto las propiedades de muchas plantas las que eran utilizadas en las curaciones por viejas hechiceras y creían que las epidemias se debían a ancianas invisibles que iban por campos y ciudades.

Sabían el valor, las propiedades y las combinaciones de los números; pero sólo hasta el millón. Empleaban la aritmética para la medida y partición de tierras y para la arquitectura, que alcanzó importancia en los templos.



**56.—Templo de Huayra-Cocha, construído por este Inca en la sierra peruana y destruído en parte por los españoles.**

Los templos eran inmensos, de superficie cuadrada y con cubierta de madera. Las paredes estaban tapizadas hacia el interior del edificio con tejidos de algodón de colores y las puertas, con planchas de oro. Las diversas partes del templo estaban dedicadas al Sol, representado por una cara grande de oro con largos ra-

yos; a la Luna, una cara de mujer, hecha de plata; las estrellas, el rayo, el arco-iris. Una nueva sección se destinaba al gran sacerdote y ótra para los demás sacerdotes. Fueron famosos los templos de Tomebamba y de Cayambi.

De su pintura dan idea las que se veían en las paredes y las que aún se pueden apreciar en las piezas de barro. El dibujo lo aplicaban en los tejidos.

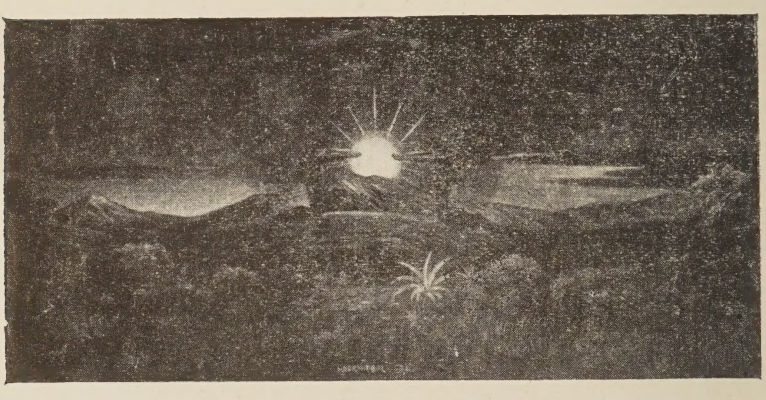
La música estaba atrasada, pues, lo que más buscaban era el ruído. Sus instrumentos que construían de cañas, madera, huesos y calabazas, eran el **chilchil,** cascabel de gran ruído: el **cuibi,** silbato de 4 voces; la **tinga,** especie de guitarra; el **huayrampuro,** órgano de calabazas o cañas; el **pingullo,** flauta que aún existe; el **huayllacu** o flautón; el **huaucari** o tamborcillo de baile; la **quipa** o trompeta; la **quena** o flauta y la **huagra** o bocina.

Su lengua, el **quichua,** es rica y muy conocida. Tiene voces propias para todo y aún para idas abstractas. Tenían sus poesías y se conoce el drama **Ollanta,** llamado así del nombre de su protagonista, un general del imperio.

La agricultura, los tejidos, la crianza y domesticación de animales, el embalsamamiento de cadáveres, la minería, las joyas de oro, los caminos, puentes, acequias y jardines dan muy alta idea del progreso material de este pueblo de 10.000.000 de habitantes. De ninguna manera eran bárbaros: poseían una verdadera civilización.

**16.—Religión de los Incas.**—Se habían formado la idea de un dios, autor de todo el universo y al que llamaban **Con.** Por maldad de los hombres, los transformó en gatos feos. Después vino **Pacha-Cámac,** hijo de Con, quien, compadecido de las desdichas humanas,

creó de nuevo todas las cosas. Más tarde, apareció **Manco-Cápac**, primer inca del Perú, de vida fabulosa. Se decía hijo del Sol, como Con y Pacha-Cámac; fundó el imperio e impuso la religión del Sol con gran facilidad. Se levantaron muchos templos y se multiplicaron los sacerdotes. Hubo también vírgenes dedica-



**57.—Adoración de los Incas al Sol.**

**58.—Adoración a la Luna.**

das al culto del Sol que residían en monasterios especiales, en donde cabían hasta mil y cuya misión se reducía a conservar el fuego sagrado, hilar y tejer lanas de vicuña.

Otros dioses eran la Luna, hermana y esposa del Sol; las estrellas, el arco iris, el rayo, Venus.

El culto se exteriorizaba en múltiples fiestas y ritos. En una de ellas, en la de la Luna, se sacrificaban 100 llamas. Sólo en la coronación de un Inca, se sacrificaba un niño.

**59.—Muralla del templo del Sol, construído por los Incas en el Cuzco y reformada por los conquistadores**

Entre sus supersticiones, tenían la creencia de que llovía cuando una princesa regaba el agua de un cántaro.

En moral, tenían una especie de mandamiento excelente: no serás ladrón, ni perezoso, ni mentiroso.

**17.—Organización social de los Incas.**—La nación de los Incas estaba organizada según el sistema llamado comunista, pues, el trabajo se realizaba, la tierra se cultivaba y los productos se repartían o distribuían en común, para todos.

Como la ocupación principal y casi única era la agricultura, dividíase el terreno en 4 partes: una, para el Sol que se cultivaba por todos y se aprovechaba para el sostenimiento de vírgenes, sacerdotes y templos; ótra, para el soberano o Inca, se laboraba también en común y constituía el único tributo; la tercera que también se cultivaba por todos, se destinaba preferentemente a beneficencia y a los soldados. Los demás terrenos, en proporción a las familias, se trabajaban y usufructuaban por los particulares; pero no podían heredarse. Anualmente se hacía el reparto por el Inca. Cada jefe de familia recibía un lote de terreno que debía ser cultivado con sus propias manos y al que se aumentaba otras secciones iguales por cada hijo varón y una mitad más por cada hembra. De igual manera se distribuía la porción del terreno correspondiente a los miembros de familia muertos entre un reparto y ótro.

En esta forma, el trabajo era obligatorio para todos, pues, aún los ancianos, los niños y los enfermos debían realizar trabajos adecuados a su condición, como arrancar las malezas de los sembríos, cuidar las sementeras de los pájaros destructores, etc.

Siendo todos los productos y bienes naturales del soberano, éste se encargaba igualmente de distribuír con equidad la semilla a cada súbdito anualmente.

Las contiendas que podrían haberse suscitado por la necesidad de agua para regadío, no existían, pues, el Rey las distribuía, señalando ríos, construyendo canales y precisando las horas en que cada localidad podía disponer del agua.

Tampoco había el peligro de hambre y escasez, ya que el sobrante de las cosechas se almacenaba en graneros públicos en los que se guardaba alimentos para los años malos, de manera que jamás hubo región incásica asolada por el hambre.

También pertenecían al soberano todos los ganados y de ellos se llevaba cuenta detallada sobre su número, pastores, cantidad de lana que producían, etc.

Recolectada la lana se distribuía a los habitantes para que hilaran y tejieran sus vestidos. Otro tanto se hacía con el algodón.

Nadie podía acaparar terrenos, pues, al hacerse el reparto anual se tomaba en cuenta las defunciones y nacimientos acaecidos y los límites señalados por el Rey y porque el terreno de las regiones conquistadas pasaba a ser propiedad común como todos los demás.

En el cultivo de los campos se prefería el bienestar del pueblo y, por esto, los primeros terrenos que se labraban eran los del pueblo. En seguida se atendían los del Inca y por último, los del Sol.

No había moneda, ni se necesitaba. Tampoco se cobraba impuestos en especies; pero existía la obligación de contribuír con el trabajo personal durante cierto tiempo en el cual, el alimento se sacaba de los bienes del Inca. Este tributo de trabajo exigía a cada uno algo de su industria. Unos extraían metales de las minas; ótros, elaboraban ídolos, vajilla y utensilios de oro, plata o barro; ótros tejían los vestidos o construían los armamentos para los depósitos comunes.

Los caminos, canales, templos y palacios se construían igualmente en común y como en pago de un impuesto.

El soberano tenía facultad de trasladar según las necesidades a los indios de una región a ótra; éstos no podían pues, transitar o viajar libremente.

Para desarrollar la fraternidad y la igualdad entre todos los súbditos, había la costumbre de juntarse dos veces cada mes, todos los pobladores de un pueblo para comer en conjunto a cielo descubierto y a estas comidas asistían enfermos e inválidos. De acuerdo con estos mismos sentimientos, la tribu se encargaba de cultivar el terreno que no podían hacerlo las viudas, huérfanos o los individuos ocupados en servicio del monarca.

**18.—Clases sociales.**—Aunque estaban organizados en forma comunista, no se consideraba iguales a todos los hombres, sino que había castas o clases sociales, privilegiadas algunas de ellas, y en las cuales se tenía obligación de permanecer, de acuerdo con la categoría y oficio de los padres.

La más alta clase social estaba formada por el Inca, cuya voluntad era la única ley del imperio, y su numerosa familia, entre la cual tenían preferencia los hijos de las esposas legítimas sobre los habidos en las concubinas que llegaban a cientos.

Otra clase constituían los curacas o jefes de tribu y sus familias, incluyéndose en esta misma clase, los jefes de tribus conquistadas, que, como medida de táctica, eran conservados en su dignidad.

Una nueva casta integraban los sacerdotes y sabios que conservaban las tradiciones y los conocimientos de astronomía.

Después venía la clase popular, la más numerosa de todas; era la única sobre quien pesaba la obliga-

ción de trabajar para la nación, y estaba sujeta a ciega obediencia.

Finalmente, había los yanaconas o sirvientes destinados a los oficios miserables y repugnantes.

El soberano en su carácter de dios, hijo del Sol, estaba por sobre todos y era objeto de la mayor veneración. Para penetrar a su palacio había que descalzarse. Los objetos de que se servía eran sagrados. Cuanto tocaba hacíase divino. Nadie se atrevía ni a mirarlo de frente. Salía en literas de oro conducidas en hombros de vasallos especiales y por caminos limpios en extremo y cubiertos de flores. Llevaba vestidos finísimos adornados de oro e iba acompañado de una larga comitiva con músicos y bailarines. Sin embargo, siendo la guerra y la conquista la primera ocupación, los hijos de los Incas se hallaban sujetos a duros trabajos para vigorizarse.

Los sacerdotes eran unos para el Sol y ótros para los sacrificios a los ídolos que consistían, por lo general, en llamas y en ocasiones, niños. No usaban vestidos especiales, pues, llevaban vida austera.

Celebraban muchas fiestas con gran entusiasmo; la principal de las cuales, en junio, se hacía en honor del Sol.

**19.—Gobierno de los Incas.**—Estas prácticas demandaban un gobierno especial y de ahí el absolutismo despótico y extremo del Inca, quien se hacía respetar como hijo y representante del Sol. Una idea de su magnificencia y pompa dan los finísimos vestidos salpicados de oro y piedras preciosas y las 8.000 personas que formaban su comitiva.

Un Imperio tan vasto y bien organizado como Tahuam Tin Suyo exigía colaboradores en el mando, capaces de hacer cumplir las órdenes del soberano y de vigilar constantemente a los pueblos sometidos. Cada

diez familias tenían un empleado encargado de cuidarlas. Sobre éstos había ótros: el quincuagenario, el centurión y el milenario, cuidadores de 50, 100 y 1.000 familias y luego cuatro gobernadores o virreyes que mandaban en cada uno de los cuatro departamentos. Los cuidadores debían responder por la conducta y respeto a la ley de los súbditos para no hacerse acreedores a la pena.

Un ejército, constituído por todo varón comprendido entre 25 y 60 años, garantizaba las conquistas y el cumplimiento de las leyes. Sin embargo, aunque el ejército era bien disciplinado, preferían la paz, los convenios y aún las intrigas, antes que la violencia.

Cada soldado estaba en el deber de prestar sus servicios dentro de la edad ya indicada; pero, por lo general, sólo se les ocupaba en ciertas temporadas, dándoles lugar al descanso. Este ejército estaba organizado como la nación entera en decenas, veintenas, centenas y millares, con jefes y subjefes dependientes unos de ótros y todos de un general. Cada cuerpo se especializaba en una arma en particular y tenía su insignia.

Armas ofensivas eran las galgas que hacían rodar por los precipicios, las hondas para lanzar piedras a grandes distancias, mazas y rompecabezas pesados, porras de madera con pedernales aguzados y lanzas. Para defenderse, usaban capacetes y especies de escudos o corazas de madera o cuero, para el pecho.

En la banda de guerra entraban flautas y pitos, tambores y trompas de conchas de caracol, unidas a tubos de madera.

El ejército, al entrar en batalla, no necesitaba recurrir al saqueo, pues en cada provincia había grandes almacenes con alimentos, vestidos y armas en abundancia.

20.—Administración de justicia de los Incas.— La justicia era rápida y administrada por los curacas o jefes de tribu, que eran vigilados por visitadores que recorrían el reino.

Las penas sólo podían ser: reprensión o infamia, golpes y muerte, que era la más común.

Al desaseo, la ociosidad y la mentira correspondían golpes, generalmente con piedras; los homicidas, incendiarios o blasfemos contra el Sol o el Inca eran ahorcados, enterrados vivos o arrojados a precipicios, a veces, previos tormentos.

Las leyes incásicas han sido admiradas y hasta consideradas mejores que las de Licurgo en Esparta. Eran respetadas por todos, fueran buenas o malas. Como imperaba el régimen comunista, no había propiedad ni moneda y por esta razón, las leyes eran pocas. Unicamente servían para lo criminal y castigaban el asesinato, el robo, las blasfemias contra el Sol y el Rey.

21.—**Influencia del gobierno de los Incas.** — Para asegurar la paz y su predominio en las comarcas conquistadas, los Incas no se contentaron con degollar en masa a millares de aborígenes, sino que desterraban poblaciones enteras a regiones bastante lejanas o traían extranjeros para que los vigilaran, a los que llamaban **mitimaes.**

De aquí que el lenguaje fuera demasiado diferente, al tanto que había comarcas en las cuales se hablaba al mismo tiempo tres lenguas: la de los aborígenes, la introducida por los mitimaes y el quichua o lengua del Inca, que era el idioma oficial del Cuzco y obligatorio para todo el Imperio.

Con iguales fines se declaró oficial la religión incásica, la que debía ser acatada por todos, sin perjuicio de que cada población conservara la suya.

A la idea de la divinidad de los astros tenida por los aborígenes, añadieron la de ser descendientes suyos y por tanto, los Reyes, eran divinidades también. Así se aseguraron el gran poder y la veneración que les guardaban.

A más de los templos existentes, a los que adornaron y enriquecieron, construyeron nuevos en distintos lugares para celebrar el culto del Sol lo mismo que en el Cuzco. Instituyeron colegios o seminarios para sacerdotes y monasterios para una especie de monjas, llamadas vírgenes del Sol.

Entre los adelantos traídos por los Incas, está la introducción de llamas que utilizaban para la carga, como también su carne para alimentarse y su lana para tejerse mantas. La agricultura se perfeccionó, porque al trabajo aislado de las tribus sucedió el trabajo en común que produce mayor rendimiento y porque construyeron canales de regadío y cultivaron muchos terrenos hasta entonces abandonados. Otro gran adelanto fué la gran vía de que hemos hablado, el camino de la costa, la instalación de tambos a lo largo de la vía que atravesaba todo nuestro territorio; la construcción de 5 o 6 palacios para los soberanos, hechos de piedra labrada y con gruesas paredes que abarcaban gran extensión para dar cabida, a más del rey que ocupaba el centro, a su numerosa servidumbre.

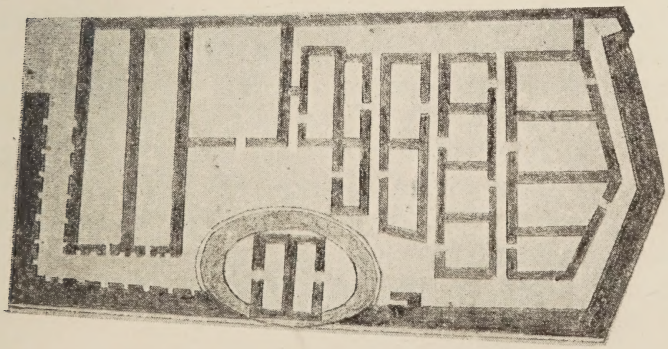
Fuera de estas ventajas materiales, las tribus quiteñas recibieron de los Incas ótras de orden espiritual, como la unificación del reino, el gusto por el trabajo y la paz. A fin de estimular el trabajo, mezclaban las faenas de la labranza con fiestas a las que asistían con los mejores vestidos y en las que la chicha, repartida en abundancia, excitaba al igual que los acompasados y roncos sones del tambor y los alaridos de la flauta.

Aunque el absolutismo era riguroso, en todo caso hizo el beneficio de distribuír las riquezas con justicia.

**22.—Antigüedades de los Incas.**—Quedan de los Incas, muchos objetos dignos de mención, como cantarillos de barro cocido, barnizados en rojo, con labores negras y amarillas; muchísimas otras vasijas de barro de las más variadas formas; aretes de cobre, etc.

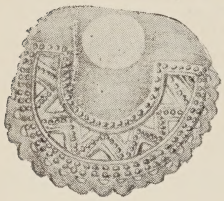
**60.—Cantarillo de barro cocido y barnizado de rojo.**

Los edificios de los Incas son de dos clases: unos sencillos construídos en tiempos de Túpac-Yupanqui, que se reducen a tambos o casas de alojamiento y ótros ostentosos, que pertenecen al período de Huayna—Cápac



**61.—Plano del palacio de Huayna-Cápac, llamado Inga-pirca, en Cañar.**

y que pueden ser fortalezas y palacios del soberano. De los primeros se hallan ruinas en Loja y Azuay. Son de piedra tosca y hechos al apuro. Constan de varias piezas pequeñas y un salón extenso, pero angosto al centro; todas ellas sin comunicación entre sí.



**62.—Aretes de cobre de los Incas.**

De los palacios existen ruinas, de los de Callo y Cañar y vestigios de los de Caranqui y Mocha. El de Cañar debió ser enorme, a juzgar por la gran extensión en que se encuentran los cimientos y ruinas. Junto al palacio o posada del monarca se hallan en un grupo, el Inga-chungana o juego del inca y el Inti-huayco o quebrada del Sol. El conjunto se llama Inga-pirca o pared del Inca y de él se conserva la parte principal de forma elíptica y unos muros de piedra cubiertos de hierbas. Se halla sobre una eminencia y es construído de piedras sillares unidas mediante mezcla. Las piedras de la elipse son más grandes y mejor labradas que las demás. En las murallas hay alacenas u hornacinas de forma de trapecio. No hay ventanas, pero las puertas son altas y también trapezoidales con la base ancha abajo. Todos los edificios son de un piso, con techo de madera recubierta de paja.

Interiormente, las paredes están protegidas por una capa delgada de arcilla o greda mezclada con paja y con una pintura rojo-pálida. No había puertas de

madera, sino tal vez mantas a manera de cortinas que se colgaban de unas piedras cilíndricas enclavadas en la pared.

Los palacios son sólidos y espaciosos; pero no espléndidos. No conocían arcos ni columnas. Los adornos sólo han debido ser de oro, interiormente.

En Tomebamba, provincia de Azuay, se han hallado restos de edificios con piedras de río unidas por una masa de arcilla.

# EL DESCUBRIMIENTO

**23.—Primeros españoles en las costas ecuatorianas.**—Ya dijimos que, en sus últimos días, Huayna-Cápac fué sorprendido por la noticia de que en las costas de su Imperio habían aparecido unos extranjeros y que suponía que trataban de arrebatarle su poder.

Estos hombres, de piel blanca y larga barba, vestidos con corazas de reluciente metal y armados en forma no imaginada por los indios, aparecieron por Esmeraldas en donde recibieron buenos obsequios de los maravillados habitantes, entre los cuales pasaron dos días. Los indios, al ver pasar por sus costas, la nave enorme en comparación con sus pequeñas canoas, corrían a contemplarla desde las playas y caían en el más grande de los asombros sin alcanzar a comprender lo que veían. Halagados los recién venidos por la buena acogida de los indios, prosiguieron su viaje por las costas manabitas hasta cerca de Bahía de Caráquez, doblando el cabo Pasdo y luego emprendieron el regreso. En el camino, encontráronse los extranjeros con una balsa con vela que les admiró mucho. Eran los habitantes de Túmbez que iban a comerciar con los esmeraldeños y manabitas, llevando hermosos objetos de oro y plata y bellos tejidos de lana y algodón.

Ninguno de los nuevos hombres aparecidos en nuestras costas quedó en territorio ecuatoriano. Desaparecieron por donde habían venido, para más tarde asomar nuevamente y recorrer toda la costa del país.

Después, a principios de 1531, otros hombres de los ya aparecidos, desembarcaron en San Mateo y bordearon con parte de sus caballos la costa hacia el sur, mientras los demás continuaron en el mismo sentido en sus embarcaciones. Atravesaron Esmeraldas y Manabí, maltratados por el clima y la lluvia y hasta por pústulas incurables en dirección a la Puná, en cuyo trayecto se juntaron nuevos compañeros llegados en otros buques. Los pueblos que encontraban se sometían sin dificultad y en Bahía de Caráquez, aún recibieron demostraciones de amistad. Tras varios días de marcha pesada, halláronse frente al Golfo de Guayaquil, en donde se halla la isla Puná. Los habitantes

63.—Desembarco de los españoles en Puná

de la isla parecieron recibirlos bien y su propio cacique, Tumbalá, los invitó a bajar en sus balsas. Fueron recibidos en fiesta con danzas y música. Por entonces había unos 20.000 indios dedicados principalmente al comercio de sal y al cultivo de maíz, cacao y otras plantaciones.

Los que siguieron por el mar, llegados a Túmbez se admiraron de hallar una población rica y próspera. Los tumbecinos les salieron al encuentro con lanchas cargadas de caza, pesca, frutas, chicha y hasta un llama. Uno de los príncipes reales fué a visitar el buque quedando encantado de todo y siendo bien atendido por el jefe de los extranjeros llamado **Pizarro.** El príncipe bajó acompañado de un español y de un negro y llevando cuatro gallinas, un gallo y dos cerdos que fueron admirados por los tumbecinos. Como jamás habían visto hombres de raza negra, al negro lo lavaron, creyéndole pintado. Al otro día tuvieron ocasión de maravillarse mucho más, al ver desembarcar a un griego con armaduras y una especie de fusil de entonces, llamado arcabuz, y sobre todo al presenciar cómo disparaban y acertaban en el blanco.

Continuando su expedición por las costas peruanas, el mar, batido por los vientos, les obligó a buscar puerto, siendo en estos lugares igualmente atendidos y aprovisionados. De regreso por Túmbez, hicieron bajar a Pizarro y le colmaron de manifestaciones de aprecio. Hubo danzas, cantos y obsequios por parte del curaca. En otros puertos en donde tocó, como Santa Elena y Portoviejo, era siempre bien recibido. Tan bien se portaban los habitantes, que hasta les regalaron dos indios para que aprendiendo el español, les sirvieran de intérpretes. Se llamaron Martín y Felipe o Felipillo.

**24.—Conquista de Túmbez y Puná.**—Los Punaes y los Tumbecinos se habían declarado guerra a muerte y de esta enemistad quiso aprovechar Pizarro; pero no le fué tan favorable como suponía. En la Puná, los abusos cometidos por los expedicionarios, al robarles a los indígenas sus ropas, alimentos y mujeres, provocaron varios intentos de rebelión, como también el marcado partidarismo que demostraron en favor de los tumbecinos, pues, para captarse las simpatías de éstos, libraron 600 prisioneros y, aún más, permitieron que entraran los tumbecinos en la isla y talaran los sembrados. Además, Pizarro, creyendo que era efectivo un intento de insubordinación descubierto por los tumbecinos entregó al furor de éstos a 17 caciques de la Puná, a quienes encontró reunidos en casa de uno de ellos. La decapitación que hicieron los de Túmbez, por detrás, a todos los caciques isleños, a excepción de Tumbalá, jefe de todos, y la prisión de éste mismo, indignó a los indios y dio lugar a la guerra franca. Desde el anochecer vagaban por los alrededores del campamento de los españoles grandes grupos de indios y al amanecer lo cercaron por

64.—Francisco Pizarro.

completo, atacándolo con gritos y algazara de pífanos.

A pesar del gran número de indios y de lo reducido del de los expedicionarios, la lucha se decidió por los últimos, gracias a que estaban defendidos por las corazas que los hacían casi invulnerables, mientras, los indios combatían casi enteramente desnudos. De otro lado, los arcabuces, rifles empleados en aquellos tiempos, hacían blanco en las masas compactas de indios y los mataban en grandes cantidades. Esto era demasiado; pero lo que más asustó a los indios fué la entrada de la caballería hacia la mitad del día. Los indios creían que los caballos eran seres inmortales y huían a su presencia, siendo pisoteados los que no podían escapar.

La lucha duró veinte largos días y se propagó al mar pues los indios se dirigían a las naves de los invasores sobre balsas en grandes grupos, con el objeto de echarlas a

**65.—Asalto de los indígenas de Puná a los invasores españoles.**

pique. Al fin, con sus casas desmanteladas, sus siembras incendiadas y con numerosos muertos, se vieron en la necesidad de replegarse al continente, abandonando la isla, que cada día se despoblaba más, a los extranjeros malagradecidos y sanguinarios, entre los cuales pronto surgió el descontento, no sabiendo ya qué sacar de los pobres indios.

La llegada de un buque con auxilios, salvó la situación de los expedicionarios y a los siete meses de residencia en la isla, la dejaron para trasladarse a Túmbez, distante en 60 km., en donde fueran tan bien tratados la primera ocasión y en donde también se desengañaron en cuanto a la recepción y agradecimiento que esperaban esta vez. Contra todo lo imaginado, los tumbecinos cortaron brazos y piernas, les sacaron los ojos y les pusieron a cocer en grandes ollas de agua hirviendo a los tres primeros españoles que llegaron en balsas. Igual cosa se disponían a hacer con todos los demás; pero habiendo desembarcado a caballo, un hermano del Jefe de los invasores, **Hernando Pizarro**, al oír los gritos de la segunda serie de víctimas, corrió en su auxilio e hizo dispersar a los indios, dejando en libertad a sus compañeros.

Tampoco pudieron triunfar los tumbecinos en sus nuevos proyectos de asesinarlos por la noche y ahogarlos dejándoles arrastrar en sus balsas por la corriente.

Cuando los expedicionarios se hallaron en Túmbez, sufrieron nueva y fuerte decepción al ver la población incendiada y desolada a consecuencia de sus guerras con los Punaes. Los habitantes habían huído y costó trabajo traerlos.

Hasta recibir nuevos auxilios, hubieron de resignarse a fundar una ciudad y lo hicieron cerca de Paita, dándole el nombre de San Miguel en honor de este santo, quien, según su creencia, los había ayudado a vencer a los indios. Esto ocurrió en 1532 y fué la primera ciudad fundada

por los extranjeros conquistadores en este lado de América.

**25.—Cómo y de dónde llegaron estos extranjeros a nuestras tierras.**—Los Incas creían que su imperio comprendía todo el mundo y no tenían idea de que hubiera otros continentes. De aquí su sorpresa al aparecérseles por el mar hombres extraños e inesperados. Otro tanto ocurría con los europeos, quienes a pesar de muchos viajes y exploraciones, no sabían la existencia de otro mundo, distinto del por ellos habitado.

Por aquellos tiempos, fines del siglo 16 y principios del 17, los europeos tenían una fiebre de riquezas que les obligaba a empresas arriesgadas y temerarias. Distinguíanse los españoles y los portugueses. Muchas mercancías raras, proporcionaban con relativa facilidad grandes ganancias. De distintas regiones del Asia llevaban, especias, o sea, canela, pimienta, clavo y perlas y pedrerías; pero habían de hacer viajes largos, difíciles y llenos de peligros.

De este afán de enriquecimiento resultó que mejoraba la navegación, se inventaban instrumentos como la brújula y se descubrían comarcas ignoradas. Los caminos obligados eran por el Asia central, el mar Negro, el Océano Indico y el mar Rojo y las salidas de estas vías eran defendidas y cuidadas por las repúblicas italianas. Se hacía, pues, necesario hallar un camino rápido y cómodo. Esta necesidad determinó el descubrimiento de nuestro continente y la llegada de los hombres que asombraban a nuestros antepasados.

Algunas ideas se habían enunciado sobre la posibilidad de hallar este nuevo camino; pero fué indispensable la constancia, el genio y la energía supremas de un hombre para concebir en forma definitiva el proyecto y

sobre todo para realizarlo. Este hombre fué Cristóbal Colón, cuya hazaña, unida a su nombre, perdura por siglos.

26.—**Cristóbal Colón.**—De origen muy humilde, como que su padre se ganaba el sustento cardando lana y a veces tejiéndola, estudió desde muy joven principalmente geometría, geografía, astronomía y navegación. Desde los 14 años (nació en 1436) empezó la vida de marino y realizó frecuentes peligrosos viajes por el Mediterráneo que, por entonces, estaba infestado de corsarios, y así llegó a familiarizarse con el mar. A los 30 años se trasladó a Lisboa, en Portugal, país en aquel tiempo famoso por sus expediciones navales al sur, en busca de oro y es-

**66.—Cristóbal Colón.**

pecias y se dedicó a dibujar mapas marítimos. Aquí contrajo matrimonio con una mujer, cuya familia de marinos le ayudó en sus conocimientos y fervores náuticos, llegando a planear un camino más rápido para ir a la India por occidente en vez de seguir las antiguas rutas de oriente y el sur. Estimulado por la idea que llegó a obsesionarle estudió muchos libros, viajó a Islandia y Guinea y conferenció con hombres de ciencia famosos.

El proyecto de Colón tenía por base la creencia en la redondez de la tierra, que hasta entonces se suponía plana, y por consiguiente decía: navegando hacia el occidente ha de hallarse el Asia. Esta idea de Colón no era nueva: pero la acogió con ardor y trató de demostrarla llevándola a la práctica.

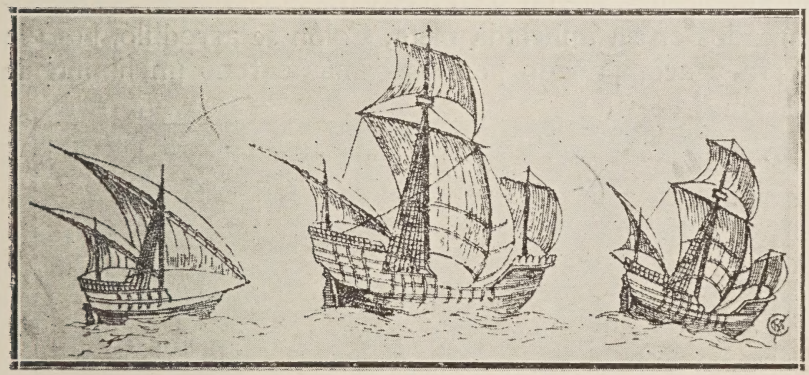
Propuso la realización de su plan al Rey de Portugal. Este nombró dos comisiones para que lo estudiaran; pero la opinión fué adversa. Sin embargo, no faltó quien

67.—Colón expone sus ideas y proyectos a los padres dominicos.

pretendiera adelantársele en la empresa, como que en realidad la inició; pero fué al fracaso. Temeroso Colón de que ótros aprovecharan su idea, se encaminó con cautela y sufriendo penalidades a España. Pobre y casi harapiento llegó al convento de la Rábida en el puerto de Palos; pero los monjes le ayudaron en su vida y le alentaron en su proyecto, de manera que pronto se puso al habla con los reyes de España, Fernando e Isabel, quienes optaron por consultar a la célebre Universidad de Salamanca, en donde costó muchas penalidades desvanecer los prejuicios de los que se creían sabios. Al fin logró imponer su pensamiento y obtuvo informe favorable ante la Corte; mas, empeñada como se hallaba ésta en vencer a los moros, dejó pasar el tiempo. Aburrido y desesperado, Colón, por 5 años de inútil espera, decidió ir a Francia y regresó a la Rábida. En los monjes del convento halló nuevo apoyo y la Reina se inclinó en su favor, alentada por los triunfos sobre los moros y la inminencia de la caída de Granada A punto de fracasar una vez más en su propósito por el que luchaba 18 años estuvo, porque se consideraban enormes sus pretensiones, pues, exigía en recompensa de su trabajo, el título de Almirante Mayor del Océano y de Virrey y Gobernador de todas las tierras que descubriese, más la posesión de la décima parte de los beneficios. En cambio, sólo pedía 3 carabelas y 3.000 coronas, monedas de la época. Se le dejó ir y sólo las influencias de los amigos que creían en él lo hicieron volver y celebrar compromiso (14 de Abril de 1492), gracias al desprendimiento de la Reina, quien, como la caja real estaba exhausta por la guerra empeñó sus joyas para proporcionarle el dinero.

27.—Primer viaje de Colón y descubrimiento de América.—Con estas provisiones, Colón se dirigió a Palos e hizo sus preparativos empezando por adquirir tres carabelas, con lo que disponía de dinero, barcos y presti-

gio; pero le faltaban hombres, pues todos se asustaban ante lo temerario de la empresa. Pensaba en utilizar aunque fuese los presos de las cárceles, cuando se le aconsejó solicitar el auxilio del intrépido y rico armador Martín Alonso Pinzón, el cual sin dificultad aceptó el negocio, cooperando además con su persona y dinero. Desplegó tal entusiasmo que no sólo mejoró de embarcaciones sino que convenció a unos cuantos para arriesgarse en la empresa, ofreciéndoles mil ventajas, con lo que logró escoger gente muy hecha a las aventuras marítimas. Las carabelas eran chicas; pero no desmerecían de las de la



**68.—Las tres carabelas de Colón.**

época.. La Santa María era de 120 toneladas, la Pinta de 100 y la Niña tan sólo de 80. Con 120 hombres a bordo, se hizo a la mar el 3 de Agosto de 1492 en medio del frenético entusiasmo de los habitantes de Palos.

Tocaron en las Canarias y después de navegar cosa de un mes, se alejaron de las costas conocidas. Los días se sucedían interminables, con lo que la inquietud aumentaba por momentos. Las hierbas, ballenas y aves que encontraban les hacían creer en la proximidad de tierra, mas ésta no aparecía. Para consolar a los tripulantes, Co-

lón contaba para los demás, menos leguas o millas de las que en realidad recorrían los buques. Sin embargo, la tripulación desesperaba y hasta pretendió amotinarse para regresar, volviendo a la obediencia y a la resignación para continuar el viaje, merced al valor y energía de Colón y Pinzón. Los sufrimientos debían tener su recompenza y el 11 de octubre las señales de la proximidad de tierra eran más evidentes, pues hallaron una caña, un palo, una tablilla y un palito labrado que aseguraban la existencia de tierras y de hombres. Al anochecer divisaron una luz. Su contento fué grande cuando el 12 de octubre de amanecida vieron ya efectivamente tierra. Desembarcados en su anhelada meta, Colón se arrodilló, besó la tierra y acompañado por los demás entonó un himno de

**69.—Colón pisa por primera vez tierra americana.**

gracias por el éxito de la empresa. Entonces, todos se peleaban por besar las manos, abrazar las rodillas o siquiera echarse a los pies del héroe.

Habían tocado en una de las islas del archipiélago de Bahamas en la América Central y a ésta la denominaron San Salvador. Muchos de su habitantes se les acercaban y contemplaban todo con inmensa curiosidad. Como Colón estaba en la convicción de haber llegado a las Indias, los llamó **indios** y este nombre ha quedado hasta ahora.

Informado de que había islas de mayor importancia, pasó a ótras y luego a la de Cuba. Para granjearse la confianza de los indios, los trataba con amabilidad, les hacía regalos de sartas de cuentas de vidrio, agujetas, casca-

**70.—Los indios ofrecen sus obsequios a los españoles y admiran sus trajes, armas y carabelas.**

beles y miel, con lo que se mostraban contentos y les proporcionaban agua y alimentos, sirviéndoles, además de guías para las exploraciones.

Después de continuar el viaje y de haber descubierto nuevas islas, Colón decidió regresar a Cuba y dio esta orden a las tres carabelas; pero la Pinta en la que iba Pin-

zón, no hizo caso y continuó la ruta con la expectativa de encontrar gran cantidad de oro y regresar a España antes que nadie. Colón llego a Haití, en donde los pobladores se portaron como en otros lugares. Al principio huían desconfiados; después, viendo el buen trato que les daba Colón, acudían obsequiosos. En vez de cascabeles y cuentas de vidrio que recibían con aprecio, daban oro, algodón y otros valiosos productos. Tan bien se portaron los indios que en el naufragio que sobrevino a la Santa María, les ayudaron al salvamento de sus bienes y les prestaron sus chozas.

Encantados por las condiciones de vida del país, hubo algunos que pidieron quedarse, a lo que Colón accedió. De regreso a España, casi a los tres meses de la partida, se incorporó Pinzón, solicitanto disculpas. Habían salido aprovechando un buen viento y nuevamente cruzaron el mar de algas, llamado sargazo.

Durante el trayecto, Colón estudiaba el mar, la situación del buque, sirviéndose de sus grandes conocimientos; pero ocultaba a los demás para ser el único poseedor del secreto del camino. Más adelante, cambióse el tiempo y sobrevínole furiosa tempestad que, por poco, no acaba con las carabelas. Con dificultad llegó a las Azores; luego a la desembocadura del Tajo en Portugal en donde los Reyes le rindieron homenaje y finalmente alcanzó el puerto de Palos el 15 de marzo, siendo recibido en triunfo como a Rey, triunfo que no pudo compartir con su compañero Pinzón por haber muerto a poco de su llegada.

El arribo de Colón a Barcelona para entrevistarse con los Reyes fué de lo más suntuoso. El regocijo era intenso y todos se atropellaban por ver a Colón y vivarlo. Ante el Rey se acercó con magníficos presentes: oro, frutos, animales y aún indios. Los reyes le hicieron sentar a su lado y Colón narró sus peripecias.

**71.—A su llegada a Barcelona, Colón exhibe ante los Reyes Católicos, los indios y productos que trajo consigo.**

Los honores, privilegios y riquezas de que se colmó a Colón, hicieron nacer en muchos la envidia y se empezó a murmurar de su persona y a decir que el descubrimiento era de poca importancia, envidias y maledicencias que nada pudieron ante el férreo carácter de Colón.

**28.—Nuevo viaje de Colón.**—Nada amigo de perder tiempo, Colón empezó pronto los preparativos de un segundo viaje que tenía por fin la colonización. Esta vez, alentados por el éxito, eran muchos los que ansiaban ingresar en la expedición. Se necesitaban 1.000 hombres; pero acudieron 1.500. Se dispuso de 17 naves en las cuales llevaban semillas, armas, útiles de labranza, animales domésticos, víveres, agua, objetos para comerciar, todo en abundancia y además obreros.

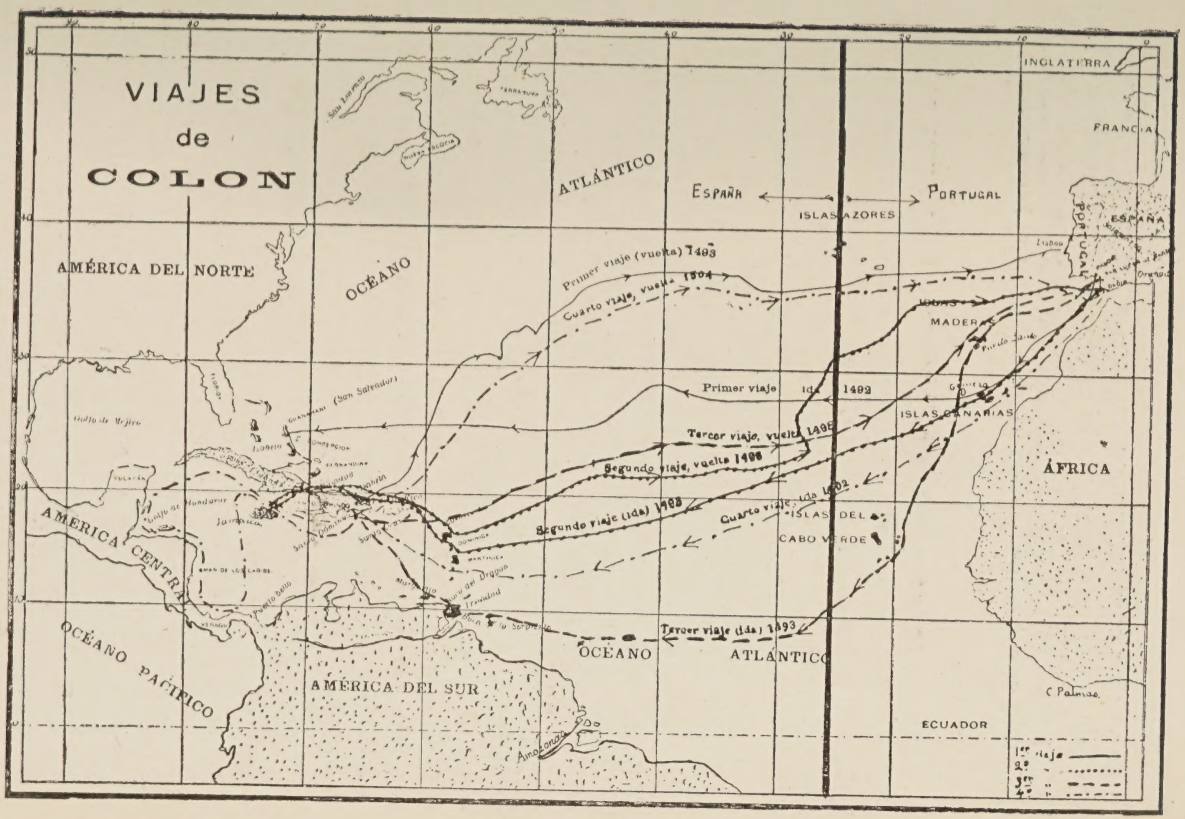
Como un medio de garantizarse la posesión de las nuevas tierras, los Reyes obtuvieron del Papa, entonces autoridad suprema para todos los países, una bula o decreto por el que se los hacía dueños de todo lo que se descubriese de las Azores al occidente, quedando el otro lado para los portugueses.

El 24 de setiembre de 1493, salió Colón de Cádiz con 17 buques, llegando al nuevo continente después de dos meses de navegación. Tuvieron a su llegada la desagradable impresión de ver que no quedaban ni rastros de la colonia dejada, puesto que únos habían muerto luchando entre sí y ótros con las tribus enemigas.

Desembarcó y buscó el oro que necesitaba enviar a España, para proseguir su obra y esto le costó grandes trabajos. Como no encontraban las grandes riquezas, cuyo anhelo de posesión les había traído, muchos se desalentaron y produjeron conspiraciones que Colón, aunque enfermo, reprimió con tino y energía. En sus exploraciones descubrió nuevas islas.

Llegó un momento en que se vio en el caso de pedir auxilios al Rey y con este fin despachó algunos buques. La llegada de su hermano Bartolomé con socorros, le dio ánimo en su enfermedad. Sin embargo las cosas no mejoraban; muy al contrario, se complicaban con las sublevaciones de indios que empezaron a producirse. El mismo Colón las había provocado en parte, pues, para poder enviar al Rey el oro suficiente, impuso a cada habitante la obligación de entregar trimestralmente un cascabel lleno de oro, tributo imposible de cumplirse a pesar del rudo trabajo de los indios. De aquí resultó que muchos dejaban de cultivar los terrenos y que ótros huían a refugiarse en las montañas.

Entre tanto, los envidiosos y descontentos, le intrigaban en la Corte Española y pedían su destitución. Para




72.—Mapa itinerario de los viajes de Colón.

anular estos contratiempos regresó a España, tras penosa travesía en la que hasta se le agotaron los alimentos. Los Reyes tuvieron el acierto de reiterarle su apoyo y de confirmarle sus títulos y dignidades para un tercer viaje.

29.—**Ultimos viajes de Colón.**—Para la realización de su tercer viaje, faltábanle dinero y hombres, debido a que los descontentos que no habían obtenido el oro que esperaban a manos llenas y sin ningún esfuerzo, propalaban malas especies. Pero así y todo, el 30 de mayo de 1498, después de dos años de espera pudo hacerse a la mar con 6 naves. La calma de los vientos, un calor insoportable que disolvía la brea de las embarcaciones, la descomposición de los alimentos y el agua potable agotada hasta lo último, hiciéronle muy penoso el viaje. Esta vez, habiendo cambiado un tanto de ruta, tocó en el continente mismo, el 1° de agosto. El descubrimiento del continente que creía ser el Asia, lo había efectuado en el golfo de Paria, en donde también vio habitantes que cambiaban oro por sartas de perlas, juguetes y bagatelas. Los muchos insomnios y fatigas producidos por sus excesivos trabajos le debilitaron y le dejaron casi ciego al tocar en la isla Isabela.

Un nuevo contratiempo se presentó a Colón. Otro explorador, Alonso de Ojeda, hizo su aparición en el Continente descubierto, con una expedición clandestina, efectuada aprovechando unos mapas y relaciones sobre las tierras de Colón, publicados por **Américo Vespucio**, del cual tomó su nombre de **América**, el Continente.

Para dar término a las divergencias e insurrecciones que cada día menudeaban, Colón pidió al Rey el envío de una persona entendida en leyes que fallara en justicia. Con este motivo vino **Francisco Bobadilla** como Gobernador,

73.—Américo Vespucio

investido de amplios poderes. El comisionado real llegó a la ciudad de Santo Domingo en 1500 y se portó ruinmente, al extremo de engrillar, encarcelar y someter a la incomunicación a Colón. Y en esto no quedaron las tropelías, sino que encarceló a los tres hermanos del Almirante y les despachó a España, quedándose él solo para gobernar la isla a su antojo. Llegados ante la Corte, la desgracia de Colón indignó al populacho y los mismos Reyes le restituyeron sus honores, separando a Bobadilla.

Lejos de darse por vencido, no obstante su avanzada edad de 65 años, Colón de nuevo en su cargo, alentóse con

los descubrimientos que seguían haciendo otros españoles y portugueses y emprendió en una nueva expedición, mejor preparada que todas, a principios de mayo de 1502. Llegó a Santo Domingo y no se le permitió desembarcar a pesar de serio peligro de tempestad, la que en efecto se presentó, durando 88 días y de la que salvaron milagrosamente.

Colón buscaba el mar de la India; pero se encontraba con que los temporales eran terribles y los salvajes sumamente hostiles. Hallábase lejos de Santo Domingo y con los buques carcomidos, No tuvo más remedio que hacerlos encallar, para que no se hundieran, en una costa de Jamaica. Sin alimentos, enfermo y por añadidura con revoltosos, esperó un buque por meses. Para salir de esta terrible situación y obtener siquiera alimentos de los indios, se le ocurrió una ingeniosa treta. Por sus grandes conocimientos astronómicos sabía que iba a producirse un eclipse de luna y les dijo a los indios que si no le daban alimentos les quitaría la luz de la luna. Como esto se cumpliera ante el asombro de los indígenas, le fueron a pedir perdón. El les ofreció hacer salir nuevamente la luna, en vista de su arrepentimiento y se introdujo en su camarote, del que salió calculando el tiempo suficiente para la cesación del fenómeno. Ofrecióles la luz, ésta se produjo y obtuvo alimentos.

A más del año llegó el auxilio de la isla y pudo regresar a España (1504) en donde murió pobre y sin las consideraciones a que era acreedor (1506).

30.—**Otros exploradores del Continente.**—Desde la altura de una montaña del istmo de Panamá, **Núñez de Balboa** descubrió el océano que baña las costas occi-

dentales de América y en comparación al Atlántico, tempestuoso, le llamó Pacífico.

Aquí tuvo noticias de la existencia en el Sur de un famoso y rico Imperio que rivalizaba con el de México, recién descubierto, y se decidió a explorarlo con cuyo motivo, venciendo grandes obstáculos hizo trasladar de un océano a ótro, las jarcias de sus embarcaciones. No alcanzó a realizar sus propósitos, pues murió víctima de la envidia e intrigas de sus compañeros.

En Panamá, otros españoles se preparaban para la conquista del imperio del sur. **Francisco Pizarro** que en su niñez había sido pastor de puercos, analfabeto; pero de gran temple de ánimo, entró en negocios con otros dos socios, **Diego de Almagro** y Hernando de Luque, que proporcionó el dinero y compró el buque abandonado por la muerte de Balboa, su dueño. En noviembre de 1524, lanzóse a la mar Pizarro con 100 aventureros; pero no alcanzó su cometido. Después de tempestades y hambres hubo de regresar parte de la expedición en busca de provisiones, mientras el resto explora-

**74.—Diego de Almagro**

ba las selvas. Una noche pudieron divisar una lucecita y ávidos de oro, fueron hacia ella creyendo encontrar una población rica. Mas, hubieron de desengañarse ante una población de indios, pobre hasta no más. Almagro sufrió iguales contrariedades y regresó también en busca de víveres. Reunidos más fondos en Panamá, emprendió nuevo viaje al Sur y juntándose a Pizarro continuaron costeando. Llegaron a la desembocadura del río San Juan en Colombia y en él se introdujeron, encontrándose con una población que huyó a su presencia, cosa que supieron aprovechar los aventureros para saquearla y llevarse miles en oro. Pizarro detúvose aquí en espera de nuevos recursos idos a traer de Panamá por Almagro.

Mientras tanto, **Bartolomé Ruiz**, piloto, en otro barco de la expedición continuó su viaje hacia el sur y tocó tierras ecuatorianas. Este observó casuchas y sembrados que daban mejor idea de estas comarcas. Avanzó hasta doblar el cabo Pasado bajo el Ecuador y volvió a Panamá, informado de las riquezas que había en Túmbez por los datos de unos indios que le encontraron en unas balsas en su ruta. Estos eran los primeros españoles que vieron pasar los Incas.

Reunido con Pizarro, llegaron al acuerdo de que éste permanecería en la isla de Gallo, mientras Almagro regresaba una vez más a Panamá en busca de recursos. Por más esfuerzos que gastó Almagro para prestigiar la expedición, el Gobernador español de Panamá se negó a auxiliarle y antes bien, envió un buque con orden de recoger a los que habían quedado.

Pizarro, hombre de extraordinarias energías se indignó contra el clamor de los que querían regresar abandonando la empresa y resolvió no obedecer la orden, quedándose en ponderación solo en aquellas apartadas regiones. Trazando una línea en el suelo dijo a sus compañe-

ros: "Por aquí, señalando el lado sur, por aquí, se va al Perú a ser ricos; por allá, señalando el norte, se va a Panamá a ser pobres. Escoja el que sea buen castellano lo que más bien le estuviere". Pasó la raya; pero sólo supieron imitar su coraje 13 compañeros, entre ellos un negro, los cuales, abandonados hubieron de padecer mil penurias por ocho meses en la isla Gorgona en Colombia. Desnudos y hambrientos, alimentados hasta de serpientes venenosas, enfermos y moribundos se encontraban estos esforzados españoles cuando arribó el buque mandado en su auxilio, tras mucho rogar. Los auxilios recibidos se redujeron a algunas provisiones de boca; las que, por fortuna, venían en un buque conducido por el piloto Ruiz.

75.—Uno de los trece

Indignado, aunque más resuelto que nunca, Pizarro se lanzó a la aventura y tuvo buena suerte. Sin contratiempos pudo recorrer las costas ya exploradas por Ruiz, avanzar todo el litoral ecuatoriano y llegar hasta más allá de Santa en el Perú. No prosiguió más adelante, porque Ruiz traía la orden de llevar a Pizarro antes de seis meses y porque tampoco quisieron sus compañeros.

El viaje fué de provechosos resultados. Regresaron con la convicción de que el imperio por conquistarse era más rico de cuanto se habían imaginado. Esto no obstante, el Gobernador de Panamá continuó obstinado en no dar hombres ni auxilios. Así es que Pizarro optó por ir a España en pos de apoyo, el que lo obtuvo del Rey Carlos 5°, a la sazón el más poderoso de Europa.

Después de algunos meses, en un buque malo, acompañado de sus hermanos y algunos sacerdotes encargados de cristianizar a los indios, regresó a Panamá con 250 hombres dispuestos a seguirle en su aventura (1530). El Rey le otorgaba el título de Gobernador, Capitán General y Adelantado del territorio que conquistase, que gobernaría con independencia de Panamá.

Sentadas nuevas bases de reparto con sus socios Almagro y Hernando de Luque, salió de Panamá en 1531. Ya hemos visto que atravesó Esmeraldas y Manabí y que, recibiendo auxilios de **Sebastián de Belalcázar**, otro famoso capitán de la conquista, llegó a Puná y conquistó Túmbez.

31.—**Situación del Imperio Inca a la llegada de los españoles.**—Con la muerte de Huayna-Cápac, llegó al trono de Quito, Atahualpa, quien había heredado de sus padres un ánimo esforzado y espíritu guerrero y valiente; en cambio, en el Cuzco, sucedióle su otro hijo, el mayor, Huáscar, el cual tenía un temperamento no sólo pacífico, sino débil y apocado. Pudieron, pues, haber vivido en paz; pero ésta duró apenas cuatro años. Por una parte, Coya, madre de Huáscar, que ya había tenido ocasión de gobernar el Imperio en las largas ausencias de su esposo, tenía un carácter combativo y orgulloso y sentíase ofendida de la división hecha en su Imperio; de otro lado, Atahualpa estaba resuelto a conservar su patrimonio

y contaba con el apoyo de los jefes dejados en el ejército por su padre y con el carácter belicoso y anhelante de independencia de los Caras. Estas largas disensiones dieron origen a la guerra civil entre los hermanos, a lo que hay que añadir la actitud de algunos pueblos. Los Cañaris ,con la pretensión de librarse del dominio incaico y de obtener en parte siquiera su independencia, declararon pertenecer al Imperio de Huáscar, dada la mayor distancia que media de su nación (Cuenca actual) al Cuzco, con respecto a Quito. Por esto, muerto uno de sus régulos, su sucesor, hijo del muerto, fue a recibir la confirmación de su derecho, de Huáscar. También los de la Puná habían declarado su independencia, lo cual hizo que Atahualpa trabase lucha para someter a las poblaciones rebeldes, en cuyo auxilio vinieron los ejércitos de Huáscar. Sangrientas batallas que dejaban montones de cadáveres, ya favorables, ya adversas a los quiteños, dieron en definitiva el triunfo a Atahualpa, el cual usó de mucha crueldad para castigar a los vencidos.

El terror de los pueblos por las medidas tomadas, como las victorias que obtenía, le permitieron proclamarse Emperador único de ambos reinos, o sea, del Tahuam Tin Suyo de los tiempos de Huayna-Cápac. Nuevos combates concluyeron por afirmar sus pretensiones en definitiva con el apresamiento del propio Huáscar y la ocupación del Cuzco por las tropas quiteñas.

Hecho esto, Atahualpa partió a someter a los Punaes que le presentaron reñida lucha, de la que salió herido. Encargó a los de Túmbez el sometimiento de los Punaes y se dirigió hacia el centro del Imperio, a Cajamarca, en donde su clima sano y templado le proporcionó pronta mejoría.

32.—**Entrevista de Atahualpa con los conquistadores.**—Por lo corto del número y por creerlos inofen-

sivos, Atahualpa no dio importancia a las primeras noticias sobre la llegada de hombres blancos y barbudos a sus dominios. Más tarde, cuando se le hizo saber que eran invencibles, que formaban cuerpo con otro animal (el caballo) y que lanzaban rayos (disparos), se atemorizó y consultó a sus oráculos. Por consejo de los Ministros del Sol, mandó embajadores a recibirlos con obsequios: tejidos finos de lana, bordados de oro y plata.

**76.—Atahualpa**

Los hombres que penetraban en su territorio eran Francisco Pizarro y sus compañeros, los que, fundada San Miguel, cerca de Piura, emprendieron viaje hacia el interior, cuidándose de asegurar la sumisión de las poblaciones indígenas, ya con halagos, ya con castigos. En su camino encontró Pizarro a los embajadores de Atahualpa y los trató con demostraciones de afecto y envió con ellos al Inca una camisa de lino, un gorro rojo y algunas baratijas de regalo. Entendióse con los emisarios mediante Felipillo y Martín y de su parte, envió también un embajador, un indio que más bien hacía de espía.

Atravesando caminos con grandes precipicios y rocas, estrechos e imposibles de transitarse, alcanzó las cumbres, trasmontó la cordillera y descendió a las mesetas interandinas a descansar de los rigores del frío de los páramos y del enrarecimiento atmosférico de las grandes alturas.

Aquí se encontró con uno de sus emisarios que le no-

tificó que no había enemigos en el camino y que luego les alcanzaría una nueva embajada. Pronto se entrevistó con esta embajada y en seguida con ótra de gran lujo y comitiva, lo que era prueba de la amistad que le ofrecía el Inca. Pero como llegó en esto el mensajero de Pizarro, a quien no había recibido Atahualpa, se dió cuenta de que no eran del todo gratos, pues, parece que hasta lo habían maltrado. Así es que prosiguió su camino con disposición de combatir.

Al finalizar el segundo mes de viaje, divisaron el hermoso valle de **Cajamarca,** residencia del Inca, maravillándose del numeroso ejército de Atahualpa, lo mismo que éste de los misteriosos personajes. En la tarde del 15 de noviembre de 1532, tomó Pizarro posesión de la plaza de Cajamarca, cuyas casas habían quedado desiertas por orden del emperador y en ellas se alojaron los españoles.

Atahualpa se hallaba en los baños de **Cuñu,** a tres millas de Cajamarca. Sin pérdida de tiempo, Pizarro envió emisarios al Inca, invitándole a visitarle para rendirle homenaje y celebrar alianza con él. Pero en todo esto, no había otro propósito que prepararle una celada.

Numerosas y enormes picas, cada una delante de tiendas de campaña, formaban una ancha calle de honor que conducía a la morada del Inca. Por ahí pasó el emisario, a caballo, con su intérprete, luego otros ginetes y más luego, un hermano de Pizarro. Atahualpa se hallaba en un patio, sentado en un almohadón (a la turca) con la borla carmesí que colgaba de la frente y rodeado de nobles, de pies, ricamente vestidos. Sólo se le acercaron a caballo Soto, Hernando Pizarro y dos o tres más y le rindieron homenaje. Atahualpa no contestó. A la segunda insinuación, dijo que no podía ir a la cena que se le invitaba, porque estaba de ayuno, que iría después y que mientras tanto se alojaran en las casas de la plaza que eran para todos. Soto hizo proezas en su caballo haciendo asustar a los

indios. Como el caballo salpicara saliva en el manto real, algunos demostraron cobardía y Atahualpa los hizo ahorcar para fortalecer el ánimo ante los extranjeros. Se les ofreció chicha en grandes vasos de oro servidos por las más bellas princesas; pero no les agradó esta bebida y regresaron a dar parte de lo visto a Pizarro.

Ante el conocimiento de la realidad, muchos empezaron a temer por la aventura y Pizarro se decidió, como única medida de salvación, a aprisionar a Atahualpa, por engaño. Los españoles vieron su situación indecisa y pusieron centinelas en la noche en precaución de un asalto.

A su vez, Atahualpa era aconsejado por varios de la Corte, en el sentido de que fuera a la entrevista. También se durmió con incertidumbre en el campamento de Atahualpa. Las fogatas fueron apagándose, una primero y otra después y nada de anormal, sucedió aquella noche.

33.—Captura y prisión de Atahualpa.—Al fin Atahualpa resolvió acudir a la repetida e insistente invitación de Pizarro y desde la mañana empezaron los preparativos para llegar con esplendor a la Plaza de Cajamarca en donde esperaban impacientes los españoles (16 de noviembre de 1532). A las dos empezó el movimiento de la solemne comitiva en dirección a la ciudad. Había tan sólo 5 kilómetros de camino de los baños termales, residencia del Inca, a la ciudad; pero caminaban con tal lentitud que a las cuatro, la comitiva no llegaba aún a los arrabales de la población, lo cual inquietaba a los españoles, cuya impaciencia halló tregua con la entrada de 400 lacayos que limpiaban lo más mínimo del camino por donde debía pasar el emperador. Atahualpa había mandado a decir primero que iría con su ejército armado y después, que sin armas. Más tarde como era ya de no-

che, encontrándose a un kilómetro de distancia, pensó acampar para ir al siguiente día; pero a instancias de Pizarro que aseguraba esperarlo con una cena que había preparado en su honor, continuó el viaje.

Por las anchas puertas de la Plaza, cuyos tres lados tenían casas, fueron entrando los cuerpos y colocándose hasta llenar la plaza, ofreciendo un espectáculo pintoresco con los vivos colores de los uniformes y distintivos. En último término, entró Atahualpa en un trono portátil de oro, adornada su persona con medallones de oro y piedras preciosas, con corona y borla carmesí, sentado sobre un rico cojín cubierto de joyas. El anda real iba cargada por los grandes señores y precedida por cantores, músicos y bailarines, brillantemente adornados con plumas. Cuando llegó Atahualpa al centro de la plaza había en ella de 3.000 a 4.000 indios, los que cabían. El resto de la comitiva esperó en una llanura cercana. No encontró a ninguno de los invitantes en la plaza que se veía con sólo indios y ya estaba impaciente el rey de los Incas cuando apareció un sacerdote católico, **Vicente Valverde,** acompañado de Felipillo que servía de intérprete. Con una pequeña cruz de madera en una mano y un libro en la otra, acercóse a Atahualpa, lo saludó y bendijo y por medio de Felipillo, le habló de la creación del Mundo según la Biblia, del Rey de España, del Papa que le había regalado estas tierras y de los principales misterios y dogmas de la religión católica, cosas que no entendió, ni podía entender Atahualpa. En resumen, el padre exigía que el emperador de los Incas renunciara a su religión, que se hiciera católico y que entregara el poder a los españoles.

Atahualpa contestó: "No quiero ser tributario de ningún hombre, porque yo soy el mayor príncipe de la tierra. Vuestro emperador, puede ser muy grande, no lo dudo, cuando ha enviado a sus vasallos desde tan lejos

y cruzando los mares, y por esto quiero tratarlo como a hermano. En cuanto al Papa de quien me habláis, es menester que esté loco para dar tan libremente lo que no es suyo; y por lo que respecta a mi religión, estoy muy avenido con ella, pues, si vuestro Dios fué condenado a muerte por sus mismas criaturas, el mío (dijo, señalando al Sol que ya iba a hundirse bajo tierra), el mío vive todavía en los cielos y está velando por sus hijos".

Dirigiéndose al padre Valverde, añadió: ¿Quién os ha dicho esas cosas? ¿Cómo las sabéis?"

"Esas cosas están contenidas aquí", repuso el religioso, mostrando al Inca una Biblia que llevaba en la mano.

Atahualpa tomó el libro y lo miró con desdén. Lo examinó y nada pudo inferir de él, ya que no sabía leer. Arrojándolo al suelo, con ira dijo: "Ahora me daréis cuenta de los desmanes que habéis cometido en mis pueblos!!!"

77.—Atahualpa es tomado preso.

Recogió el libro el fraile e indignado se dirigió donde Pizarro el cual sacó y levantó una bandera. Sonó un cañonazo y en seguida salieron de las casas todos los españoles y arremetieron contra los pobres indios indefensos, con sus caballos, espadas y arcabuces, produciendo horrorosa carnicería.

Aterrados por la estridencia de las trompetas; por el humo y retumbar de los cañones y arcabuces y por el galope de la caballería, los indios se precipitaban y amontonaban con tanto furor, desesperados por la estrechez de las salidas que se derrumbó un muro, por el cual huyeron, siendo atroz y cruelmente perseguidos y exterminados por los españoles de a caballo por más de media hora. Murieron de 2.000 a 10.000 indios, mientras Pizarro sólo perdió un hombre, lo que se explica por la superioridad de sus armas; por la traición y engaño de que fueron víctimas los Incas al llegar desarmados, en calidad de visitantes y por haber sido atacados de improviso, pues escondidas las tropas en los tres flancos de la plaza, alertas al disparo, la señal convenida para el ataque, atrincherados con cañones y disponiendo aún de caballos, se lanzaron espada en mano tan pronto como oyeron el tiro de arcabuz.

**78.—Capitán de Caballería**

Atahualpa, en medio de la plaza, era valerosamente defendido por sus súbditos que caían úno tras ótro victimados por las armas españolas. Pizarro quería conservarlo con vida; pero sus gritos no eran oídos en el espantoso bullicio. En persona, abrióse campo entre la indiada y arrojándolo asido del vestido logró salvarlo, aunque recibiendo él una cuchillada en el brazo dirigida por un compañero suyo al Inca. Atahualpa hizo esfuerzos por levantarse y se levantó con sus vestidos despedazados y con una oreja sangrante.

En este estado fué llevado a prisión ya entrada la noche. Viéndose pobremente vestido, apresado y con su ejército arruinado, sufría; pero manifestábase sereno ante Pizarro, a cuyo lado fué conducido para comer y con quien, siempre, mediante el intérprete, conversó largamente. Después, Pizarro dio disposiciones para asegurar al prisionero, arengó a la tropa y se entregó al sueño.

Por este tiempo, Atahualpa tenía 30 años; era robusto y de expresión feroz.

Semejante acto de traición, lo cometieron los españoles por el ansia de apoderarse fácil y rápidamente de riquezas, porque consideraban un crimen merecedor de castigo el no ser católicos; por su ignorancia y falta de sentimientos nobles para quienes, aturdidos por el ruido, presas del pánico y faltos de jefe, se dejaron degollar sin piedad.

34.—**Rescate de Atahualpa.**—Al siguiente día de la matanza de indios y captura del Inca, un piquete de caballería fue por orden de Pizarro a explorar el campamento de Atahualpa. Ahí encontraron rica vajilla de oro y plata, innumerables rebaños de ovejas y llamas y sumidos en el dolor a las esposas y gran número de servidores.

Apoderáronse de los objetos de oro y joyas que había en la ciudad y en los baños. En cuanto a las ovejas, lanzaron gran parte a los campos y el resto fueron utilizando para la alimentación del ejército. Era tal el número que, a pesar de la gran cantidad que mataban diariamente no se notaba disminución. Los prisioneros lo eran también en tal cantidad que no atinaban qué hacer con ellos y que cada soldado enfermo disponía de gran número de servidores.

Al monarca prisionero le trataron con amabilidad; pero siempre se le notaba abatido. Pretendían consolarle diciéndole que era el triunfo de la religión y que sólo así era posible la hazaña; pero el Inca comprendió que todo esto era un pretexto.

Al ver los despojos de sus joyas y utensilios hechos en su campamento se dio cuenta de la codicia de Pizarro y sus compañeros, para quienes no había más deseos que el oro. Basado en esto y a fin de librarse de la prisión, ofrecióles en su rescate cubrirles el pavimento de piezas de oro. Mas, como no le creyeran agregó: "Y no sólo daré lo prometido sino cuanto baste para llenar la estancia hasta la altura de mi brazo levantado". Semejante ofrecimiento les puso perplejos; pero el Inca logró convencerlos y se firmó un contrato ante testigos, pacto, en virtud del cual, Atahualpa ordenó que se recogiera todo el oro de las palacios y templos de Cuzco y Quito. De esta comisión se encargó un hermano de Atahualpa quien salió acompañado de dos españoles. En el camino fueron muy bien tratados y se maravillaron de ver el progreso y riqueza en un todo superiores a lo que ellos se imaginaban.

Huáscar a quien se trasladaba de prisión, encontróse con españoles que exploraban el camino y ofreció un rescate mayor; pero no fué entendido. Atahual-

pa que temía esto, hízole matar, con lo cual facilitó los proyectos de los conquistadores. A lo dicho hay que añadir que mientras se acumulaban los tesoros traídos por los indios llegaron más españoles a Cajamarca, entre ellos **Almagro**, que traía refuerzos de 153 hombres y 500 caballos, que proporcionaron una facilidad más a la conquista.

A propósito de la recolección del oro es digno de recordarse un rasgo de Atahualpa. En las costas peruanas se levantaba el templo de Pacha-Cámac, el más famoso entre todos y que encerraba grandes riquezas. Antes de que Hernando Pizarro, hermano de Francisco, fuera a traer las riquezas que guardaba, preguntaron a Atahualpa sobre el ídolo que ahí se veneraba. El Inca respondió que ya no creía en ese ídolo y dijo: un dios que miente no es dios. He preguntado sobre la salud de mi padre Huayna-Cápac, sobre el triunfo de Huáscar y sobre la lucha contra los extranjeros y en los tres casos se ha equivocado.

Llegado que hubo Hernando Pizarro a Pacha-Cámac, en donde había millares de indios que acudían desde puntos muy distantes a reverenciar el ídolo y consultar el oráculo, ante la estupefacción general entró al templo, tomó el ídolo de madera y lo arrojó al suelo despedazándolo. En su lugar puso una cruz y luego se dedicó a recoger todas las riquezas que no alcanzaron a esconder los sacerdotes. A Cajamarca regresó con grandes cargas de oro y plata. En el camino atajó el plan de resistencia que preparaba **Calicuchima** primer jefe del ejército inca. En nombre de Atahualpa le convenció de abandonar la rebelión y acompañarle a Cajamarca.

35.—**Reparto del rescate real.**—Durante su prisión, Atahualpa era tratado con miramientos. Se le permi-

tió que habitaran con él varias de sus mujeres y que tuviera cuantos sirvientes necesitase. Conversaba con los jefes españoles y hasta aprendió a jugar dados y ajedrez. Sus comidas eran llevadas por princesas que sostenían el plato mientras terminaba de comer. Demostraba un aseo extremo: se cambiaba de vestidos diariamente y si por casualidad le caía una gota de comida, se levantaba inmediatamente a cambirse de túnica. Hacía esfuerzos por aparecer sereno; pero esto mismo contribuyó a que se enfermara. Fueron llamados varios yerbateros, los médicos de entonces, y éstos lograron sanarle.

Ansiosos del reparto, los españoles no querían esperar nuevas remesas de oro que llenasen la pieza, valor del rescate, y se decidieron a reducir a barras de igual tamaño todos los objetos, reservando unas pocas joyas primorosas para el Rey de España: Acaso lo mejor fué una bella caña de maíz, en la que se veía admirablemente imitados los granos de las mazorcas, las hojas y los hilos o filamentos.

Pizarro llamó a indios fundidores, los que emplearon un mes en reducir a barras el metal precioso, no obstante trabajar largas horas día y noche. Como la pieza que debía servir de medida del rescate, tenía seis metros de longitud, por 4 de ancho y como 3 de alto, el oro obtenido significaba muchísimos millones de sucres.

Terminado este trabajo se procedió con toda solemnidad al reparto. Se separó una quinta parte para el Rey de España, una porción para Almagro, ótra para Pizarro, ótra para los habitantes de la ciudad de San Miguel fundada en Túmbez y el resto se distribuyó entre los de la empresa, en forma tal que cada uno quedó rico. Sin embargo de tanto oro, que se apreciaba

por montones, carecían de papel y de muchos medios de vida, lo que demostraba el poco valor real del oro.

Para dar a conocer al monarca español el resultado de la conquista, Pizarro envió a su hermano Hernando con el botín, lo cual disminuyó las rivalidades con Almagro; pero causó mucha pena a Atahualpa que quería a Hernando Pizarro, por su franqueza y valor.

36.—**Proceso y muerte de Atahualpa.** — Hecho el reparto con gran pompa, como si se tratara de algo justo, se declaró a Atahualpa en libertad, que no llegó a disfrutar.

Con el pretexto de que levantaría a los indios contra ellos, los más codiciosos de los españoles venían pidiendo la muerte del Inca, desde tiempo atrás, sin esperar a que se llenara la medida del rescate. Llegado el momento de libertarlo, se invocó necesidades de gobierno, faltándose al compromiso contraído y hasta se llegó a impedírsele que paseara como antes, al extremo de ponerle grillos.

Los dos españoles idos al Cuzco volvieron con buenas noticias, sobre la sumisión de los indios, la gran acogida que les habían dispensado y de las fabulosas riquezas de la ciudad; pero los enemigos de Atahualpa, entre los que figuraba Felipillo, súbditos de Huáscar o indios de tribus tratadas con rigor, decían a los españoles que Atahualpa preparaba una rebelión contra ellos. En vano Atahualpa protestaba de su inocencia y Calicuchima, uno de sus grandes generales, declaraba que nada sabía de la sublevación y que se trataba de una calumnia.

Lo cierto es que Pizarro tomó odio a Atahualpa, pues se sentía humillado ante él, porque no sabía leer. Un soldado le había escrito a Atahualpa una palabra en

la uña y el Inca vio que todos sabían leer, excepción hecha de Pizarro, Jefe de los conquistadores.

En estas circunstancias dispuso la muerte de Atahualpa y buscó los medios de dar apariencias de proceso, nombrado al efecto, de funcionarios a los mismos españoles y de testigos, a los indios, quienes debían contestar un interrogatorio, cuyas respuestas que servían de declaraciones eran interpretadas por Felipillo, indio, como ya hemos visto, al servicio de los españoles y enemigo de Atahualpa a quien quiso quitar una de sus mujeres. Este traidor, traducía las declaraciones a su antojo, acumulando pruebas contra el Inca prisionero. Se le acusaba de haber usurpado el trono de Huáscar, de haberlo hecho matar, de conspirar contra los españoles, de idólatra, de seguir cobrando tributo a sus vasallos, de adúltero.

Los Jueces fallaron en contra del Inca y aún el Padre Valverde, consultado previamente, manifestó que si no se lo condenaba a muerte, lo haría él. Seguro de su fin, dijo Atahualpa a Pizarro: ¿Qué he hecho yo? Qué han hecho mis hijos para merecer tal suerte? Yo que he dado mi amistad, mis tesoros!" Llegó a ofrecer doble rescate con tal que se le perdonara la vida; pero nada consiguió. Igualmente inútiles fueron la noble protesta de Hernando de Soto y otros compañeros que defendieron al Inca por no tener faltas sobre sí y las gestiones que hicieron para conseguir que se lo enviara ante el Rey de España, para que éste lo juzgara mejor. Antes bien, sus defensores fueron tildados de traidores y amenazados de ser castigados como criminales. Lo único que permitió Pizarro—y esto para librarse de críticas y protestas -- fué que Hernando Soto partiera a inspeccionar el campo, en donde se decía que se concentraba el ejército inca.

El 29 de agosto de 1533, a són de trompetas se pu-

79.—Muerte de Atahualpa.

blicó la sentencia y a las 7 de la noche, los soldados asidos de antorchas salieron a la plaza.

Atahualpa, al recibir orden de levantarse, lloró por la suerte de sus tres hijos tiernos, logrando inspirar compasión a algunos soldados; pero la crueldad tenía que consumarse. Al centro había haces de leña en los que debía quemársele vivo. Atahualpa fué conducido con cadenas, acompañado del padre Valverde y de una escolta. Una vez al centro, se lo ató, rodeándole de haces de leña. El sacerdote católico pidió a Atahualpa que renunciara a su religión; pero éste sólo se resignó a aceptar el bautismo a condición de que se le conmutara la pena. A los 10 meses de capturado se le mataba al infeliz Inca, extrangulándole junto a un poste, en los comienzos de la noche. A los 35 años murió con serenidad, pues, viéndose perdido se resignó.

El cadáver permaneció toda la noche, expuesto en el lugar de su ejecución, rodeado de indios e indias que lloraban sin consuelo. Al otro día se trasladó a la capilla católica construída por los españoles y se lo enterró en la misma..

**80.—Funerales de Atahualpa**

Valverde oficiaba la misa en las honras fúnebres celebradas en su honor, cuando de improviso se presentaron las esposas del Inca asesinado, reclamando otros honores. Para acompañarlo en la muerte se ahorcaron, colgándose de árboles.

Por varios días y hasta en apartadas regiones del Imperio, tanto en Quito como en Cuzco, se guardó luto por la muerte del Inca. Los indios recorrían los campos llorándolo y pronunciando su nombre. Después robaron el cadáver y lo trasladaron a Quito a un sepulcro secreto, atendiendo a los deseos manifestados por Atahualpa de ser enterrado en la ciudad de su nacimiento.

37.—**Anarquía en el Imperio Inca.**—A la muerte de Atahualpa sucedió desorden y anarquía en el Imperio. Los mismos indios, al ver el aprecio que hacían del oro los conquistadores, entraron a saco las casas de los ricos y ocultaron el oro.

Para asegurarse en el poder, Pizarro buscó un sucesor de Atahualpa, a quien respetaran y obedecieran los súbditos en razón de su origen divino. Hizo que los grandes y capitanes residentes en Cajamarca, eligiesen un sucesor. Estos se fijaron en Hualpa-Cápac o Toparca, hermano materno, del soberano muerto y su designación fué recibida con gusto por los de Quito. El mismo Pizarro lo coronó con todas las ceremonias propias de los Incas; pero haciéndole reconocer su sumisión a España.

**81.—Paisaje del Cuzco**

Con el nuevo emperador emprendieron marcha al Cuzco; pero Hualpa-Cápac murió antes de llegar.

El arribo al Cuzco les costó algunas batallas; pero al fin (el 14 de noviembre de 1533) hicieron su entrada a la gran ciudad, la primera de entonces, con 200.000

habitantes, con multitud de edificios, palacios hermosos y un magnífico templo al Sol.

Aunque Pizarro ordenó respeto a todos los habitantes, la codicia les excitó al robo y saquearon los principales palacios, sometiendo a tormentos a muchos pobladores para que declararan donde ocultaron las joyas. También en Cuzco, como en Cajamarca, se separó la parte del Rey y se fundió el resto de objetos de oro y plata para el reparto.

Resultado de la abundancia del oro fué el encarecimiento de los artículos de primera necesidad y que los españoles se entregaran al vicio del juego, en el que muchos soldados perdían todo.

82.—Cuzco antiguo

Luego se procedió al coronamiento de un nuevo Inca, hijo de Huayna-Cápac, con alborozo de todos. Acto seguido, Pizarro nombró autoridades como en España, distribuyó terrenos y edificios, dedicó el monasterio de vírgenes a monjas, hizo construír una catedral y, en general, instaló la ciudad a la española, dedicándose los sacerdotes a la enseñanza de la doctrina cristiana.

# CONQUISTA DEL REINO DE QUITO

38.--**Levantamiento de Rumiñahui.**--En las gueras de conquista de Huayna-Cápac y en las luchas entre Atahualpa y su hermano Huáscar, distinguióse por su valentía y astucia, el Jefe quiteño, **Rumiñahui** (Cara de piedra)

Desde que los quiteños supieron de la prisión y muerte de su soberano, empezaron los preparativos bélicos contra los españoles, guiados por Rumiñahui, quien había acompañado a Atahualpa en Cajamarca El antiguo soldado de Huayna-Cápac, levantóse en armas, erigióse en autoridad deponiendo al tío de Atahualpa elegido para sucederle y marchó hacia Quito en donde logró apoderarse del gobierno, aprovechando el enardecimiento de ánimos que se producía al conocer los horrores cometidos por los extranjeros. Con el intento de asegurarse del poder invitó a un banquete a los grandes del Imperio y luego de emborracharles los hizo degollar. Reformó el ejército y se aprestó a defenderse de los españoles, cuya venida sospechaba, saliendo a presentarles combate.

En orden a triunfar en sus propósitos ordenó a los gobernadores o curacas que le ayudaran con sus tropas; pero no le hicieron caso, por considerarlo un usurpador; muy al contrario, hubo caciques, como el de los Cañaris que prefirieron someterse a los españoles invasores, antes que cooperar con quien llamaban triador. Sobrevino, pues, un desquiciamiento general del Reino. Cada curaca se consideró independiente y se dispuso a obrar según su criterio, de lo cual resultó una resisten-

83.—Rumiñahui

cia muy débil, por lo aislada y sin unión. Rumiñahui fue a combatir a los Cañaris para someterlos; pero tuvo que habérselas también con los españoles, cuyo auxilio habían solicitado.

39.—**Sebastián de Belalcázar.**—A fin de resguardar los intereses de sus conquistas, de las expediciones de aventureros que vendrían a disputárselas, Pizarro mandó a defender la colonia de San Miguel, de las incursiones que sabía estaban próximas a realizarse, a **Sebastián de Belalcázar**, con el encargo de gobernar aquella colonia.

Belalcázar era un experimentado aventurero que había prestado sus servicios en la América Central, en forma encomiada por sus Jefes. En Panamá hízose amigo de Pizarro y Almagro y como era intrépido, valiente y ansioso de riquezas, con facilidad se convenció para venir al Imperio Inca y ayudar a Pizarro, con quien tomó parte activa en la guerra con los de la Puná y en los diversos acontecimientos de Cajamarca.

Gobernaba la colonia de San Miguel, cuando recibió la solicitud de los Cañaris que deseaban su auxilio. Atraído por las grandes riquezas que se le prometía encontrar, sabiendo que de Guatemala, venía otro expedicionario, Pedro de Alvarado, que proyectaba la conquista por su cuenta y en conocimiento de que Pizarro únicamente había efectuado la del sur, no vaciló en salir con un ejército de 200 hombres, auxiliado por indios (octubre de 1533).

40.—**Conquista de Quito.**—El viaje fué de lo más penoso; pero en cambio contaba con los refuerzos llegados de Panamá y Nicaragua y con el auxilio de los Cañaris, enemigos irreconciliables de los quiteños. Muchas tribus se le ofrecían de aliadas, ótras le traían ví-

veres y no faltaban quienes, traicionando a Rumiñahui, delataban sus planes y sus astucias y favorecían la llegada del conquistador a Riobamba . El valeroso Rumiñahui había hecho abrir fosos profundos, con sus bocas ligeramente cubiertas, para que cayeran los caballos e inutilizarlos; pero fué burlado por los traidores que mostraban otro camino a los españoles.

. Antes de llegar a Riobamba, tuvieron que sostener reñida lucha con ejércitos de indios organizados en grandes masas, a los cuales ofrecían paz, siendo generalmente rechazada. El ardor bélico de los indios los hacía desafiar las balas y los cascos de los caballos.

Después de descansar unos días y dejando una pequeña escolta de 30 hombres para que defendieran Riobamba y a quienes tuvieron que regresar a socorrer; librando otros combates en el camino, llegaron por fin

**84.—Llegada de Belalcázar a Quito**

a Quito con poca gente, pues muchos le habían abandonado. Con gran sorpresa y sentimiento, se encontró con una ciudad despoblada (diciembre de 1533)

Rumiñahui, vencido en diversos puntos; pero infatigable en la defensa de su tierra, habíase adelantado a Quito para esconder los tesoros, obstruír canales y abandonarla incendiándola por diversos puntos, cosa que continuaron haciéndola durante varias noches, para dejar al enemigo únicamente montones de cenizas.

No halló Belalcázar las riquezas que esperaba, de manera tal que si no es por unos pocos hallazgos de joyas hechos en algunas sepulturas y por la noticia de que Rumiñahui había hecho grandes entierros de tesoros, habría regresado a San Miguel. Tan desesperada era la situación que no había casas donde alojar, ni alimentos de que disponer. Campos y sementeras hallábanse arrasados en varias leguas a la redonda.

Belalcázar persiguió a Rumiñahui para el norte; pero sin más resultados que el sometimiento de otras tribus.

En esto llegó a Quito Diego de Almagro y lo llamó a esta ciudad para ver la manera de impedir que les hiciera mal tercio **Pedro de Alvarado**, el cual habiendo desembarcado hacía meses en Manabí quería disputarles las tierras conquistadas.

De improviso apareció Alvarado por Ambato. Conociendo sus intenciones, Belalcázar y Almagro se pusieron de acuerdo para expulsar al intruso por la razón o la fuerza y con este propósito fundaron la primera ciudad española en el Ecuador, en las cercanías de la laguna de Colta, que era el lugar donde se encontraban y la llamaron Santiago de Quito (15 de agosto de 1534)

85.—Laguna de Colta

41.—**Expedición de Alvarado.**—La fama de las extraordinarias riquezas del Imperio Incaico, en donde,

86.—Pedro de Alvarado

según se decía, el oro se hallaba a montones, llegó a todas partes del mundo y es así, como **Pedro de Alvarado,** entonces Gobernador de Guatemala obtuvo permiso del Rey de España, no sin cierta resistencia, para venir al Perú, aunque con la expresa condición de no entrar en territorio cedido y descubierto por ótros.

Como su ambición era enorme y lo único que le guiaba era el afán de enriquecerse, venció los obstáculos por todos los medios. En México a donde pertenecía el Gobierno de Guatemala, tampoco se le quiso facilitar el permiso, por ser necesaria su presencia; pero lo consiguió pretextando que venía a ayudar a Pizarro.

Su expedición fué la más grande que llegó por estas tierras. Constaba de 8 buques que traían 500 soldados españoles, muchos indios y negros de su gobierno y 227 caballos. En el camino robó dos buques a un amigo de Pizarro que le llevaba auxilios.

Sin embargo de los preparativos, el viaje fué sumamente penoso. En el mar una violenta tempestad puso en zozobra los buques, viéndose precisados a arrojar al agua casi un centenar de caballos. En tierra, desembarcados en Bahía de Caráquez, se dirigieron a Quito con un solo guía que pronto les abandonó. Sin conocer el camino se decidió a atravesar las selvas, abriéndose paso a machete. Casi medio año emplearon en salir a la región interandina, sufriendo lo indecible a través de los pantanos y selvas tropicales, muertos de sed, de cansancio, con un calor abrasador y soportando lluvias torrenciales. Como si esto fuera poco, los alimentos se les habían enmohecido y se vieron precisados a comer culebras y los caballos muertos. Enfermos y sin cuidados, eran muchos los que morían. Cuando Alvarado les ofrecía oro para impulsarlos a avanzar --- pues los más esforzados y valerosos querían

regresar --- decían: el único oro que queremos y necesitamos es el alimento; de nada nos sirve el oro. Llegados a las cordilleras no cesaron los sufrimientos, sino que tomaron nueva forma, con la intensidad del frío que paralizaba los miembros, con las densas neblinas que obstaculizaban el avance, con los vientos fortísimos y el suelo cubierto de nieve, cosas que terminaban por hacer morir a indios y negros. Para colmo, coincidió una abundante lluvia de ceniza procedente del Tungurahua, que cubría las hierbas y cegaba la vista.

El único provecho obtenido por los aventureros fué una buena cantidad de oro y esmeraldas quitada a los indios de una población costanera, una vez que al llegar a Ambato y valles centrales supieron la triste noticia de que el anhelado reino estaba conquistado. Y para eso habían perdido 100 españoles y gran cantidad de indios, negros y caballos!

42.—**Dificultades entre los conquistadores.**—Las pretensiones sobre el país conquistado pusieron a Belalcázar y Almagro en peligro de romper, pues Pizarro envió a Almagro a posesionarse de Quito, cuando hubo llegado su amigo a quien robara los buques Alvarado.

La presencia de Alvarado impidió la ruptura. Cedió Belalcázar y se unieron para protegerse del enemigo común.

Serias eran las dificultades que se presentaban a los antiguos conquistadores y a los recién llegados. Unos y ótros tenían recelos; pero no querían ceder. A esto había que agregar las traiciones: individuos del ejército de un expedicionario se pasaban al ótro y viceversa. Al fin después de zozobras e inquietudes, ya cuando los dos ejércitos estaban avistados para el combate, se optó por la paz y se llegó a un acuerdo por el cual Alvarado regresaría a su gobierno de Guatemala y re-

cibiría una fuerte suma en pago de sus buques, los que quedaban en poder de Almagro. Los soldados tenían derecho a escoger entre regresar o quedarse. Este arreglo se consiguió gracias a la enérgica decisión de Almagro de defender sus derechos a toda costa.

Almagro y Alvarado se dirigieron a San Miguel de Piura. Entrevistado con Pizarro y recibida la fuerte suma con que se le indemnizó, Alvarado regresó a Guatemala con algunos españoles.

**87.—Muerte de Felipillo**

Felipillo que había pasado al bando de Alvarado recibió perdón; pero, después, comprometido en una nueva insurrección, fué descuartizado.

**43.—Fundación de Quito.**—Celebrado el arreglo entre Alvarado y Almagro, éste encargó a Belalcázar partiera a Quito a pacificar por completo el Reino, ya que, aprovechándose de la tregua impuesta por las dificultades, Rumiñahui rehizo su ejército, aunque sin

mayores ventajas para la independencia, pues en los diversos encuentros que sostuvo salió siempre derrotado, siendo finalmente tomadas sus fortalezas y él mismo preso.

Muchas tribus, poniéndose de parte del conquistador, ótras vencidas o cansadas de guerrear, terminaron por someterse y en pocos meses quedó totalmente pacificado el territorio de Quito.

Ya hemos visto que, cuando la expedición de Alvarado, para afianzar sus derechos sobre estos territorios, Almagro y Belalcázar fundaron en las llanuras de la antigua Riobamba la ciudad de Santiago de Quito el 15 de agosto de 1534. Solucionadas las dificultades, pensó Almagro en que sería mejor que esta ciudad se levantara en la antigua Quito de los indios y en esta virtud, el 28 de agosto de 1534 acordó fundarla con el nombre de **Villa de San Francisco de Quito,** en honor del conquistador Francisco Pizarro y nombró de Teniente Gobernador a Sebastián de Belalcázar. La segunda denominación, de Quito, se refería al reino de que formaba parte, es decir a lo que es hoy Ecuador. Esto ocurría a los 42 años del descubrimiento de la América y al año justo de la muerte de Atahualpa.

Más de tres meses demoró Belalcázar en llegar a la ciudad. A su llegada, que la hizo con toda pompa, organizó el gobierno y distribuyó los solares a razón de una cuadra por cada dos personas. El lugar elegido lo fué por razones de defensa contra los posibles ataques de los indios. Luego edificaron las primeras casas utilizando los materiales de las chozas que destruían a los indios. Estas casas se levantaron hacia la parte norte de la actual ciudad, entre lo que es hoy Plaza de la Independencia y Parque Veinte y Cuatro de Mayo.

La primera Iglesia católica que se estableció fué

**88.—Iglesia de Belén, reconstruída.**

la de Vera Cruz, tras de la actual Alameda, en donde se ve hoy la capilla de Belén.

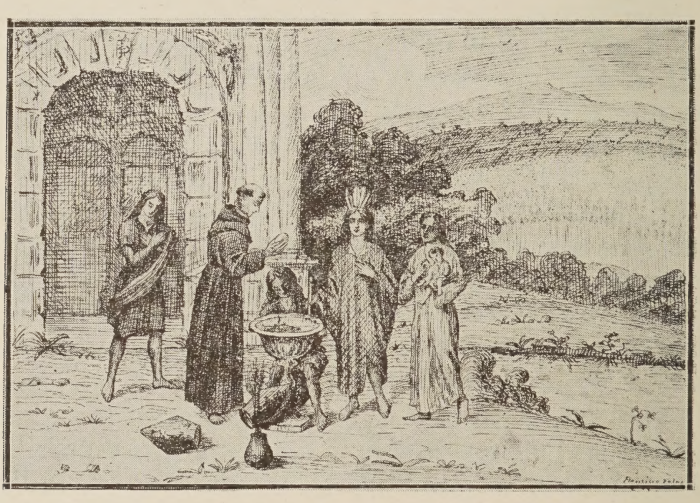
El buen clima y la fertilidad de los terrenos atrajeron nuevos pobladores y en pocos años la población aumentó. A la iglesia establecida vino un párroco. Más tarde llegaron otros sacerdotes, muchos de ellos franciscanos que fundaron un convento, el primero de Quito y de la República (25 de enero de 1535).

De los sacerdotes merece recordarse el padre **Niza** que se interesó por la suerte de los indios y escribió dos libros históricos sobre usos, costumbres y tradiciones de los aborígenes. Dos años después se fundó la Merced y cinco más adelante, Santo Domingo.

Asegurada la conquista y con ella la paz, los españoles se dedicaron a explorar nuevas regiones y a buscar el fantástico reino de **El Dorado** inventado por los indios para burlarse y verse libres de los españoles.

Algunas expediciones se aventuraron al interior de Colombia, mas nada encontraron. Asimismo, les fué inútil cuanta crueldad cometieron en su ansia de saber donde habían escondido los tesoros de Atahualpa.

Simultáneamente procuraron hacer nuevas construcciones, trajeron animales domésticos, cabras, puercos, etc. e introdujeron el cultivo de nuevas plantas como el trigo, traído y sembrado por los franciscanos frente a su iglesia. Uno de los fundadores del convento de San Francisco, el padre **Jodoco Ricki,** creó las primeras escuelas, atrayendo hacia ellas a los niños indios y enseñándoles lo más indispensable del cálculo, como también carpintería, sastrería y aún pintura y música.



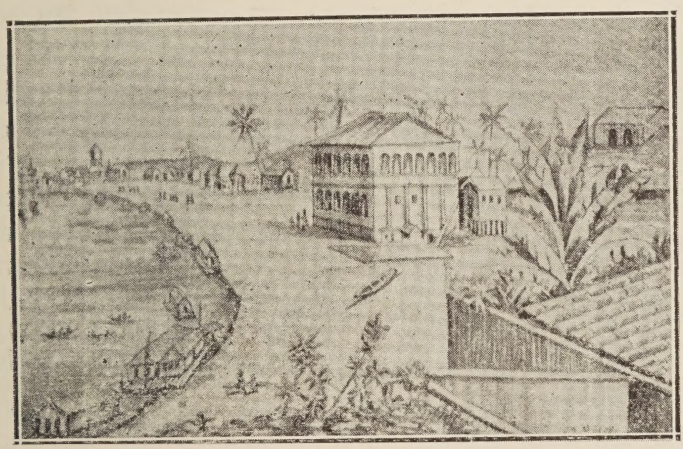
**89.—Fray Jodoco Ricki, fundador del convento de San Francisco, bautizando a los indios.**

**44.—Fundación de Guayaquil.**—Para dar un puerto a la recién fundada ciudad de Quito, Belalcázar se dirigió a la costa y después de varios tanteos y apro-

vechando las ventajas del río Guayas, fundó en su margen derecha la ciudad de **Santiago,** el día 25 de julio de 1535 que se dio por término de la conquista y que la Iglesia Católica lo tiene consagrado al apóstol Santiago. A este nombre se agregó más tarde, el de **Guayaquil,** que, según cuenta la tradición provendría del cacique Guayas y su esposa Kil.

A consecuencia de los excesos de los españoles que maltrataban a los indios, éstos se levantaron en armas, mataron al gobernador y a casi todos los colonos, destruyendo por completo la ciudad. Los cinco únicos sobrevivientes huyeron a Quito.

Tampoco resistió la segunda fundación, sino una tercera, llevada a cabo en 1537 por **Francisco de Orellana,** enviado por Pizarro con este objeto, y que se efectuó a los pies del cerro de Santa Ana.



**90.—El Malecón en la antigua ciudad de Guayaquil**

Los edificios de esta tercera fundación se levantaron con maderas del país, sin cuidarse nada del ancho ni de la dirección de las calles.

45.—Causas que determinaron la conquista.—Conocidas las circunstancias en que se realizó la conquista, podemos indicar las causas que la facilitaron y afirmaron, que son: 1ª) La lucha encarnizada en que se hallaban empeñados los dos hijos de Huayna-Cápac, por su ambición de ser cada cual único soberano; 2ª) El auxilio prestado por los Cañaris y otras tribus enemigas de los Incas; 3ª) Los medios inferiores de combate de que disponían los indios con relación a los españoles. Mientras los indios luchaban desnudos con hondas, picas y hachas, los invasores disponían de armas de fuego que les parecían rayos, aterrándoles hasta lo increíble y con caballos a los que consideraban inmortales y sobrenaturales; 4ª) La falta de unión y orden en la defensa.

Vencidos, los indios, pasaron a ser siervos y se empobrecieron en tal extremo que los propios hijos del famoso monarca Atahualpa, tuvieron que mendigar alimentos en los conventos.

46.—Nuevas dificultades entre los conquistadores. —Temeroso Pizarro de que Belalcázar se proclamara dueño del territorio confiado a su gobierno y se independizara del Perú, o mejor dicho, de sus órdenes, envió en secreto un nuevo gobernador, el cual, para evitar dificultades se presentó primero a los miembros del cabildo y sólo entonces se proclamó en público.

En esto, estalló en el Perú una guerra entre Pizarro y Almagro que se disputaban el Cuzco y que terminó a favor de Francisco Pizarro con la prisión y muerte de Almagro.

Libre ya de competidores, pues, Belalcázar había sido designado para las tierras conquistadas en el Norte, y a fin de dar riquezas y honores a su hermano Gonzalo, alentado por la fama de las riquezas orientales de Quito, el oro y la canela, nombróle Gobernador Ge-

neral del Reino de Quito, de las regiones de Pasto y Popayán en el norte y además de todas las tierras que descubriese hacia el oriente.

Gonzalo Pizarro partió en seguida a Quito, a donde llegó (1º de diciembre de 1540) siendo reconocido como gobernador, después de un largo recorrido en el que tuvo que luchar sangrientamente para exterminar a los indios que le impedían el avance.

Posesionado de sus tierras sólo pensó en organizar una expedición al país de la canela, a través de la cordillera de los Andes, empresa en la que ya habían fracasado otros expedicionarios.

**47.—Expedición de Gonzalo Pizarro al Oriente Ecuatoriano.**—En la creencia de que iba a encontrar grandes ciudades y enormes riquezas, Gonzalo Pizarro decidió resueltamente realizar la conquista del Oriente. Encargó del Gobierno a un amigo suyo, Pedro Puelles, escogió 300 soldados y 4.000 indios cargadores y se proveyó de miles de cerdos, llamas y perros y gran cantidad de pertrechos.

Al principiar el año 1541 salieron en dirección a Quijos. Los tres o cuatro primeros días no hubo contratiempo; pero luego el paso de la cordillera les ofreció tales dificultades que muchos indios quedaban muertos en el camino. Los páramos les hacían temblar de frío y al otro lado sólo encontraban peligrosos y múltiples desfiladeros, torrentes y bosques impenetrables.

Avanzaron 150 kilómetros, con grandes dificultades y llegaron a una población llamada Zumaco, cuyos habitantes, en un primer momento trataron de impedirles la llegada; pero después huyeron con la vista de los caballos y con los disparos. Aún descansaban, cuando pudieron presenciar el pavoroso espectáculo de

**91.—Salida de la expedición de Gonzalo Pizarro al Oriente.**

60 casas que se hunden por un formidable terremoto que destruyó la aldea y luego la furia de las tormentas de truenos y relámpagos con un interminable aguacero de dos meses.

La naturaleza en extremo hostil les impedía avanzar y ya los alimentos se corrompían y escaseaban, pues, nada encontraron en las chozas de los indios,— cuando tuvieron la suerte de recibir los refuerzos de **Francisco de Orellana,** llegado de Guayaquil.

Para continuar adelante, terminadas las largas lluvias, convinieron en que se adelantara Pizarro con 70 hombres y así se hizo; pero los malos tratamientos dados a los indios, hacían que éstos les odiaran y que lejos de enseñarles los buenos caminos, les desviaran a las selvas, por cuyo motivo, no tuvieron más remedio que regresar a Zumaco y continuar por el río **Coca** con

todos sus compañeros. Caminaban kilómetros y kilómetros y las dificultades se hacían invencibles. Los caballos, en vez de servirles, les estorbaban y los cerdos, tan difíciles de transportar requerían cuidados para su alimentación. Por mucho tiempo les fué imposible atravesar el río. Al fin, encontraron una garganta de poca anchura, por la que en imponente cascada de 60 metros se precipita el río. Derribaron árboles y demoraron más de dos meses en hacer un puente. Lo atravesaron; pero en nada mejoró su situación. No había las poblaciones, ni las riquezas soñadas, ni siquiera alimentos. Tuvieron que resignarse a comer correas y suelas, sapos y sabandijas, raíces, hierbas y frutos insípidos y la carne de los perros y caballos que morían.

Llegaron a otra población; pero sin resultados apreciables. Esperanzados en alcanzar sus propósitos optaron por construír una embarcación como mejor pudieron. Con gran dificultad cortaron grandes árboles, forjaron clavos de las herraduras de los caballos, hicieron estopa de sus camisas y emplearon como brea algunas resinas encontradas. Con la ayuda de todos hízose la tosca embarcación y fué inmensa su alegría al terminarla. Pusieron ahí lo más urgente y los enfermos, aligerándose de la carga, y continuaron el viaje cerca de las orillas.

Muertos mil indios, casi un ciento de españoles y después de haberse comido hasta los cueros de sus monturas, dieron con una nueva población, en donde consiguieron algún alimento.

Por los indios supieron que el Coca desagua en otro río caudaloso y convinieron en detenerse ahí los enfermos, algunos soldados y los pocos indios que habían escapado de la muerte, mientras regresara Francisco de Orellana, que se adelantó en el buquecito a reconocer tierras.

Por dos largos meses esperó Pizarro la vuelta de Orellana. Desesperado ya, envió comisiones a explorar el terreno en busca del capitán y de alimentos. Una de estas comisiones, lo más que pudo encontrar fué grandes plantaciones de yuca abandonadas por los indios. Impulsados por el hambre se dirigieron hacia ellas y se las comían crudas, sin ni siquiera limpiar la tierra, cosa que les ocasionó graves enfermedades. Tras nuevos esfuerzos y penalidades, ya lejos de Quito en 2.000 kilómetros, llegaron a la desembocadura del Coca con el Napo. Seguros de que no

**92.—El Napo**

regresaría Orellana e imposibilitados para avanzar por la debilidad, pérdida de armamentos, falta de comestibles, sin caballos y con muchos enfermos, decidieron regresaron a Quito y así lo hicieron con grandes sufrimientos, hundiéndose en pantanos y ciénegas y dejando mar-

cado el camino con los innumerables sepulcros de los expedicionarios que iban muriendo en tantos meses de inútil caminar.

La vista de los picachos cordilleranos los llenó de júbilo. Al cabo de más de dos años de ausencia llegaron a Quito (junio de 1543) en un estado calamitoso. De los 3.000 españoles no quedaban ciento; de los indios, casi ninguno; los caballos, escasísimos y todos hambrientos, debilitados y desnudos. Algunos, apenas cubiertos con hojas de árboles como delantales o con cueros de uno que otro venado cazado en la cordillera.

Para mayor desgracia, en Quito, a donde pidieron auxilio para su triste situación, sentíase también miseria a consecuencia de las guerras civiles habidas entre los conquistadores. Lo más que se pudo reunir fué

**93.—Regreso de Gonzalo Pizarro a Quito, después de su fracasada expedición.**

seis mudas de ropa. Una de ellas, ofrecida a Pizarro fué rehusada, pues, tuvo este hermoso gesto, en vista de que faltaba para los demás.

Cuando entraron en Quito, con sus cuerpos despedazados, harapientos en extremo o desnudos, flacos, ennegrecidos y con los cabellos y barbas largos, ofrecían un espectáculo mezcla de triste y de ridículo. Su alegría de llegar con vida fué tanta que cayeron de rodillas y besaron el suelo. Sin embargo sus calamidades no quedaron ahí. Muchos murieron ahitos, pues, sus estómagos no soportaban las comidas sazonadas, después de dos años de acostumbrados a comer unas pocas cosas crudas y sin sal.

48.—**Descubrimiento del Amazonas.**—Orellana y los suyos que se adelantaron de Pizarro, llevados por la fuerza de la corriente llegaron al cabo de nueve días a una población en donde obtuvieron bastante alimento; pero convencidos de que la vuelta se haría en un año, por ser contra la corriente, y que al cabo de ese tiempo ni siquiera encontrarían a Pizarro, como también alentado por la ambición de disponer de un reino independiente, Orellana decidió proseguir su camino, olvidando a sus compañeros tan necesitados de alimento. Llegaron al ancho Amazonas y lo atravesaron en seis meses hasta que salieron al Atlántico, haciéndose elegir Orellana caudillo independiente de Pizarro.

Repuesto del cansancio en algunos días de reposo, emprendió en la construcción de un barco mejor en que atravesar el Océano y se dirigió a España.

Ante los reyes ponderó sus penalidades, las maravillas de su descubrimiento y las riquezas de la zona que quería colonizar. Adquirió títulos, auxilios y permiso del Rey para nuevas conquistas y regresó al Amazonas; pero su empresa hubo de ser abandonada por ha-

94.—Selvas amazónicas.

berle sobrevenido la muerte en la travesía. Más tarde, los portugueses aprovecharon de estas tierras.

**49.—Fin de Francisco Pizarro y los Almagro.**— No pudo ser más desgraciado Pizarro en su expedición. Como si hubiese sido poco lo miserable de su regreso, se encontró desposeído de sus tierras, pues, asesinado su hermano Francisco, por los partidarios de Almagro, no siquiera fué admitido en su ejército por el nuevo gobernador.

En los dos años de ausencia de Gonzalo Pizarro, graves acontecimientos habían alterado la paz en el

Perú. Los almagristas, vencidos por Pizarro vagaban sin empleo ni tierras y de esta circunstancia se aprovechó el hijo de Almagro, para reunirlos y alzarlos en armas contra Pizarro. Meditado y acordado el plan, los almagristas asaltaron el palacio del Gobernador, asesinaron a Pizarro que contaba 65 años y entregaron el poder al hijo de Almagro.

Por su parte, el Rey de España, Carlos 5°, sabedor de las sangrientas guerras sobrevenidas entre los conquistadores, con menoscabo de la colonización, envió a **Cristóbal Vaca de Castro** con el encargo de arreglar las divergencias y pacificar los territorios.

El emisario regio llegó a Quito y fué pronto y fácilmente reconocido como Gobernador General del Perú y de Quito, porque Pizarro no tenía facultad para dividir el territorio de su dominio. En su viaje al Cuzco tuvo que sostener algunas luchas con los partidarios de Almagro; pero los dominó e hizo decapitar, a su jefe, hijo de Almagro. Victorioso e impuesto ante todos estableció escuelas para enseñar la doctrina cristiana a los indios y dictó varias disposiciones en su favor. Además disminuyó los repartimientos hechos en exceso, lo cual le acarreó odios.

**50.—El padre Las Casas.**—Entre los sacerdotes venidos con motivo de la conquista, hízose notable **Bartolomé de Las Casas**. Compadecido de los sufrimientos que soportaron los indios y del carácter de esclavos a que habían sido reducidos por los conquistadores, escribió el libro **"Destrucción de las Indias"** y pidió al Rey de España se apiadara de ellos y dictara disposiciones en su beneficio.

Una institución llamada **Consejo de Indias**, encargada de resolver en España los asuntos americanos, llegó en efecto a dictar varias **Ordenanzas** según las

95.—Bartolomé de las Casas

cuales a ningún indio se le podía sujetar a trabajos forzados ni mucho menos dejar de pagarle por sus servicios. Además, suprimía el derecho de herencia de las llamadas encomiendas y las quitaba a quienes hubiesen participado en las luchas civiles entre Pizarro y Almagro.

Las encomiendas eran grandes extensiones de tierra, a veces provincias enteras con sus habitantes distribuídas entre los conquistadores en pago de sus servicios y de las cuales sacaban los encomenderos, gran provecho, pues, viviendo en la ciudad, recibían el tri-

buto de los indios de su encomienda sin necesidad de trabajo alguno. El sólo conocimiento de estas reformas trajo grandes disturbios.

**51.—Erección del Virreynato del Perú.**—El cumplimiento de estas disposiciones debía hacerse por medio de un Virrey y al efecto fué nombrado **Blasco Núñez Vela**, hombre leal y honrado, quien vino resuelto a aplicar la ley sin miramientos ni contemplaciones.

Llegado a Lima fué recibido con gozo; pero la tempestad se desencadenó tan pronto conocieron su decisión y al ver que pagaba bien a los indios que ocupaba y que ordenó la libertad de cientos de ellos.

El desconcierto por la aplicación de las ordenan-

**96.—Blasco Núñez Vela, primer Virrey del Perú.**

zas fué grande y de él se aprovechó Gonzalo Pizarro, hasta entonces pacífico, para hacerse proclamar por los descontentos, **Procurador General del Perú**, título

en uso del cual y amparado por los que iban a perder sus privilegios, apresó al Virrey y le embarcó a España, de acuerdo con la Real Audiencia, mas con la contrariedad de que el capitán del navío libertó al apresado.

Núñez de Vela discurrió la manera de reunir un ejército para reconquistar el Reino y con esta idea se dirigió a Quito, en donde fué bien recibido, reconocido y ayudado, merced a que aún no estallaba la rebelión.

Para hacerse de elementos, emprendió viaje a Piura; pero hubo de regresar a Quito casi sin gente, pues algunos quedaban en los caminos, ótros cayeron prisioneros o muertos y hasta no faltó quienes se pasaron al otro bando, decidiéndose cada vez más el triunfo por Pizarro. En efecto, tras varios incidentes, se encontró con el ejército de Pizarro y sostuvo reñida batalla en las puertas mismas de la ciudad (18 de enero de 1546) en lo que es ahora Parque "24 de Mayo" y Alameda. Después de varias alternativas, el triunfo se declaró por Pizarro, el propio Virrey fué muerto y sus guerreros, asesinados, ahorcados, puestos en fuga y tratados bárbaramente. Pizarro cubrióse de gloria y su fama llegó a México y Chile.

52.—**Pizarro intenta hacerse Soberano de América.**—Pacificado Quito, con la muerte del Virrey, Pizarro permaneció en la ciudad algunos meses, al cabo de los cuales regresó a Lima, siendo recibido en triunfo. Entonces empezó a preocuparse de su situación. Le aconsejaron que se proclamara rey de la América, prometiéndole que todos le ayudarían, ya que él disponía de la América del Sur, desde el istmo hasta el sur de Chile y haciéndole ver también que no podía esperar favor ni perdón del Rey, contra el cual se había rebelado, matándole al Virrey.

No tuvo la fuerza suficiente para aceptar la insinuación y prefirió enviar emisarios a la Corte, pidiendo el Gobierno para él sólo, en virtud de los hechos de sus hermanos. Además proponía la supresión de la Real Audiencia.

Por la dificultad de la navegación, en Europa se sabían las cosas de tarde en tarde; pero cuando Felipe 2º, hijo de Carlos 5º, tuvo noticias de la rebelión, resolvió enviar un delegado para pacificar. Imponerse por las armas no era posible; así es que escogió el camino de la prudencia y persuación, ofreciendo amnistía a los que quisieran someterse.

Como delegado se nombró a un sacerdote, **Pedro de la Gasca**, a quien se invistió de plenos poderes.

53.—**Gobierno de La Gasca.**—El emisario regio, llegó con amplia facultad para hacer y deshacer en América, pudiendo disponer del dinero, ejército, empleados, autoridades, terrenos, etc. Hasta se le dieron cédulas en blanco firmadas por el Rey. Sin embargo de su omnipotencia traía el simple título de **Presidente de la Real Audiencia.**

**97.—Pedro La Gasca**

Llegado a Panamá usó de gran tino y prudencia. Para prepararse el terreno envió de antemano cartas en que ofrecía perdonar a los que se sometieran y revocaba las ordenanzas motivo de tantos disgustos y conflictos. Aún se dirigió a Pizarro en forma cortés y amistosa; pero la ambición de éste no le permitió aceptar tan buenas intenciones y pretendiendo ser el único dueño del Perú desoyó el llamado y envió un emisario ante el Rey, pidiendo no sólo la confirmación de sus dominios, sino la supresión de la Real Audiencia, cosa que no tuvo mayor efecto a su favor. Al contrario, su emisario se puso de parte de La Gasca, como fueron haciéndolo muchísimos de sus amigos, al extremo de que su escuadra que se encontraba en Panamá, pasó a poder del Enviado Real, el que, disponiendo ya de grandes ejércitos y armada, fué apoderándose una a una de las poblaciones de la costa. Hasta Quito, cansado de las crueldades y tiranía de su gobernador, se pronunció por La Gasca. Esto y el peligro en que se hallaba el gobierno de Pizarro decidieron que muchas otras ciudades se proclamaran por el Rey y La Gasca.

Pizarro mal aconsejado por su ambición y por muchos sacerdotes que le ayudaban para que se emancipase, pidiendo que el Papa le asegurara en su nombramiento de Rey, pensó en resistir y al efecto hundió los buques que le quedaban en el Callao para que no los pudiera utilizar La Gasca y formó un ejército para impedir los avances del Presidente. Mas, se trataba del principio de su caída definitiva. Pronto empezó la deserción y aún muchos de sus jefes más afectos se pasaron al bando de La Gasca. Esto no obstante, Pizarro rechazó las proposiciones de paz que se le hicieron y presentó batalla. Tras un combate parcial, favorable a Pizarro, se produjo un nuevo y definitivo

avistamiento de los ejércitos que determinó la ruina de Pizarro.

Abandonado de Valdivia, de Belalcázar y de casi todos los que en mejores tiempos fueron suyos, fué apresado y condenado a muerte con los pocos que le permanecieron fieles.

Conservó su entereza hasta en el momento de su ejecución. No permitió que se le vendaran los ojos y dijo al verdugo: "Haz tu deber con mano firme". La cabeza del más valiente de los conquistadores, llevada a Lima, se expuso en la plaza para escarmiento de los rebeldes. Así se acabó el último de los Pizarros.

El triunfo de La Gasca le permitió castigar a los rebeldes confiscando sus propiedades, desterrando a unos, decapitando a ótros. Entonces se dedicó al trabajo constructivo. Dictó varias disposiciones en favor de los indios, tendientes a evitar los abusos que se cometían con ellos. Demostró una honradez tal que cumplida su misión, regresó a España (1550) tan pobre como había salido y más bien, dejando cubiertos los gastos de la pacificación y llevando fuertes ahorros al Rey. Justo es decirlo, La Gasca es uno de los poquísimos españoles que vino a América sin ambiciones ni miras de riqueza personal.

54.—**El Ecuador al fin de la guerra entre los conquistadores.**—De vuelta La Gasca a España, imperaba la paz en nuestro país y quedó de hecho instituído el **Virreynato del Perú,** en una extensión igual a la del antiguo Imperio de Huayna-Cápac. En consecuencia, el Reino de Quito, lo que es hoy el Ecuador, no era independiente, sino que pertenecía al Perú.

Los Gobernadores nombrados por el Virrey que residía en Lima, tenían la suma de los poderes civil y militar y aún judicial. Para las apelaciones se había instalado la **Audiencia,** especie de Corte de Justicia.

En cada ciudad o villa fundada por los españoles se instituía una corporación llamada **Cabildo** para el gobierno local, algo semejante a nuestras actuales Municipalidades. Este Cabildo era presidido por el Gobernador o por un representante de éste, elegido por el mismo con el nombre de Teniente. El Cabildo estaba integrado por dos alcaldes que duraban un año, pudiendo ser reelegidos y de ocho **regidores** que lo eran perpetua o indefinidamente al ser designados por el Rey. Además se nombraba un secretario, un tesorero y un mayordomo de la ciudad.

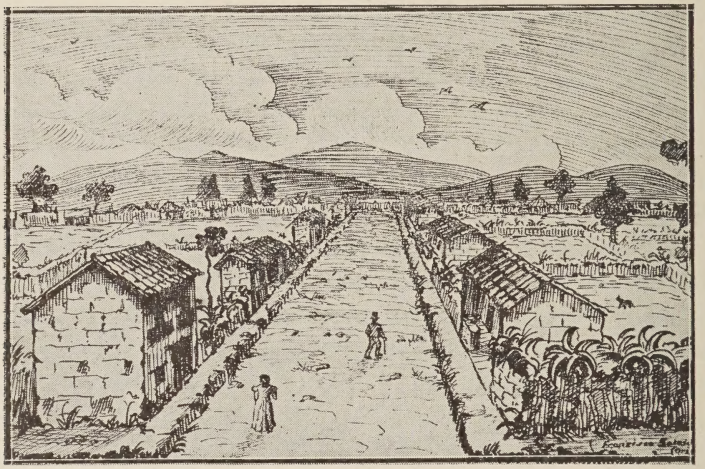
Por de pronto, hasta el momento a que nos referimos sólo se habían fundado tres ciudades: Quito, Guayaquil y Portoviejo. Después lo fueron Loja y Cuenca. Las ciudades de la costa hicieron pocos progresos por entonces, a causa de las frecuentes rebeliones de indígenas, hasta que poco a poco fueron exterminados.

Habiendo crecido ya un tanto la ciudad de Quito y siendo bastante grande la distancia de ésta a Lima, se pensó en darle un gobierno religioso propio y el Papa, accedió a los deseos del emperador español, creando el Obispado de Quito (8 de enero de 1545). El primer obispo nombrado no pudo posesionarse en seguida, por los inconvenientes de la guerra civil, de manera que sólo lo hizo 4 o 5 años más tarde. A su llegada, la iglesia parroquial era muy pobre y con techumbre de paja, donde es hoy la Catedral. Para mejorarla, entre el Rey, los indios y los principales y más ricos personajes se reunió el dinero para edificar la Catedral. Al buscar las piedras necesarias a la obra, se descubrió la cantera que hasta ahora se explota.

El obispado comprendía el Ecuador entero y parte de Colombia y Perú.

Volviendo a ocuparnos del Cabildo, diremos que le correspondía en general, la marcha y adelanto de la ciudad. Distribuía los terrenos para la edificación de casas y para haciendas; fijaba el precio de venta de los artículos necesarios a la vida; el arancel de sastres, herreros, peluqueros, etc., como también el jornal de los otros trabajadores.

**55.—Progresos de Quito.**—La ciudad que en un comienzo tenía apenas 25 manzanas, con no más de

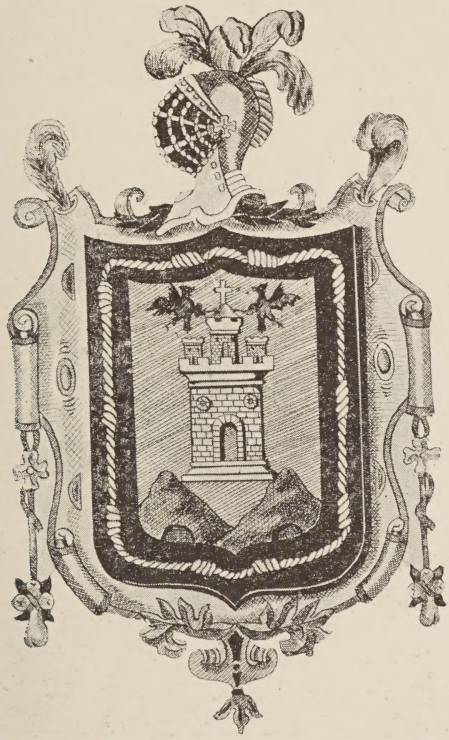


**98.—Una calle del Quito de la época.**

dos casas en cada una de ellas, con calles casi desiertas, cubiertas de hierbas y limitadas con tapias terminadas en pencas, fue tomando otro aspecto, perdiéndose los últimos edificios de los Incas y sus antecesores.

Por 1541 conociendo Carlos 5° el grado en que había crecido la población concedióle, como se acos-

tumbraba hacer, el título y los privilegios propios de una ciudad y le dio el siguiente escudo: "Un castillo



**99.—Escudo de la ciudad de Quito.**

de plata, metido entre dos cerros o peñas de su color, con una cava en el pie de cada uno de ellos de color verde; y asimismo encima del dicho castillo una cruz de oro con su pie verde que le tengan en las manos dos águilas negras, grietadas de oro, la una a la mano derecha, y la ótra a la izquierda, puestas en vuelo, todo en campo colorado; y por orla un cordón de San Francisco, de oro, en campo azul".

# I.A COLONIA

**56.—La Real Audiencia.**—A mediados del siglo 16 pudo considerarse definitivamente asentada la paz en territorio ecuatoriano; los indios estaban subyugados; muchos de los conquistadores muertos en las guerras civiles y los demás, sometidos a la Corona Española.

Quito había progresado y aumentado de población (tenía 1.000 españoles y 200 españolas). Se habían fundado otras ciudades y la colonización era un hecho cierto. Pero Quito y los territorios ecuatorianos de la sierra, la costa y el oriente eran parte integrante de Lima, o sea, el Perú.

Muchos abusos, irregularidades e injusticias quedaban impunes, debido a que el arreglo de estos litigios requería de un viaje largo, costoso y difícil a Lima. Así es que, por lo general, se dejaban las cosas sin remedio y el pobre había de resignarse con las injusticias. Sólo el rico podía hacer estos viajes, de donde resultaba que en la práctica era el único que podía obtener justicia. Por lo demás, casi se la desconocía, pues, las principales autoridades habían sido compañeros de armas y nada querían hacer en contra de los que procedían mal.

Los conquistadores y su descendencia eran una casta que en nada trabajaba; que sólo miraba las armas con buenos ojos y que imponía su absoluta voluntad a los pobres indios y negros sometidos a su capricho.

En estas circunstancias y para remediarlas, el Cabildo de Quito, pidió al Rey (4 de julio de 1560) la creación de una **Real Audiencia en Quito**, como ya la había en Lima. Al cabo de tres años, el 29 de agosto de 1563, concedió el Rey esta merced para hacer imperar la justicia.

El territorio que se adjudicó a la Nueva Audiencia, separada de la del Perú o Lima, era mucho más grande que el actual ecuatoriano, ya que abarcaba regiones colombianas y peruanas.

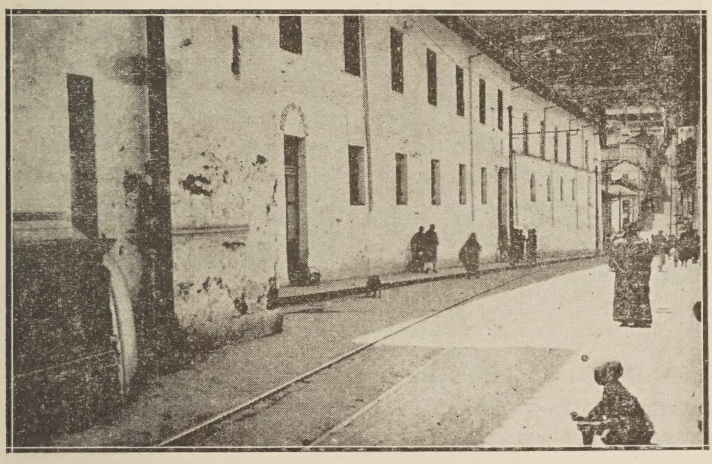
"Por el norte, llegaba hasta el puerto de Buenaventura; por el Sur, hasta Paita (exclusive); por el lado del oriente no se señalaba límites determinados, dejándole abierto el campo para nuevos descubrimientos y conquistas; y por el sudeste se le asignaron las provincias conocidas entonces con los nombres de Gobernación de Salinas, Yahuarsongo y Jaén de Bracamoros; quedaban de esta manera encerradas dentro de los límites de la Audiencia de Quito, las ciudades de Cali, de Buga y de Popayán en el territorio de Colombia y las de Loyola y Jaén que ahora pertenecen al Perú".

Los funcionarios que debían integrar la Audiencia, fueron, al principio: un Presidente, 3 oidores, un fiscal, dos notarios o escribanos y un portero.

57.—**Fundación del primer Hospital en Quito.**—El primer Presidente de la Real Audiencia, Hernando de Santillán, a los 5 años de su gobierno tuvo la magnífica

y humanitaria idea de fundar un hospital en Quito, que tanta falta hacía.

Con fondos, en su mayor parte de la Hacienda Real compró al fin de la ciudad de entonces, a la subida del Panecillo, unas casas y en ellas estableció el llamado **Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor**

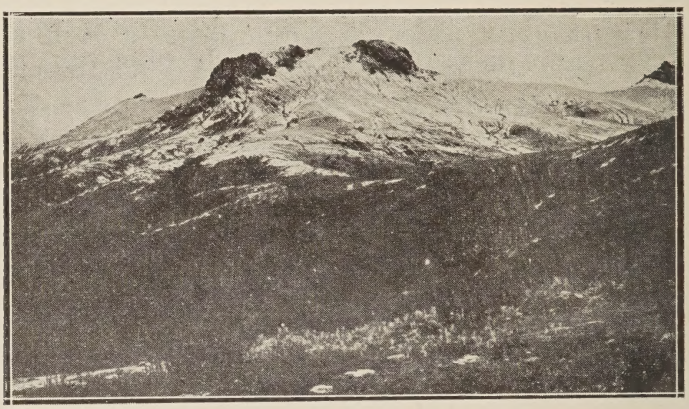


**100.—El Hospital de Quito, a la subida del Panecillo.**

**Jesucrito** que hasta ahora subsiste y que empezó a funcionar con 4 departamentos, dos para hombres y dos para mujeres, uno de cada grupo de los cuales correspondía a españoles y ótro a indígenas. Se sostenía con fondos de una hermandad fundada con este propósito por el propio Presidente, muchos de los empleados públicos y sus esposas. Se inauguró a poco de instituída la Real Audiencia (9 de marzo de 1565).

**58.—Fenómenos naturales y catástrofes.**—A poco más de 30 años de fundada Quito, el 17 de octubre de 1566, el volcán Pichincha, en cuyas faldas se asienta la

ciudad, puso en alarma a sus habitantes con dos erupciones habidas en el intervalo de un mes, volviendo a repetirse nueve años después, el 8 de setiembre de 1575.



**101.—El Pichincha**

Por este mismo tiempo hizo su aparición un cometa y hubo un eclipse de sol, fenómenos completamente inofensivos que la gente de la época, ignorante en su totalidad, tomó como anuncio de catástrofes.

Más tarde el 29 de agosto de 1587, produjose en Quito un fuerte terremoto que ocasionó muchas muertes. La violencia fué tal que sonaron las campanas y que se hundió una colina sepultando manadas de ovejas.

Luego sobrevino una peste de carácter maligno, semejante a las viruelas y que afectó a casi toda América. En dos meses, murieron 4.000 personas, entre ellas, gran cantidad de niños.

**59.—Revolución de las Alcabalas.**—Hacia fines de 1591 el Rey de España expidió una cédula que imponía en todo el territorio de la Real Audiencia, las **alcabalas**

que debían cobrarse desde el año siguiente. Llamábase así un impuesto consistente en el dos por ciento que debía pagarse trimestralmente sobre todas las ventas del mercado y comercio en general. Se exceptuaban del impuesto los manuscritos, libros, caballos, algunas aves de caza, el maíz, el trigo, las semillas y en general los artículos vendidos al menudeo a la gente pobre, a más de todo lo necesario a los sacerdotes.

La Audiencia, sin esperar la aceptación del impuesto por el Cabildo hizo pregonar la cédula y la consideró aceptada, cosa que dio lugar a un rompimiento entre las dos instituciones, pues, reunido el Cabildo rechazó la cédula y basándose en la pobreza del país, pidió su supresión aunque sin éxito.

Llegó la fecha de hacerse efectivo el cobro y la publicación de un nuevo bando exasperó al pueblo que, en compañía del Cabildo, pidió a la Audiencia la supresión del impuesto. Esta ni otras nuevas solicitudes nada lograron obtener, de manera que el descontento se acentuó día a día. Complicáronse más los acontecimientos con la prisión de un miembro del Cabildo que se había conquistado la voluntad del pueblo con sus discursos contra las alcabalas. El Presidente de la Real Audiencia se negó a excarcelarlo; pero el pueblo rompió las puertas de la cárcel y lo libertó. Como el Presidente solicitara tropas a Lima, se armó el pueblo y hasta los niños de las escuelas se aprestaban a la lucha. El movimiento crecía en tales proporciones que hasta se llegó a hablar de independizarse de España y de formar un gobierno propio. De otro lado el asesinato de uno de los caudillos populares indignó tanto que la muchedumbre acometió la casa del Presidente, quien, aunque logró huír en un primer momento, al siguiente día fué apresado y obligado a renunciar a la imposición de las alcabalas.

Ya iba el movimiento en vías de solucionarse favorablemente a los revolucionarios, cuando la llegada de 200 hombres, el intento de asesinato a los oidores y la venida de un nuevo Presidente determinó su pérdida.

El nuevo Presidente enviado por el Rey, entró en triunfo, como también las fuerzas solicitadas a Lima. Las alcabalas se impusieron y no por esto se dejó de cometer muchos excesos por parte del Gobierno. Los cabecillas fueron muertos sin proceso alguno y sus cadáveres expuestos en la plaza. Las muertes y las prisiones se sucedieron con la mayor frecuencia, razón por la que nadie se consideraba seguro.

Sólo más tarde se obtuvo perdón para la ciudad por parte del Virrey del Perú y castigo para los autores de las violaciones que provocaron estos motines, que, en justicia, pueden considerarse como el primer intento de emancipación de España, realizado en nuestro país.

**60.—Estado de la cultura en los principios de la época colonial.**—Al finalizar el siglo 16 la mayor parte de los pobladores del Reino de Quito eran indios, a pesar del aumento de los mestizos. En la costa, no ocurría esto. Sobre todo en Guayaquil estaban casi completamente exterminados.

Las condiciones demasiado desfavorables de los primeros tiempos de la Colonia, no permitieron un buen desarrollo de la educación. Los conquistadores fueron ignorantes. Uno de los más famosos, Pizarro, no sabía leer. Además, las luchas no les daban oportunidad para nada. Los sacerdotes, apenas se proporcionaban tiempo para estudiar las lenguas indígenas como medio de adoctrinar a los aborígenes.

Por muchos años, en todo nuestro suelo, apenas hubo cuatro escuelas para enseñar a leer, en Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja.

A los 20 años de fundada Quito, los franciscanos abrieron la escuela de primeras letras, llamada **Colegio de San Andrés,** en el local de las monjas de la Caridad y que se asegura fué la primera en el Ecuador y en la América.

Los dominicos recibieron el encargo del Rey de establecer una escuela para enseñar el quichua, principal lengua de entonces y ahí lo aprendían los aspirantes a curas. Otros conventos fundaron también escuelas para la instrucción de los aspirantes a religiosos. La llegada de los padres jesuitas, mejoró notablemente esta clase de estudios.

61.—**Colonización del Oriente.**—Hechas las primeras exploraciones, para su mejor gobierno y colonización, se dividió la región oriental en 4 provincias: al sur, Yahuarsongo y Bracamoros; al centro, Macas; al norte, Quijos y la de Mocoa y Sucumbíos, hoy colombiana. En todas ellas se fundaron poblaciones a las que llamaron ciudades bautizándolas con nombres de las españolas. Así había en Yahuarsongo, Jerez y Jaén; en Bracamoros, Valladolid, Loyola, Nieva, Santiago y Zamora; en Macas, Logroño y Sevilla del oro; en Quijos, Baeza, Avila, Archidona y Alcalá; en Sucumbíos, Ecija. Todas estas llamadas ciudades dejaron de existir al finalizar el mismo siglo 16 en que se establecieran. No obstante su pomposo nombre, en ninguna de estas poblaciones hubo un edificio sólido. Las casas eran chozas con paredes de cañas, recubiertas con un poco de barro y con techos de paja.

Los miles de indios de las inmediaciones cansados de las exacciones y opresión de que eran víctimas,

**102.—Cabaña de jíbaros en el Oriente.**

se alzaron e incendiaron la ciudad de Avila (29 de noviembre de 1578) y luego la de Archidona en donde quemaron hasta la última casa y destruyeron todas las plantaciones. Baeza, se libró de la destrucción, gracias al aviso recibido con anticipación al ataque y a la llegada de hombres armados de Quito que dispersaron las pobladas de indios.

Otras poblaciones fundadas en el sur, tampoco lograron prosperar, pues, aunque se asentaron en terrenos salubres, estaban alejadas de la civilzación, carecían de caminos y se hallaban rodeadas de innumerables salvajes.

Hasta los indios perecían ante los trabajos penosos, los odiosos tributos y las enfermedades llevadas por los españoles.

62. —**Condición social de las tribus salvajes.** A la época del descubrimiento del Amazonas por Orella-

na parece que eran muy pobladas todas las regiones orientales, tanto las orillas de los ríos como sus islas; pero, poco a poco, decreció la población y quedaron desiertas leguas de leguas.

Los moradores no tenían historia alguna y las parcialidades no siquiera formaban una nación medianamente organizada, las rancherías eran a veces una simple choza grande en que vivían varias familias; ótros hacían chozas para cada familia y unos terceros tenían sus rancherías a grandes distancias unas de ótras.

**103.—Una familia jíbara.**

La principal ocupación era la guerra que se declaraba por cualquier motivo. Como armas empleaban lanzas de largas varas de chonta terminadas en una punta afilada de pedernal o hueso. Además cuchillos de piedra ya que no conocían el fierro, dardos que arrojaban con arco y flechas delgadas con un penacho de plumas a la cola y que disparaban diestramente con cerbatana. Para hacer más mortíferas las heridas se auxiliaban de venenos preparados con ponzoñas de reptiles o jugos de plantas que untaban a la punta. Para defenderse, se servían de un escudo o rodela de balsa y piel de vaca marina. Las guerras eran tan encarnizadas que en ocasiones no sobrevivía ni uno solo. Muchas de ellas se declaraban por el placer de cortar cabezas y reducirlas a un tamaño muy pequeño, que ahora se conocen con el nombre de **tsantsas**.

Casi todas las tribus andaban desnudas y tan sólo cubiertos los órganos sexuales. El cuerpo se pintaban de varios colores y se tatuaban el pecho, los brazos y la cara. En el cuello llevaban collares de huesos de ave y dientes humanos o de mono. Otros de sus adornos consistían en agujerearse las ternillas de la nariz, las orejas, el labio superior y aún las mejillas para introducirse palitos o cortezas de árboles.

Se alimentaban de los productos de caza y pesca; pero, aunque conocían el fuego, no cocían los alimentos. Comían además ratones, sapos y hasta culebras venenosas a las que cortaban la cabeza. Usaban mucho la yuca, el maíz y el plátano que cultivaban.

Sus utensilios eran de piedra, madera, hueso y barro, del que hacían ollas.

Todas las tribus eran polígamas y era la mujer quien hacía todos los trabajos. A los niños débiles o deformes se les mataba con toda tranquilidad, para evitarles padecimentos en sus difíciles condiciones de vida.

**104.—Brujo jíbaro curando a una enferma.**

Creían en un dios bueno y otro malo y en un alma que trasmigraba: si el muerto había sido valeroso, a aves de plumajes vistosos y si cobarde, a arañas y lagartijas. Para su ignorancia, todo era sobrenatural: el trueno, el viento, el canto de una ave, las enfermedades que creían ser ocasionadas por hechizos.

No tenían templos, imágines ni sacerdotes, sino adivinos o hechiceros que presagiaban después de tomar narcóticos o aplicaban ciertas hierbas como remedios.

En los duelos, despedazaban el cadáver y se lo servían los dueños; otras tribus lo sepultaban y una vez deshechas las carnes, sacaban los huesos, los trituraban, los quemaban y se los tomaban en bebidas fermentadas.

Los idiomas eran difíciles y con muchísimos dialectos, casi imposibles de entenderse por las variaciones en la pronunciación.

Poco ha variado esta triste condición con el transcurso de tres siglos. Aún ahora no hay poblaciones de importancia ni verdadera civilización. Los indios siguen en

general salvajes o siquiera en la barbarie, debido entre otras causas a que casi nunca se procuró mejorar su vida material ni cultura, a que no se han abierto caminos.

63.—**Situación social de los indios al terminar el siglo 16.**—La población del Ecuador era heterogénea. La mayor parte estaba formada por indios; había provincias enteras habitadas exclusivamente por ellos. A las zonas cálidas, impropias para los indios se había traído negros de Africa, en calidad de esclavos que podían ser vendidos y a los que se trataba infamemente, haciéndolos trabajar sin consideración. Españoles había muy pocos; más numerosos eran los criollos, o sea, los hijos de españoles nacidos en el país y los mestizos, resultados del cruzamiento de las diversas razas.

Aunque, menores en número, los españoles vencieron y lograron imponer su civilización. De aquí resultó que los vencidos eran considerados como inferiores, aún por sí mismos y que aún las leyes los trataban como débiles o niños. En la práctica, el indio era inferior al español en fortuna, medios de subsistencia, ilustración, etc., y por esto se le abandonaba a los trabajos rudos y humildes. Forzosamente tenían que proporcionar leña, agua y hierba a sus señores. Igualmente se les exigía que trabajaran en las faenas de las haciendas, construcción de iglesias y otros edificios, laboreo de minas, etc. Sobre todo los llamados **yanaconas** eran siervos que debían hacer cuanto les dijera su señor.

Dotados de talento, los indios aprendieron de los españoles muchos artes y oficios, especialmente los relacionados con la construcción de iglesias.

Los rigores de la conquista degradaron a los indios Mostrábanse perezosos y sucios, entregándose con frecuencia a la embriaguez.

Los esfuerzos de los párrocos para adoctrinarlos, poco pudieron ,pues, aunque en apariencia eran cristianos, para agradar al cura y evitarse castigos, en el fondo continuaban siendo paganos y odiaban las enseñanzas de quienes les encarcelaban, azotaban y explotaban.

No circulaba entre ellos la moneda y su salario se les pagaba en víveres; pero se cometía el absurdo de cobrarles los impuestos en dinero, y en la imposibilidad de obtenerlo se llenaban las cárceles de indios.

La abundancia del ganado lanar dio origen al establecimiento de fábricas, denominadas **obrajes** en las que se hilaba y tejía lana y algodón, distribuyéndose el trabajo entre los indios usando de las mayores crueldades. Se les encerraba toda la vida y si huían se los castigaba con azotes. Ahí se les vendía caro el alimento y se los explotaba en mil formas.

Todo esto ha sido causa poderosa para el estado de atraso en que ha permanecido el indio por cientos de años.

**64.—Ultima erupción del Pichincha.**—En el trascurso de más de un siglo de fundada, la ciudad de Quito había progresado paulatinamente. En los primeros años del siglo 17, ya el Cabildo se preocupó de cubrir algunas quebradas que obstaculizaban el tráfico y de hacer empedrar las calles que en tiempos lluviosos se ponían intrasitables. Mejoró también el número y la calidad de los edificios.

En estas circunstancias sobrevino una catástrofe que perjudicó especialmente a Quito. El 27 de octubre de 1660 hizo el Pichincha la más formidable de sus erupciones que afortunadamente ha sido la última de este volcán. La cordillera occidental, durante este siglo demostró una actividad rara, con frecuentes y violentos temblores y espantosas erupciones volcánicas. En la que nos ocupa, se sintieron como señales iniciales, temblores y sordos ruidos

subterráneos. Los días oscurecíanse al punto que nada se veía a pesar de las luces que había que encender en pleno día. La ceniza caía en tal abundancia que se recogió en el suelo hasta una altura de 20 centímetros. Caían piedras con violencia y se abrían cráteres que arrojaban llamas. La lava y las escorias cubrieron quebradas y colmaron los valles. Durante meses enteros estuvo la ceniza sobre los campos y las calles, sin que la lluvia fuera capaz de limpiarlos por completo. Desbordáronse algunos ríos, produciéndose inundaciones que arrasaban las sementeras y llevaban el ganado. El pánico fué tan horroroso, especialmente cuando sobrevinieron 40 horas de tinieblas, que nadie creía quedar con vida, La ceniza alcanzó a 4.000 kilómetros a la redonda, alcanzando a Colombia, las selvas amazónicas, etc,. A estos estragos precedieron meses de lluvias copiosas, huracanes espantosos y formidables tempestades eléctricas.

Otras manifestaciones de la actividad volcánica de este siglo fueron violentos terremotos acaecidos en las provincias de León, Tungurahua y Chimborazo (20 de junio de 1698). Los perjuicios fueron de tal magnitud que sólo en Ambato murieron como 3.000 personas no quedando un edificio en pie.

65.—Devastaciones de los piratas.—Por la época, muchos aventureros se dedicaban en el mundo al pillaje marítimo como medio de enriquecimiento sin trabajo honrado, laborioso y constante.

Varias veces estos individuos, a quienes se les conoce con los nombres de **corsarios o piratas**, hicieron sus correrías por nuestras costas y tocaron en el Archipiélago de Colón.

En dos ocasiones, Guayaquil había sufrido invasiones de piratas, de alguna significación, pero en 1687, el pillaje fué de grandes proporciones, saqueándola y quemándola

con más horror que nunca, ya que contra la costumbre, llegaron a ponerse de acuerdo dos bandas de distinta nacionalidad; franceses e ingleses. Apoderados de la Puná y luego de Guayaquil, saquearon la ciudad, persiguieron a sus habitantes, apresaron a más de 600 entre los principales de la ciudad y luego incendiaron muchas manzanas que quedaron en escombros. Por sobre todo, se robaron varias mujeres y exigían fuertes rescates.

Obligados por el clima y las enfermedades ocasionadas por la putrefacción de los cadáveres arrojados al río, apremiaban el rescate, degollando a los prisioneros y mandando sus cabezas para inspirar horror.

La ciudad estaba indefensa y en su socorro vino la Armada del Perú, la que logró expulsar a los piratas; pero la ciudad quedó pobre y en ruinas, siendo abandonada por muchas familias ricas que quedaron en la miseria.

Para protegerla hubo que trasladarse de lugar. Ya empezaba a progresar, cuando en 1709, una nueva incursión de corsarios, detuvo su reconstrucción. La cobardía del Corregidor de entonces fué tanta que permitió, sin ninguna resistencia, el saqueo y la toma de posesión de la ciudad por más que contaba con 1.000 hombres que podían defenderla. En cinco días, los piratas no dejaron casa sin rebuscar y removieron hasta los sepulcros, lo que trajo como consecuencia la contaminación de fiebres que mataron a muchos de ellos. Para abandonarla cobraron 50.000 pesos de rescate.

66.—Las Misiones en la Región Oriental.—A más de 100 años de fundada Quito, a mediados del siglo 17, empezó a organizarse de un modo serio el envío de misiones al Oriente.

Ya a fines del siglo 16 los jesuitas habían iniciado las misiones y el primero de ellos que fue al Oriente (1599) fué bien recibido, aunque después, los indios, creyendo

que estaría de acuerdo con los españoles que los reducían a la esclavitud, le dieron muerte, con la cual se interrumpieron las misiones por muchos años.

Más tarde, los jesuitas y franciscanos rivalizaban en estas empresas.

Los portugueses en 1637 realizaron una expedición, aguas arriba, con el objeto de hallar el nacimiento del río en los Andes y avanzaron hasta Quito, en donde recibieron auxilios y tuvieron buena acogida.

Las misiones de los franciscanos se establecieron en los territorios del Putumayo y del Caquetá. Por muchísimos años, aunque con interrupciones, se dedicaron a la obra de las misiones hasta que en 1721 se levantaron los salvajes y quemaron las poblaciones fundadas. Sufrieron mucho sembrando personalmente y sin siquiera recibir la escasa pensión asignada por el Rey; pero fracasaron por falta de organización y de cooperación de las autoridades, como también, por varios desaciertos, entre ellos, el de trasladar a los indios a climas mortíferos. Para adiestrar padres para estas empresas se fundó en Pomasqui un Colegio de Misioneros; pero sin grandes resultados.

Mayor interés tomaron los jesuitas, explorando bosques indígenas, trazando cartas geográficas, estudiando idiomas, etc. por el espacio de 130 años, hasta 1768 en que fueron expulsados, después de haber recorrido todo el territorio del Amazonas y sus afluentes.

Las penalidades y privaciones que soportaron en esa naturaleza rebelde, cálida y húmeda, fueron terribles: "la humedad del suelo y el calor del ambiente hacen germinar insectos con abundancia increíble: densas nubes de mosquitos, diminutos y ponzoñosos persiguen de día y de noche al habitante de aquellos bosques sin dejarle un momento siquiera de sociego ni de tranquilidad, atormentándole con sus picaduras e inquietándole con su molesto e

incansable zumbido; el terreno bulle de hormigas y las cucarachas horripilantes se hospedan en las mismas casas; ótras de veneno más mortífero que el de las víboras abundan en algunos lugares; sapos de varios tamaños, alacranes ponzoñosos, culebras y víboras de diversas especies hacían enojosa la vida, peligrosos los caminos e inseguro el descanso".

Y luego las dificultades de otro orden: la falta de un idioma único y la resistencia de los salvajes a vivir en poblaciones dejando su vida libre y errante. Había pueblos que se los creía instituídos; pero que desaparecían de la noche a la mañana. Los indios, borrachos y antropófagos, se demostraron muy rehacios a la civilización.

Con la salida de los jesuitas, expulsados del país, las misiones perdieron mucho y hubo que echar mano de los primeros que se encontraban para reemplazarlos.

67.--Estado social de la Colonia al terminarse el siglo 17.—Como un reflejo de la postración en que cayó España a fines del siglo 17, lo que es hoy Ecuador, sufrió también un retroceso. De otra parte, los frecuentes terremotos y cataclismos que asolaron al país a mediados y fines de este siglo, disminuyeron la población y trajeron hambre y epidemias, a lo que hay que añadir los incendios y la piratería que asolaban la costa.

Los únicos que prosperaban eran las comunidades religiosas. Se enriquecieron tanto que el Rey, en resguardo de sus entradas, impidió la fundación e incremento de las comunidades. La riqueza de los jesuitas no era igualada por nadie. Sólo las cabezas de ganado de que eran propietarios se contaban por millones. Esta circunstancia y la fe religiosa, propia de la época, hicieron que los conventos se multiplicaran abundantemente. A fines del siglo 17 había ya 42 conventos y más de mil frailes solamente en Quito. Esto se explica por el poco apre-

cio que hacían los españoles del trabajo manual. El artesano era, para ellos, lo último, algo vil y los oficios indignos de practicarse aún por quienes los habían ejercido en su tierra. Por esto, el artesano quiso que sus hijos se ennoblecieran y la única forma posible era entrar a un convento. Casarse un español con la hija de un artesano era un crimen. El hijo del artesano no podía ser miembro de Cabildos, ni tener cargos de honor. Para mejorar de condición social había que ir al convento, y de aquí la abundancia de sacerdotes y los escándalos que ocurrían.

Tenemos, pues, que una de las causas de la pobreza de la Colonia, fué la concentración de las riquezas y bienes territoriales en el clero. Otra causa agravante de la miseria: el remate que se hacía de los cargos públicos, otorgándolos al mejor postor, con lo cual, la primera preocupación del agraciado era resarcirse de sus gastos siendo de advertir que los cargos sólo se confiaban a los españoles.

Contribuían a aumentar la pobreza las numerosas y largas fiestas que se celebraban con cualquier motivo, como el nacimiento de un hijo del Rey, etc. Se preparaban con días y aún meses de anticipación y se suspendía todo trabajo, para, no obstante la pobreza del país, gastar sumas ingentes, miles de pesos en corridas de toros, mascaradas, luminarias, procesiones, músicas y fuegos artificiales que duraban muchos días.

**68.—Supresión y restablecimiento de la Audiencia de Quito y creación del Virreynato de Nueva Granada.**—En 1718 el Rey de España, decidió, para su mejor administración, crear un nuevo virreynato, distinto del de Perú, con los territorios que hoy se llaman Venezuela, Colombia y Ecuador y al efecto, suprimió las audiencias de Quito y Panamá. El nuevo Virreynato se llamó de

Santa Fe de Bogotá y el virrey debía residir en Bogotá, presidiendo la Audiencia de la ciudad.

La Audiencia de Quito había venido funcionando desde 1564 por el espacio de 154 años y su supresión, dada la distancia y dificultad de comunicaciones con Bogotá, fué recibida con general desagrado y significó un retroceso para estas regiones.

Llegado el Virrey elegido para el nuevo Virreynato no se satisfizo con el orden de cosas y alegando la falta de recursos para sostenerse, pidió la supresión del Virreynato, a lo que accedió el Rey, volviendo las cosas a la situación de antes.

En 1722, a los cuatro años de suprimida, se restableció la Audiencia de Quito, incorporándola como antes al Perú, situación en la que se mantuvo por cerca de 20 años, pues, a fines de 1739 (20 de agosto) se expidió la cédula real, por la cual se volvía a crear el Virreynato que se llamó Nueva Granada, como cuya capital se designó Santa Fe de Bogotá.

Esta ocasión, en vez de suprimir las Audiencias de Quito y Panamá, se tuvo el acierto de incorporarlas al Nuevo Virreynato, segregándolas del Perú.

69.—Crisis económica.— Al restablecimiento de la Audiencia y por varios años después, nuestro país atravesó por la época de mayor miseria. Los propietarios eran pocos y de éstos, la mayoría sacerdotes y comunidades religiosas, particularmente jesuitas, todos los cuales, estaban exonerados de tributos. Las rentas reales disminuyeron considerablemente y ni siquiera había quien comprara los empleos.

El comercio se postró tanto que de 400 tiendas de negocios existentes a fines del siglo 16, en 1724 quedaban menos de 60. No había quien comprara casas ni haciendas. La carne quedaba en ocasiones sin venderse por

falta de plata. Hubo dueños de casas que quitaban las tejas de sus cubiertas para venderlas y comer.

A esto hubo que agregar la sequía, seguida de lluvias tormentosas por un año. Las heladas y el polvillo de trigo que trajo hambres, enfermedades y muertes y, por sobre todo esto, la fuerte contribución que había que enviar anualmente de Quito a Colombia para la defensa de los puertos del norte del Virreynato y la disminución de la fabricación y venta de bayetas.

Semejante estado de miseria obligó a cometer crímenes. Los robos y homicidios eran frecuentes y los delincuentes hallaban impunidad, refugiándose en las iglesias, de las cuales no se les podía sacar.

70.—**Expedición científica de los Académicos franceses.**—En 1735 organizóse en Francia una expedición científica encargada de medir un arco de meridiano en el hemisferio sur, bajo los auspicios de la **Academia de Ciencias de París**.

Obtenido el permiso del Rey de España, vinieron 3 académicos: **Luis Godin, Pedro Bouguer y Carlos de La Condamine,** además de un médico, un botánico y cinco ayudantes, especialistas en relojería, ingeniería, dibujo y reparación de instrumentos. Trajeron gran cantidad de instrumentos científicos y de libros. A mediados de 1736 llegaron a Quito, siendo recibidos con grandes agasajos.

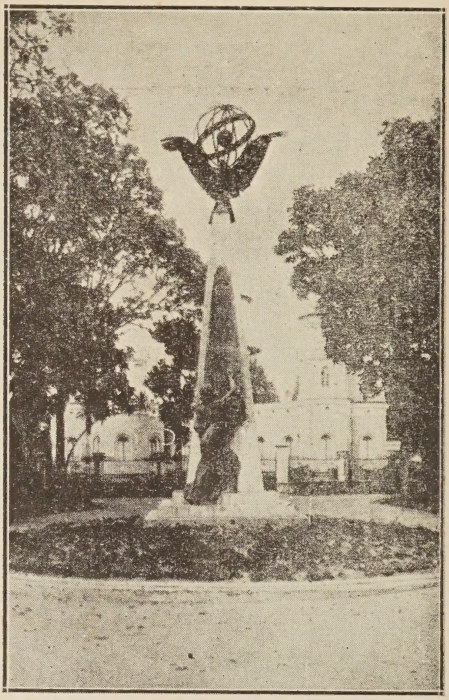
Para los trabajos de medición que empezaron en octubre, eligieron el valle de Yaruquí que no tiene río que lo interrumpa y fijaron dos puntos: al norte Caraburo y al sur, Oyambaro. Se demoraron varios años y sufrieron muchas penalidades; pero no se limitaron al fin principal de su viaje, sino que realizaron otros trabajos de alto interés, como la **Carta Geográfica del Reino de Quito** que fué la primera que se confeccionó; planos de ciudades y descripciones geográficas.

El pueblo de entonces, demasiado ignorante, no podía comprender nada de cuanto hacían los sabios y los indios se robaban las señales que ponían para sus mediciones.

Para dejar constancia de su labor y de los puntos exactos tomados como base de la medición pidieron permiso para levantar pirámides en **Yaruquí**, el que les fué concedido por la Audiencia (2 de diciembre de 1740). En su construcción emplearon un año. Su orientación era en forma tal que a cada cara correspondía un punto cardinal. En el centro de la base colocaron una piedra redonda de molino, en cuya parte media varias líneas indicaban el punto preciso en que se debía empezar la medición a cada lado.

**105.—Pirámide de Oyambaro. Al pie, niños de la escuela.**

Sobre la pirámide debía ponerse una inscripción, que fué borrada por orden del Consejo de Indias, el cual en un comienzo aún pidió su demolición. Más tarde, comprendiendo mejor las cosas, se ordenó una nueva inscripción; pero no llegó a realizarse.



**106.—Monumento a la Comisión Geodésica Francesa, levantado en Quito, en recuerdo de sus trabajos.**

El abandono, la lluvia las destruyeron y los moradores de esas regiones fueron quitando los escombros para aprovecharse de los materiales, de manera que desaparecieron aquellos testigos de la expedición.

71.—**Levantamiento contra el estanco de aguardientes y la Aduana.**—Desde comienzos del siglo 18, Felipe 5°, prohibió la fabricación y venta del aguardiente en América (10 de agosto de 1714); pero su disposición casi no fué cumplida.

Más tarde se recurrió a otro medio de combatir el alcoholismo y éste fué el **estanco del aguardiente,** o sea, la facultad de poder ser destilado únicamente por cuenta de la Real Hacienda. Con este propósito, en un principio, el Gobierno remataba el estanco; pero para obtener mayores ganancias, uno de los Virreyes decidió administrar directamente el Estanco por el gobierno. Esta medida levantó fuertes resistencias, pues los particulares no podían lucrar con esa industria, ya que los precios a que debían vender sus mieles eran muy bajos y a gusto del monopolio. Los interesados en enriquecerse a costa de la embriaguez del pueblo, hicieron creer que el aguardiente destilado por el Rey era venenoso, por contener vallico y que se pretendía matar a los naturales por ese medio.

Esta especie, difundida bastante, provocó levantamientos populares de cierta magnitud. El 22 de mayo de 1765 aparecieron en las calles de Quito grandes carteles que anunciaban la rebelión popular contra el estanco y además contra la aduana, que cobraba un impuesto a los productos traídos a Quito. A las 7 sonaron campanas y cohetes, señal convenida para el levantamiento, y enormes pobladas reunidas en la plaza de Santo Domingo se dirigieron a la de Santa Bárbara, en donde estaba la casa del estanco y la aduana, destruyéndola en poco tiempo. El incendio continuó hasta el día siguiente en que aún se olía el aguardiente desparramado por los alrededores.

La poblada se hallaba tan enfurecida que costó gran esfuerzo el aplacarla. A pesar de sus creencias religiosas, la gente no siquiera hizo caso a un procesión sacada para terminar con el motín. Para lograr que se dispersara la muchedumbre hubo de prometerse bajo juramento y por boca de sacerdotes de prestigio, la abolición de la aduana y del estanco y no castigar a nadie.

Desgraciadamente no terminó ahí la insurrección. De un lado, la debilidad manifestada por el Gobierno y de ótro, la conducta falsa y doble de los azuzadores que se ponían al lado del Gobierno, exacerbó los ánimos y trajo nuevos motines cada vez más graves y complicados. Lo que en un momento no fué otra cosa que una lucha contra el estanco y las aduanas, convirtióse en levantamiento patriótico contra la dominación de los extranjeros.

Los barrios permanecieron agitados y en lucha tenaz, por varios días. Al mes (24 de junio) de iniciado el movimiento, lograron sitiar la Audiencia, apoderarse de uno de los cañones de entonces y luego obligar a los extranjeros a entregar las armas y aún a expulsar a los llamados **chapetones** solteros dentro del plazo de ocho días. Es cierto que el pueblo quiteño sufrió muchas bajas de los cañones enemigos; pero no cejó hasta lograr sus propósitos.

La revolución se encausaba contra los europeos ambiciosos y mantenía su fidelidad al Rey. El pueblo decía: nos sometemos al Rey,. aceptamos las cárceles y castigos; pero que sean impuestos por los nacidos en nuestra tierra.

No hubo más remedio que ceder ante los revolucionarios y antes de salir los Oidores de su escondite en el Convento de la Concepción, se publicó el auto que perdonaba a los sublevados y suprimía el estanco y la aduana, auto que fué confirmado poco después por el Virrey de Bogotá. Quitóse también la horca colocada en la plaza para infundir miedo y sólo entonces devolvieron las armas los insurrectos.

Según frase de las relaciones de la época: "la sublevación de los barrios de Quito, fué obra de la **ínfima plebe**; pues bien, entre esa ínfima plebe ya hubo quienes advirtiesen que el verdadero remedio de los males que pa-

decía la colonia, no estaba en sublevarse contra los impuestos, sino en tener buenos gobernantes". La revolución avanzó más allá en sus propósitos: se habló de nombrar un mandatario nacido en el país.

Para prevenir nuevos levantamientos, el Gobierno español envió a Guayaquil un batallón de 600 hombres, con el cual pudieron entrar los **chapetones** expulsados.

**72.—Expulsión de los jesuítas.**—Dos años después de los acontecimientos que acabamos de referir, el Presidente de la Audiencia de Quito recibió un pliego cerrado del Rey en el que se le ordenaba encarcelar a todos los jesuitas existentes en el país y luego expulsarlos de América, por considerarlos peligrosos a la tranquilidad pública. En ese tiempo había jesuitas en Quito, Guayaquil, Cuenca y otras ciudades del Ecuador.

Abierto el pliego del Rey (20 de agosto de 1767) se procedió con todo tino a la expulsión. A las 4 de la mañana se reunió a los jesuitas y se les intimó prisión. Sin la menor resistencia acataron la orden y fueron concentrados en Guayaquil de donde se les embarcó para Panamá. De nuestro territorio salieron poco más de 200 jesuitas, con inclusión de algunos misioneros del Oriente.

El pueblo recibió casi con indolencia la expulsión y para tranquilizar a los pocos afligidos se predicaba en las iglesias defendiendo la infabilidad del Rey.

Cuando salieron los jesuitas, puede decirse que casi toda la educación estaba en sus exclusivas manos, pues en muchas ciudades sostenían escuelas, colegios y aún, en Quito, la Universidad de Santo Tomás de Aquino y Seminario para la preparación de sacerdotes. Con su poder exclusivo para otorgar grados influían como nadie ante las autoridades y mantenían amistades con los nobles y ricos.

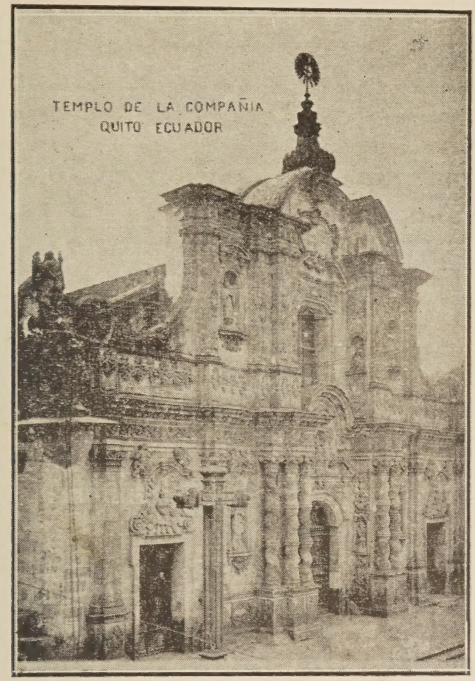
Otra manifestación de su poder es la magnitud de las

riquezas de que disponían. A la época de su expulsión contaban con un centenar de haciendas, las más extensas y productivas. En ese tiempo se estimó en cuatro millones de pesos el valor de los bienes de los jesuitas. Justo es reconocer que no toda esa enorme fortuna la invirtieron en provecho propio, ya que a ellos se debió la construcción de acequias, riego de campos, implantación de molinos, curtiembres y la industria del adobado de pieles, que redundaba en beneficio general.

Una de las causas que influyeron para su expulsión fué la inmensidad de sus riquezas. Sus haciendas alcanżaban a 2.000 km$^2$. Fueron los primeros en poner botica, que les produjo grandes entradas, puesto que imponían los precios a su capricho, sin competidor posible. Conservaban el privilegio que no tenían los demás de mantener los obrajes y fabricar el aguardiente. A más de todo esto, estaban dispensados del pago de diezmos. Su iglesia magnífica que subsiste en nuestros días, se empezó a construir en 1753, demorándose 14 años y gastándose gruesas sumas y es un documento de la riqueza de los jesuitas.

Por todo esto, los ricos al quedar sin competidores y los pobres, en la creencia de que sus riquezas les aliviarían su situación, se alegraron. La circunstancia de que la mayoría eran extranjeros, hizo igualmente que se viera con buenos ojos su alejamiento de tierras ecuatorianas.

Se creyó que el monarca se aplacaría y los volvería a dejar entrar; pero no fué así: todos murieron en el destierro. Estaban prohibidos de regresar bajo pena de muerte. El rey Carlos 3° era muy católico y de buena índole; pero procedió así, creyendo que los tumultos eran provocados por ellos que tanta influencia ejercían en el pueblo. Finalmente, este mismo Rey, obtuvo, como término de estas incidencias, la supresión de la orden, por el Papa.

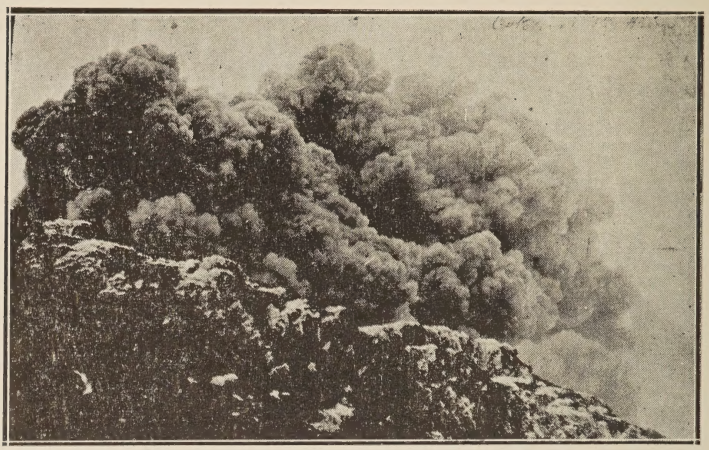



**107.—Templo de la Compañía en Quito.**

73.—**Nuevo período de calamidades.**—De 1740 a 1757, nuestro territorio volvió a ser teatro de innumerables y violentos terremotos que arruinaron las ciudades de Quito y Latacunga, demoliendo edificios y ocasionando gran mortandad, sobre todo el de Quito, habido el 28 de abril de 1755, que es el más formidable que ha sufrido la ciudad.

Tras éste vino el de Latacunga (1757) y al poco tiempo una peste que llevó muchas víctimas.

El 4 de abril de 1768 eruptó el Cotopaxi haciendo grandes destrozos en casas y sementeras. El ganado que comía las hierbas con ceniza, perdió los dientes y no pudo



**108.—El Cotopaxi en erupción.**

comer. Cinco años después, el 23 de abril de 1773, eruptó el Tungurahua en forma repentina, pues se lo creía apagado, ya que en 128 años no se había manifestado activo. La erupción se repitió al otro día, permaneciendo, desde entonces encendido por algunos años, para volver a la calma.

Estas catástrofes trajeron mucha probreza, la que aumentó con el envío de sumas elevadas a Cartagena y Santa Marta y con las remesas al monarca. Se remitió más oro que nunca y como consecuencia, en el país no había moneda, debiendo usarse como tal las papas o limitándose simplemente a intercambiar los productos. Tal situación de miseria general, simultánea con el envío de riquezas, hizo nacer nuevamente la idea de emancipación.

El 4 de febrero de 1797, por último, un nuevo cataclismo azotó la Presidencia de Quito: violentos terremotos sacudieron toda la cordillera, arruinando principalmente Riobamba, Ambato y Latacunga. Muchos volcanes se inflamaron y arrojaban lava. Varios cerros se de-

rrumbaron tapando pueblos, árboles y ganado. Los valles se trasformaban en cerros; los terrenos se quebraban formando precipicios; muchos ríos se detuvieron en su curso por mucho tiempo inundando haciendas y sementeras. La laguna de Quilotoa arrojó fuego y emanaciones gaseosas que asfixiaron el ganado. Perdiéronse fuentes y manantiales y brotaron ótros en distintos lugares. A la catástrofe que duró más de un mes, precedieron espantosos ruidos subterráneos. En partes hirvió el suelo con llamaradas de azufre.

Aunque en Quito, no tuvo el máximo de la intensidad, cayeron las torres de las iglesias. En Riobamba, ciudad que había realizado grandes progresos materiales y que fué el centro de la actividad de la catástrofe, no quedó casa en pie o siquiera en inminente peligro de caer.

Los temblores se prolongaron hasta por cuatro meses. Pasados éstos, vinieron las lluvias que trajeron la putrefacción de como veinte mil cadáveres insepultos y luego la peste.

74.—**Sociedades de Amigos del país.**—En los últimos años del siglo 18, a imitación de las establecidas en España y otros lugares de América, se fundaron las sociedades llamadas de Amigos del País. En 1791 (30 de noviembre) en el gran salón del ex-colegio de los jesuitas se reunió la **Sociedad Patriótica de Amigos del país de Quito,** cuyo secretario fué **Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo,** un criollo de mayor ilustración en la época, quien fué el autor de los estatutos.

Se inauguró con gran pompa y con asistencia de matronas y artesanos. Su objeto era propender al adelanto de la colonia y al efecto se formaron cuatro comisiones: 1) agricultura, 2) ciencias y artes útiles, 3) industria y comercio, 4) política y buenas letras.

**109.—Eugenio Espejo.**

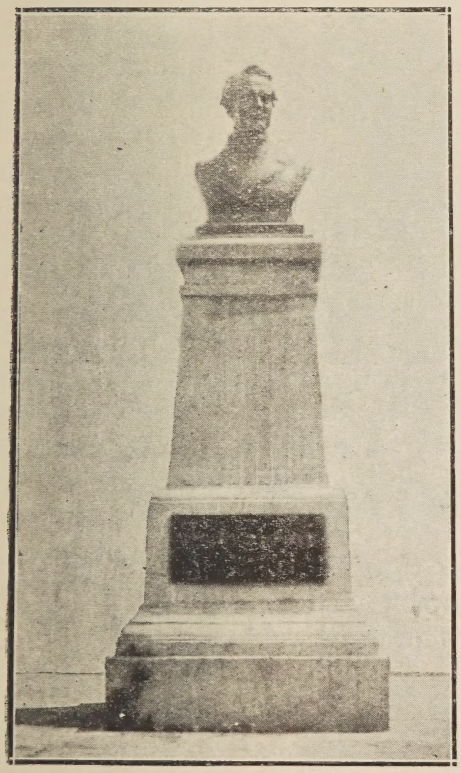
Para levantar la postración del país convinieron en dar conferencias y redactar catecismos de agricultura, ganadería e industrias; pero, por desgracia, no lograron realizar sus propósitos, pues, antes de dos años se disolvió, habiendo muerto Espejo, su secretario y más activo socio.

Sólo quedó algo ideológico, en **Las Primicias de la cultura de Quito,** primer periódico publicado en el país y que dejaba ver el atraso de la colonia y las ansias de mejoramiento.

**75.—Viajeros ilustres.**—Al expirar el siglo 18 e iniciarse el 19, llegaron al país dos sabios extranjeros de alta valía: **Francisco José de Caldas** y el barón **Alejandro de Humboldt.**

Caldas fué un sabio naturalista colombiano que recorrió nuestro suelo levantando planos y mapas geográficos, estudiando la flora de los Andes ecuatorianos y practicando observaciones astronómicas. Señaló la ruta para un camino a Esmeraldas que llegó a abrirse; pero que con el tiempo se borró por falta de tráfico.

En 1802 llegó Humboldt (6 de enero) a Quito, siendo bien recibido por Caldas y por la sociedad en general. El sabio alemán visitó bibliotecas, recorrió todo el país, descendió al cráter del Pichincha, ascendió al Antisana, Chimborazo, Iliniza y Cotopaxi, hizo observaciones científicas; descubrió el palacio de Huayna-Cápac en Cañar; se preocupó de la arqueología ecuatoriana antes que nadie, levantó una carta geográfica del país. En Guayaquil escribió su obra sobre la distribución geográfica de los vegetales. En suma, contribuyó notablemente al conocimiento del país y al progreso de la ciencia.



**110.—Busto erigido en honor a Humboldt en el parque 24 de mayo de Quito.**

76.—**Exploración al Archipiélago de Colón.**—Ya los Incas tenían noticias del Archipiélago hoy llamado de Colón o Galápagos. Poco antes de la llegada de Caldas (en 1793) se hizo una exploración para recorrer este curiosísimo archipiélago por orden del Virrey del Perú. Se visitó, bautizó y levantó un mapa; pero no se le concedió ninguna importancia, pues el Capitán de la expedición aseguró que las islas eran áridas, deshabitadas y difíciles de reconocer. Antes de 1684, habían sido visitadas por ingleses, quienes les dieron nombres en su idioma. En todo este tiempo, sólo sirvieron de punto de reunión y descanso de los piratas, los que les llamaban *Islas Encantadas*, y luego a los balleneros

**111.—Tortuga de Galápagos de la isla Albemarle, pesa 305 libras y se conserva desde hace más de veinte años en el Parque Zoológico de New York**

El nombre de Galápagos debe este Archipiélago a la existencia en abundancia de una tortuga de gran tamaño.

**112.—Mapa del Archipiélago de Galápagos o Colón.**

# ESTADO GENERAL DE LA COLONIA

77.—**Territorio de la Audiencia.**—La Presidencia de Quito ocupaba un territorio mucho más grande que el del actual Ecuador, pues comprendía Jaén de Bracamoros por el sur, y Pasto por el norte, a más de una gran extensión en el Oriente. Sin embargo, para los efectos judiciales, la Audiencia se extendía mucho más allá tanto en el norte como en el sur.

Todo este territorio dependía de España, perteneciendo a uno de sus cuatro grandes virreynatos que fueron: México o Nueva España, Santa Fe, Lima y Buenos Aires. Hasta 1718, Quito estuvo incorporado a Lima; pero desde este año hasta la Independencia, pasó al Nuevo Reino de Granada.

78.—**Gobierno y Administración.**—Casi todos los asuntos de la Colonia se reducían a negocios de gobierno y administración de justicia. Por sobre toda autoridad estaba el Rey que legislaba a su entero arbitrio. Después venía el **Consejo de Indias**, al que se consultaba en todo lo relativo a las Américas, pudiendo, desde luego, el

113.—Mapa del teritorio de la Audiencia de Quito, hecho por Requena en 1779.

Rey aceptar o rechazar sus dictámenes. Lo formaban personas que se habían desempeñado a satisfacción en cargos elevados en las colonias.

Dada la gran distancia de la metrópoli a las colonias, el Rey delegaba su autoridad al **Virrey**, quien, por esta razón decidía a su antojo en asuntos de todo orden: civil, militar, judicial y eclesiástico.

Los Virreyes tenían como subordinados suyos a los **Presidentes**, tanto en lo político como en lo administrativo, y estos funcionarios duraban cinco años. Las ciudades de menor importancia tenían **Gobernadores** para el Gobierno de las provincias; en las villas había **Corregidores** y en los lugares de orden más secundario, **Tenientes** de **Corregidor**.

La justicia se administraba por el Supremo Consejo de Indias, Las Audiencias, los Corregidores y los Alcaldes.

**La Audiencia** de Quito no tenía la importancia de ótras, como las de Lima y México. Era de las llamadas menores y contaba con un presidente, cuatro ministros llamados oidores y que debían ser jurisconsultos y un fiscal. A más de este personal, había el relator, el escribano y el portero. Los fallos de esta corporación se llamaban acuerdos y se dictaban previo informe del fiscal.

Los **Alcaldes** se elegían el primer día de cada año y su acción se extendía a la ciudad o villa, debiendo atender tanto los asuntos civiles como los criminales en primer término. De sus resoluciones se podía apelar a la Audiencia.

Las ciudades y villas administraban justicia por sí mismas, mediante el **Cabildo** civil o **Ayuntamiento**, formado por varios regidores nombrados por el Rey. Los Cabildos, correspondían a las Municipalidades de hoy día y al fundarse una ciudad, distribuían los terrenos y fijaban

sus límites. Dictaban decretos, llamados ordenanzas. Sus principales atribuciones eran: cuidar del aseo y con-

**114.—Un Cabildo abierto.**

servación de la ciudad; atender a la salud de la población y proveerla de agua, carne y otros víveres; fijar los precios de los artículos de consumo, el arancel de los oficios y artes; vigilar los talleres, tiendas y almacenes; cuidar de los caminos y bosques para evitar su destrucción; atender al esplendor del culto católico.

Para el orden público había una institución llamada la **Santa Hermandad**, que era algo así como nuestra actual policía.

Los empleados eran nombrados y removidos por el Rey, a su entero arbitrio. Muchos de los abusos que se cometieron en la colonia, procedieron de ellos. Para garantizar su buen comportamiento se les exigía fianzas y se les sometía a la **residencia** para el juzgamiento de sus

actos. Además se les podía multar, desterrar, apresar y privar del empleo en castigo de sus desaciertos.

79.—**Legislación.**—Se reducía a las **Leyes de Indias** y a las **Cédulas Reales.** Las primeras eran cédulas generales codificadas y las segundas tenían carácter particular. A más de estas leyes que eran tan numerosas que ni los mismos abogados las conocían en su totalidad, había ótras especiales para los indios.

Las penas que se imponían a los infractores de la Ley eran severas. Consistían en multas, prisiones, azotes, mutilación de miembros, confiscación de bienes, destierros y muerte que se aplicaba ahorcando al condenado en forma cruel y aparatosa.

Las cárceles tenían calabozos inmundos, sin siquiera aire para los pobres; los nobles, en cambio, recibían las comodidades que exigían.

**115.—Paseo de un condenado a muerte.**

Los azotes se daban en público, precedidos de un paseo del reo por la ciudad, montado en un burro o mula y con un pregonero que comunicaba la sentencia. Al condenado a muerte también se lo paseaba por la ciudad, sobre un asno y cubierto de una túnica blanca y un gorro rojo, engrillado los pies.

**80.—Ejército.** — No hacía falta un ejército especial en atención a que España era una de las primeras potencias de Europa y a que la navegación estaba atrasada, los indios sometidos y perdurando la fama de los conquistadores. En las principales ciudades había unas pocas compañías veteranas que más bien servían para solemnizar las procesiones y otras fiestas.

El primer cuerpo de ejército se organizó en Quito con motivo del levantamiento de San Roque y se redujo a una simple compañía de 17 soldados y 4 oficiales que hacían la guardia del Palacio de la Audiencia, en donde vivían.

Usaban lanza, fusiles de chispa y cañones cuyos calibres eran de seis libras escasas.

En el segundo levantamiento se aumentó la tropa a más de 250 plazas, con la que se trajo de Guayaquil y Panamá.

Se organizaron también milicias en algunos lugares. Contra los filibusteros se levantaron algunas fortalezas para la defensa en caso de ataque.

**81.—La Iglesia.** — Desde la fundación de Quito empezaron a establecerse diversas comunidades: mercedarios, franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas, etc. y las de monjas como la Concepción, Santa Catalina, Santa Clara y El Carmen.

El número de religiosos era enorme. A fines del siglo 18, entre los seculares y los de los diferentes con-

ventos, a pesar de que habían disminuído, se contaban en número cercano a dos mil.

En un primer momento fueron de gran utilidad por el papel de misioneros y pacificadores del territorio que desempeñaron; pero, después muchos de ellos se relajaron en sus costumbres. En vez de la pobreza que correspondía a sus votos, eran más ricos que nadie. En los conventos no hubo toda la disciplina de quienes quieren vivir una vida mística y pura, sino que eran teatro de disgustos y rivalidades. Las elecciones de superiores daban origen a escándalos de magnitud.

Otra causa de inmoralidad fué la administración de los curatos nacida de la falta de clérigos. En los curatos se enriquecían explotando a los indios, al punto que muchos huían para librarse de las deudas que pesaban sobre ellos por bautismos, encierros, etc., lo que ocurría por la falta de vocación de quienes ingresaban al sacerdocio con la única mira de lucrar.

Sin embargo de las apariencias, no hubo un verdadero espíritu cristiano. Los indios manifestaban su religión únicamente en las fiestas, bailes y borracheras. Para conservar y fomentar la religión sólo se hacía uso de grandes y solemnes fiestas, en las que había mucho de profano y aún de salvaje, como las corridas de toros.

El Rey ejercía sobre la Iglesia un derecho designado con el nombre de **patronato** y en virtud de él, confería los cargos eclesiásticos, recibía diezmos y autorizaba para fundar iglesias, conventos y obispados. Las bulas y otras disposiciones de los Papas necesitaban examen y aprobación del Consejo de Indias.

Era tal la dependencia de la Iglesia al Estado que los mismos sacerdotes reclamaban ante la Audiencia contra las disposiciones de obispos y superiores gerárquicos.

Con relación a la Iglesia debemos referirnos a un tribunal especial. Como no había libertad de pensamiento ni expresión, existían tribunales religiosos encargados de castigar a quienes pensaban de otra manera que la aceptaba por los sacerdotes católicos. Era el **Tribunal de la Inquisición** el que indagaba y casti-

**116.—El Tribunal de la Inquisición, juzgando.**

gaba por los actos y palabras heréticos. En Lima funcionaba desde 1569. En un comienzo se designaron para Quito un comisario y cuatro oficiales; pero años adelante se lo fundó en forma con ceremonias religiosas.

Las penas que imponía este tribunal eran de lo más severas, condenando hasta a ser quemados vivos y ni la Audiencia ni los presidentes podían hacer nada en contra de sus decisiones.

El despotismo de este tribunal religioso llegaba a castigar no sólo por apartarse de las creencias religio-

sas, sino aún por asuntos de orden moral y de costumbres.

Como era grande el atraso e ignorancia de la época, no había imprentas ni discusiones, ni llegaban muchos libros. Consecuencia de esto es que poco pudo hacer esta institución terrorífica entre nosotros, pues casi nadie se apartaba de las creencias de la Iglesia Católica.

**82.—Agricultura y minas.** — Nuestro país no ha sido favorecido por las riquezas naturales. A esto hay que añadir que los españoles se preocuparon poco por mejorar la producción. Trajeron trigo, cebada, hortalizas, árboles frutales, animales domésticos y arados. El trigo era tan bueno que la harina era barata. Una especie de caña de azúcar se aclimató tan bien, que mejoró de calidad y permitió la fabricación de aguardiente, azúcar y raspaduras. Aunque sólo era para el consumo interno, dejaba grandes ganancias. El ganado también se adaptó a las condiciones de nuestro suelo y bueyes, vacas, cabras y ovejas se multiplicaron en abundancia. Igualmente criaron asnos, caballos y mulas; lo mismo que gallinas, pavos, patos y palomas.

En el interior practicaron la agricultura sin método alguno. No empleaban abonos ni cambiaban de cultivos; así es que los terrenos se esterilizaban. Sin embargo lograron mejorar el maíz, la cebada, las habas y otros productos.

En la costa, poco cultivaron el café y el algodón; más atención dieron al cacao y al tabaco. En menor escala se preocuparon del arroz, coco, canela, yuca, papa, uva, vainilla, olivo, añil, etc. El plátano se propagó en los valles cálidos del interior.

Ambiciosos los españoles por los metales preciosos, su principal preocupación en los primeros tiempos fué descubrir minas y explotarlas. Las primeras fueron los lavaderos de oro de Cuenca y en ellas se empleaban muchos indios que contraían enfermedades y sufrían lo indecible. Adquirieron fama las minas de Zaruma y varias de la región Oriental. También atendieron a las de plata en Cuenca y otros lugares.

Pero, como nuestro país no es en realidad minero, poco se obtuvo no obstante las grandes esperanzas que se cifraban y a pesar de los trabajos que se hacían por descubrir.

**83.—Industria y comercio.**—La industria florecía relativamente. Se establecieron curtiembres para pieles y obrajes, o sea, fábricas de tejidos de lana y algodón. Las bayetas, jergas, frasadas, etc. que hacían se vendían al Perú. También se trabajaba con las fibras de la cabuya.

En la costa, principalmente en Guayaquil se elaboraba sal y madera y se construían embarcaciones. Además azúcar en pequeña escala.

En el interior se fabricaban aguardiente, mantequilla, queso, suela, calzado y loza ordinaria. En general se trataba de industrias derivadas de la ganadería y de la caña. De gran valor fueron las pinturas y esculturas que se exportaban.

En todas estas faenas, el trabajo correspondía a los indios, pues, ya en otra parte dejamos dicho que los españoles, aún los artesanos, consideraban vergonzoso el trabajo y pretendían pasar por nobles.

El comercio sólo se hacía con la metrópoli, pues no había libertad alguna. Sólo en los últimos tiempos y por excepción se comerció con Francia e Inglaterra.

España proveía únicamente de unas pocas cosas, como azogue, papel, aceite, velas, lozas. Los demás artículos necesitaban adquirirse de otras naciones; pero para venir a América era necesario pedir permiso a España, y hacer pasar los diversos productos por este país, en donde se cobraban fuertes derechos. A este propósito se fundaron las llamadas **Casas de Contratación,** por las cuales estaban obligados a pasar todos los productos destinados o procedentes de las colonias. Para el Ecuador el único puerto de entrada era Guayaquil.

En cuanto a la exportación, se reducía a pequeña cantidad de cacao a México y luego, harinas, conservas, tejidos de lana y algodón, maderas para construcciones, esculturas de madera y muy pequeñas cantidades de otros productos.

Los correos eran rarísimos: uno al mes a Riobamba y de ahí a Guayaquil, por Cuenca.

**84.—Recursos económicos.**—Las rentas llamadas Real Hacienda o Cajas Reales se formaban con los impuestos que eran: los diezmos que cobraba directamente el Estado, aunque correspondían a la Iglesia; la quinta parte del oro obtenido en los lavaderos y minas o extraído de los sepulcros: la décima parte de la plata encontrada; la alcabala, o sea, el 4% sobre las ventas; la venta de empleos; los tributos de indios; el fallecimiento de los encomenderos, ya que las encomiendas se daban por dos vidas, sin que, por esto, pudieran heredar los nietos. Además la venta de tierras y el monopolio hecho por el Estado de la sal, la pimienta, el azogue, los naipes.

Con estos fondos se pagaba a maravillas a los empleados, que vivían con lujo escandaloso y se enviaba a Cartagena y Santa Marta, sumas que fluctuaban en-

tre 200.000 y 300.000 pesos anuales. Mientras tanto, no se atendía con cantidad alguna al progreso del país. El pueblo vivía en la miseria y cubierto de harapos, ya que los caudales públicos sólo servían para el pago de funcionarios.

Hasta la riqueza debida a los obrajes decayó, pues exigía mucho trabajo por el cual se pagaba al indio jornales irrisorios, martirizándole de otro lado con cepos, grillos, azotes y cárceles. La minería había decaído y la agricultura misma, apenas bastaba a las necesidades del consumo.

**85.—Población y clases sociales.** — Según censo hecho en 1779, había poco más de 300.000 habitantes; de ellos más de 100.000 eran indios y la octava parte blancos.

En los siglos transcurridos desde la conquista, no cambió gran cosa la sociedad en cuanto a su organización.

No se consideraba a todos los hombres iguales. Se conservaban las categorías. Los primeros de todos eran los nobles, comprendiéndose en ellos los descendientes de los conquistadores y primeros habitantes y además los vecinos de gran fortuna. Para éstos eran los privilegios: altos cargos, títulos, distinciones honoríficas, a las cuales eran muy aficionados. Se compraban títulos de conde, marqués, etc. Para ser noble era esencial la sangre: bastaba con ser español para estar por sobre los criollos. Aún los peninsulares de más baja estofa eran recibidos con consideraciones y esta preferencia se extendió a los productos de España El sólo nombre de Castilla era un ventaja. Bayeta, caña, cera, arroz, canela, alumbre llamados de Castilla se creían de primera calidad.

Después venían los mestizos, categoría inferior a los nobles; pero superior a los indios. Estaban excluídos de los cargos elevados y formaban la principal parte de los conventos de monjas y frailes. Ejercían también los oficios mecánicos y artes y vivían del producto de sus jornales. Excepcionalmente se enriquecieron algunos y llegaron a ocupar cargos de consideración; pero siempre eran ultrajados por los nobles que no trabajaban para no empañar su nobleza.

Finalmente, venían los indios que, aunque oprimidos, no se les consideraba en principio como esclavos, sino como simples vasallos del Rey. Legalmente sólo se les podía exigir tributo consistente en una cantidad de dinero, hasta tres pesos de plata anuales, y productos como mantas, gallinas y ovejas y cerdos costeados en común por el pueblo. Vivían miserablemente del escasísimo jornal que les daban sus amos por las tierras que cultivaban.

Los negros, aún un peldaño más abajo. Eran propiedad de los señores; se vendían como mercancía y no siquiera podían disponer de sus hijos ni de sí mismos.

**86.—Ciencias y letras.** —Poquísimo fué el grado de cultura de la colonia, por falta de libros y de imprentas. Hasta dos siglos después de fundada, Quito, no tenía aún una imprenta, como las había ya en Perú y Nueva Granada. Sólo en 1741 consiguieron los jesuitas el permiso de rigor para introducir una imprenta en Quito y la instalaron en su comunidad de Ambato, con el nombre de **Imprenta de la Compañía de Jesús.** Después fué traída a la ciudad de Quito, al Seminario de San Luis, hasta la expulsión de los jesuitas en que fué confiscada y abandonada por algunos años.

La segunda imprenta fué introducida de Lima, en 1757 por un maestro de escuela, **Raimundo Salazar,** que fué el primer tipógrafo ecuatoriano.

Estas imprentas sólo servían para folletos de carácter religioso y publicaciones de la Audiencia, pues no había mayor adelanto científico y material que hiciera producir obras.

Esto no es extraño, pues, salvo uno que otro presidente y obispo, la mayoría fueron iletrados. La llegada de los académicos franceses influyó poderosamente en el adelanto cultural del país.

Como caso enteramente aislado, es digno de mencionarse el guayaquileño **Francisco Dávila,** a quien debemos contar como el primero de los naturalistas ecuatorianos en el orden cronológico. Ido a París en temprana edad, en 30 años de trabajo logró formar una valiosa colección de objetos de ciencias naturales, que fué comprada por Carlos 3°, rey de España, sirviendo de base al **Jardín Botánico y Museo de Historia Natural** de Madrid, cuyo primer director fué Dávila. Trabajó por mejorar y ampliar el museo y publicó un **Catálogo** explicativo de la colección y además instrucciones para la recolección y envío de los objetos aprovechables que se obtuvieran en Guayaquil.

87.—**Maldonado** (1709-1748). — A mediados del siglo 18, destacóse otro ecuatoriano, **Pedro Vicente Maldonado,** en el campo de los estudios científicos. Riobambeño de nacimiento, hizo sus estudios y se distinguió por su afición a las ciencias.

De sus trabajos, merece citarse en primer lugar su **Carta geográfica** que es la mejor que se ha hecho de la antigua Presidencia de Quito.

Efectuó varias exploraciones por el país. Visitó el Amazonas y de una manera especial la provincia de

**117.—Pedro Vicente Maldonado**

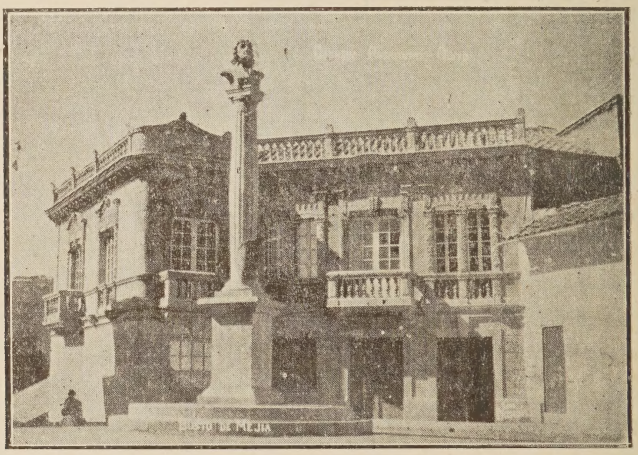
Esmeraldas, fruto de la cual visita fué la apertura del camino a Esmeraldas, muchas veces intentado, aunque sin resultados. Como era noble, rico, instruído y conocedor en ciencias, obtuvo el auxilio de la Audiencia y alcanzó éxito en sus propósitos. A los siete años logró ver concluída su obra que empezaba en Cotocollao y terminaba en el embarcadero del río Santiago. La provincia de Esmeraldas era por entonces enorme y despoblada, con unas pocas aldeas pequeñísimas y en lamentable atraso. Fundó algunas poblaciones y soñaba en un alto grado de progreso para los bosques tropicales. Su obra le costó muchas penalidades y gran parte de su fortuna.

Relacionóse con los Académicos y en compañía de La Condamine se dirigió a Europa, en donde publicó la **Relación** de sus trabajos, que le valió honores, entre ellos, el ser presentado a la Academia de Ciencias de París y luego el nombramiento de miembro correspondiente.

Alto prestigio obtuvo entre los sabios europeos, en mérito de sus trabajos. Se preparaba para ótros nuevos, cuando murió víctima de una fiebre en Londres.

Con su muerte el camino de Esmeraldas vino a menos, llegando a borrarse por completo. También fueron abandonados ótros en cuya construcción se empeñaba.

88.—**Escritores.**— Las obras de esta época fueron pocas y en general de escaso mérito. Los jesuitas escribieron varias en que relataban sus trabajos en el Amazonas. Muchos de los conquistadores y funcionarios españoles relataron también los hechos de la conquista en obras que son la base de la historia de nuestro país. Entre ellos Cieza de León, Cabello Balboa, Alsedo y Herrera.



**118.—Busto en honor de Mejía, en la ciudad de Quito.**

Entre los escritores ecuatorianos, distinguiéron-

se dos jesuitas: el padre **Juan Bautista Aguirre**, guayaquileño, poeta y orador de fama y **Juan de Velasco**, primer historiador de nuestra tierra.

Además, debemos recordar los nombres de **Mejía** y **Espejo**, orador de lustre en las Cortes de Cádiz, el primero, y el segundo, precursor de la independencia, aguerrido escritor y defensor de las libertades.

**89.—Juan de Velasco.**—(1727-1819).—Riobambeño de origen noble. Siendo clérigo secular ingresó a la Compañía de Jesús y fué profesor de filosofía en Quito.

Se dedicó a la lectura de libros sobre el Ecuador y alcanzó fama de erudito y anticuario. Estudió ciencias, aprendió quichua, recorrió el país y visitó monumentos, preocupado de conocer su patria, hasta el decreto de expulsión de los jesuítas que lo llevó a Italia. En 20 años logró leer y extractar impresos y manuscritos para escribir una historia.

Llegó a escribirla; pero ya lejos del país, sin documentos, ni anotaciones, de memoria, lo cual explica muchos errores que se notan en la obra.

Este libro, que lo ha hecho célebre, se llama **Historia del Reino de Quito** y consta de tres volúmenes, en el primero de los cuales describe los representantes de los tres reinos de la naturaleza: animales, plantas y minerales. Los ótros dos tratan de la historia antigua y moderna del Ecuador. En uno y ótros, se manifiesta crédulo, aceptando como verdaderas muchas fábulas inverosímiles y aún se notan cambios e inventos en algunos hechos de la época colonial. Varias de las noticias que presenta, carecen de importancia para la historia.

El libro se desarrolla en un estilo claro y sencillo y ha servido de base a muchos historiadores que lo han ido rectificando conforme a la realidad de los hechos.

**119.—Juan de Velasco**

A **Velasco** se debe también la **Carta geográfica del Reino de Quito**, una **Crónica de los jesuitas de Quito** y una **colección de poesías** publicada en Italia.

**90.—Las Bellas Artes.**—Los españoles no respetaron el arte indígena y más bien, lo despreciaron, y trajeron artistas y gran cantidad de obras de diversos géneros, de las cuales sólo aprovecharon los ricos y los claustros conventuales.

La arquitectura, la pintura y la escultura progresaron notablemente. Sobre todo la pintura y la escultura se cultivaron con ventaja desde la fundación de Quito, que con el tiempo llegó a ser la única sede artística de la colonia. Quito fué un verdadero emporio

**120.—Una calle del Quito colonial.**

de pintores y escultores que lograron vender sus obras y hacerse apreciar de México a Chile.

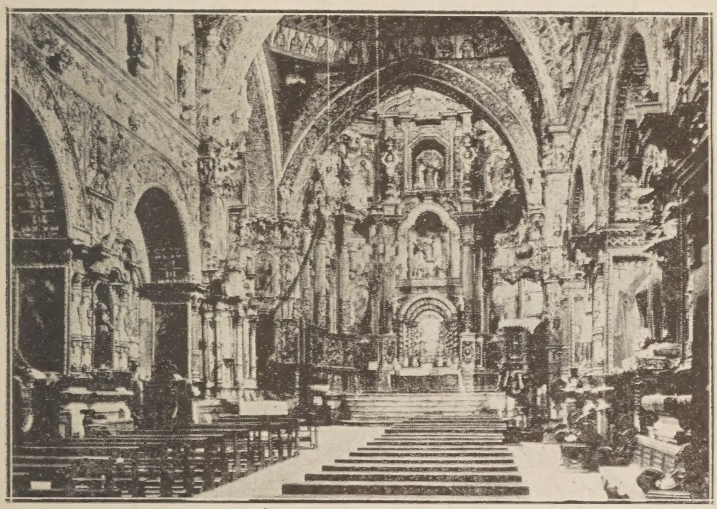
**121.—Iglesia de San Francisco en Quito.**

El arte arquitectónico se destacó en las iglesias y conventos. Los edificios particulares no eran bellos, aunque sí amplios, sólidos y con huertos. En cambio, en el siglo 18, Quito tenía ya fama por sus templos bellos y bien decorados. La fachada y el atrio de San Francisco son de un valor inapreciable. De estilo sencillo; pero armonioso son los templos de Santa Clara y del Sagrario; el de Santo Domingo es sólido y severo; la Merced, austero y grandioso; pero la magnificencia, la riqueza y la nitidez de los detalles maravillan en la Compañía. De este mismo siglo data el Arco del Ro-

**122.—Arco de Santo Domingo.**

sario, monumento arquitectónico de primer orden. En general en los templos quiteños, domina el estilo romano, a excepción de la Catedral en que hay tentativas de estilo gótico.

En el decorado interior de todos estos templos, no se ha logrado hacer mejor. Se labraba, tallaba y doraba, ya en la piedra, ya en madera con verdadero primor. Por sus dorados y tallados, la Iglesia de San Francisco es un museo de arte.



**123.—Interior del templo de San Francisco en Quito.**

La escuela quiteña de pintura ha gozado de justa reputación desde el siglo 16. Se han hecho cuadros tan bellos y prolijos que es difícil precisar cuáles fueron traídos de Sevilla y cuáles fueron hechos aquí. Han logrado gran renombre como pintores: **Miguel de Santiago, Goribar,** el padre **Bedón.**

La escultura tuvo también grandes cultores y aficionados. El público gustaba de la estatuaria y paga-

**124.—Un cuadro de Miguel de Santiago, existente en San Agustín en Quito.**

ba bien a los artistas, que eran apreciados aún en otros países. A los 50 años de fundada Quito, ya se trabajaron las vírgenes de Guápulo y del Quinche.

En muchas iglesias se conservan magníficas estatuas de esa época. Una de las mejores es la Virgen de Dolores de la Catedral.

Famoso escultor fué **Manuel Chill**, más conocido con el nombre de **Caspicara**, apodo debido a su rostro delgado.

Por lo que se refiere a la música, se construyeron magníficos órganos. La madre **Magdalena Dávalos**, de las Carmelitas descalzas, riobambeña, distinguióse

por sus dotes musicales. Tocaba varios instrumentos y además pintaba bastante bien.

Fuera de Quito, se han encontrado muy pocas manifestaciones de arte colonial en el Ecuador.

91.—**La Instrucción Pública.**—Dado su carácter de colonia de segundo orden, casi sin importancia en el resto del imperio colonial, anexo ya al Virreynato del Perú, ya al de Santa Fe, no es extraño que la cultura no brillara en nuestro territorio durante este período. Los colegios y universidades se fundaron cuando estaban en decadencia en la Península y por esto tuvieron sus mismos vicios y defectos.

En los primeros años de fundada Quito, no hubo más interés que pacificar el territorio, sometiendo a los indios y resolviendo guerras entre los conquistadores. Como a los 50 años de la fundación hubo un colegio sostenido por el clero en la casa paroquial de Santa Bárbara. Sólo 10 años más tarde hubo un colegio digno de este nombre, el **Seminario de San Luis,** sostenido por los jesuítas y que por todo un siglo fué el único, concurriendo a él alumnos desde Panamá y otras lejanas regiones. Preparaba para la carrera sacerdotal; pero también recibía alumnos, hijos de Oidores y Ministros, para que se instruyeran. No podían ingresar los hijos de los trabajadores, sino la gente considerada como de buena sangre.

A pricipios del siglo 18, crecieron las necesidades de la colonia y no bastaba este sólo colegio. Los dominicanos fundaron ótro, el **Convictorio de San Fernando** que, pronto entró en rivalidades con los jesuítas y que se fundó 102 años después.

Uno y ótro prosperaron y fundaron nuevas cátedras. Del colegio de San Fernado salió la **Universidad**

de Santo Tomás de Aquino; del de San Luis, de los jesuítas, resultó la Universidad de San Gregorio.

Por su parte, los agustinos, sostuvieron por dos siglos la Universidad de San Fulgencio, de mucho menos valor que las anteriores.

Los estudios se reducían en general a teología, filosofía y jurisprudencia. Sólo a fines del siglo 17 se enseñaba medicina en la Universidad de Santo Tomás, ya secularizada.

Por lo que respecta a la instrucción primaria, en los primeros años de fundada Quito, no había más que una escuela de primeras letras sostenida por un particular. Más tarde hubo unas pocas escuelas más, de carácter privado y a cargo de maestros que cobraban a los padres para enseñar a leer y escribir, aunque apenas se limitaban a lo primero. Especialmente, los hijos de los pobres no podían aprender a escribir, porque sus padres no tenían con qué pagar el sobresueldo que se exigía por este ramo.

Después, los jesuítas fundaron escuelas en algunas ciudades; pero desaparecieron con su expulsión.

En Guayaquil no hubo escuela primaria hasta el último cuarto del siglo 18 (1775).

A las mujeres apenas se las enseñaba a leer en caracteres impresos y jamás a escribir, porque se estimaba peligroso. Escuelas para niñas se crearon en los monasterios al finalizar el siglo 18 (1795).

En cuanto a libros, los pocos que había estaban en poder de los frailes, cuyas bibliotecas eran accesibles al público. Expulsados los jesuítas, su rica biblioteca, se destinó al público y su primer bibliotecario fué Espejo.

FIN DEL PRIMER TOMO

# INDICE


Páginas

Informe del Ministerio de Relaciones Exteriores ..... III
Informe de los Comisionados por el Ministerio de Instrucción Pública ..... V
Advertencia ..... IX

LOS ORIGENES

1.—El país ..... 3
2.—Los primeros pobladores ..... 6
3.—Las parcialidades indígenas ..... 7
4.—Los Imbaburas ..... 9
5.—Los Quitos ..... 20
6.—Los Puruhaes ..... 21
7.—Los Cañaris ..... 24
8.—Pueblos de la costa ..... 30
9.—Consideraciones generales sobre los aborígenes ..... 38

LOS INCAS

10.—La invasión incásica ..... 43
11.—El Gran Imperio Inca ..... 45
12.—Habitaciones, vestidos y alimentos de los Incas ..... 48
13.—Costumbres de los Incas ..... 50
14.—Industrias de los Incas ..... 52
15.—Cultura de los Incas ..... 53
16.—Religión de los Incas ..... 55
17.—Organización social de los Incas ..... 58
18.—Clases sociales ..... 60
19.—Gobierno de los Incas ..... 61
20.—Administración de justicia de los Incas ..... 63

Páginas

21.—Influencia del gobierno de los Incas ..... 63
22.—Antigüedades de los Incas ..... 65

## EL DESCUBRIMIENTO

23.—Primeros españoles en las costas ecuatorianas ..... 69
24.—Conquista de Túmbez y Puná ..... 72
25.—Cómo y de dónde llegaron estos extranjeros a nuestras tierras ..... 75
26.—Cristóbal Colón ..... 76
27.—Primer viaje de Colón y descubrimiento de América ..... 78
28.—Nuevo viaje de Colón ..... 83
29.—Ultimos viajes de Colón ..... 86
30.—Otros exploradores del Continente ..... 88
31.—Situación del Imperio Inca a la llegada de los españoles ... 92
32.—Entrevista de Atahualpa con los conquistadores ..... 93
33.—Captura y prisión de Atahualpa ..... 96
34.—Rescate de Atahualpa ..... 100
35.—Reparto del rescate real ..... 102
36.—Proceso y muerte de Atahualpa ..... 104
37.—Anarquía en el Imperio Inca ..... 108

## CONQUISTA DEL REINO DE QUITO

38.—Levantamiento de Rumiñahui ..... 111
39.—Sebastián de Belalcázar ..... 113
40.—Conquista de Quito ..... 113
41.—Expedición de Alvarado ..... 116
42.—Dificultades entre los conquistadores ..... 118
43.—Fundación de Quito ..... 119
44.—Fundación de Guayaquil ..... 122
45.—Causas que determinaron la conquista ..... 124
46.—Nuevas dificultades entre los conquistadores ..... 124
47.—Expedición de Gonzalo Pizarro al Oriente Ecuatoriano ..... 125
48.—Descubrimiento del Amazonas ..... 130
49.—Fin de Francisco Pizarro y los Almagro ..... 131
50.—El padre Las Casas ..... 132
51.—Erección del Virreynato del Perú ..... 134
52.—Pizarrro intenta hacerse soberano de América ..... 135
53.—Gobierno de La Gasca ..... 136
54.—El Ecuador al fin de las guerras entre los conquistadores .... 138
55.—Progreso de Quito ..... 140

Páginas

## LA COLONIA

56.—La Real Audiencia ..... 143
57.—Fundación del primer Hospital en Quito ..... 144
58.—Fenómenos naturales y catástrofes ..... 145
59.—Revolución de las Alcabalas ..... 146
60.—Estado de la Cultura en los principios de la época colonial ... 148
61.—Colonización del Oriente ..... 149
62.—Condición social de las tribus salvajes ..... 150
63.—Situación social de los indios al terminar el siglo 16 ..... 154
64.—Ultima erupción del Pichincha ..... 155
65.—Devastaciones de los piratas ..... 156
66.—Las Misiones en la Región Oriental ..... 157
67.—Estado social de la colonia al terminar el siglo 17 ..... 159
68.—Supresión y restablecimiento de la Audiencia de Quito y creación del Virreynato de Nueva Granada ..... 160
69.—Crisis económica ..... 161
70.—Expedición científica de los Académicos franceses ..... 162
71.—Levantamiento contra el estanco de aguardientes y la Aduana 164
72.—Expulsión de los jesuítas ..... 167
73.—Nuevo período de calamidades ..... 169
74.—Sociedades de Amigos del País ..... 171
75.—Viajeros ilustres ..... 172
76.—Exploración al Archipiélago de Colón ..... 174

## ESTADO GENERAL DE LA COLONIA

77.—Territorio de la Audiencia ..... 177
78.—Gobierno y Administración ..... 177
79.—Legislación ..... 181
80.—Ejército ..... 182
81.—La Iglesia ..... 182
82.—Agricultura y minas ..... 185
83.—Industria y comercio ..... 186
84.—Recursos económicos ..... 187
85.—Población y clases sociales ..... 188
86.—Ciencias y letras ..... 189
87.—Maldonado ..... 190
88.—Escritores ..... 192
89.—Juan de Velasco ..... 193
90.—Las Bellas Artes ..... 194
91.—La Instrucción Pública ..... 199

FIN

# DE EMILIO UZCATEGUI GARCIA

Músicos Chilenos Contemporáneos, 1919—Santiago de Chile.

Libertad de Pensamiento y Libertad de Expresión, 1921—Iquique.

La Teoría de la Transformación de los Seres, 1922—Iquique.

Algunas Ideas sobre la Enseñanza de la Química en los Establecimientos de Enseñanza Secundaria, 1923—Iquique.

Ideas para una Reforma Educacional, 1923—Iquique.

Los Pedagogos de la Libertad, 1924—Iquique. Segunda edición, 1926—Quito.

El Hombre que no supo vivir, (novela), 1926—Santiago de Chile.

Historia del Ecuador, I parte — 1929 — Quito.

## EN PREPARACION:

Historia del Ecuador, II parte (desde la Independencia hasta nuestros días.)

Metodología de la Enseñanza de la Historia.

Nº 003187

REPRESENTANTE:
L. N. CHAVEZ
Casilla 189

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00030245592